

BIBLIOTECA
DE BOLSILLO

CARTER DICKSON

LA POLICIA ESTA INVITADA



Lectulandia

Dos hombres son asesinados de un tiro a corta distancia, con una diferencia de un año de tiempo, en una casa desocupada. Ambas muertes intrigan al Scotland Yard, pues estos asesinatos fueron cometidos bajo circunstancias imposibles.

Sir Henry Merrivale deberá enfrentar un caso de asesinato en un recinto cerrado. Un hombre es visto entrando en un cuarto. Se oyen tiros, el hombre está muerto, ¿pero por dónde se fue el asesino? Ciertamente no por la puerta o la ventana. Dickson nos ofrece el argumento de un crimen impenetrable y casi increíble. La solución del caso es tan impresionante como el argumento de este policía. Él es el experto en habitaciones cerradas *Sir* Henry Merrivale.

Lectulandia

Carter Dickson

La policía está invitada

Henry Merrivale - 06

ePub r1.0

xico_weno 12.01.16

Título original: *The Peacock Feather Murders*

Carter Dickson, 1937

Traducción: Alfredo de León

Editor digital: xico_weno

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRINCIPALES PERSONAJES

Vance Keating, un joven amante de las aventuras.

Francés Gale, prometida de Vance Keating.

Philip Keating, agente de cambio, primo de Vance Keating.

Ronald Gardner.

El señor Jeremy Derwent y su esposa.

Benjamín Soar, un anticuario.

Edward Bartlett, ayuda de cámara de Vance Keating.

Sir Henry Merrivale. Inspector Masters, de Scotland Yard.

El sargento Pollard, secretario del inspector Masters.

La acción transcurre en Londres.

CAPITULO PRIMERO

PLUMAS DE PAVO REAL

Habrá diez tazas de t  en el número cuatro de Berwick Terrace, W. 8, el miércoles 31 de julio, a las diecisiete en punto. Rogamos a la policía metropolitana que nos honre con su presencia.

A primera vista, aquel mensaje dactilografiado y anónimo, dirigido al inspector Humphrey Masters, nada de inquietante ofrecía para su destinatario. Había llegado a Scotland Yard la mañana del miércoles, día en que la insoportable ola de calor que venía azotando la ciudad alcanzó su punto culminante. El joven sargento Pollard, edec n de Masters, lo consideró en el primer momento como un alfilerazo suplementario que concurría a añadirse a los tormentos causados por la temperatura tropical.

— Palabra de honor! —exclamó, irónico—. Si todos los representantes de la policía son invitados, no habrá suficiente con diez tazas.  Qu  opina, jefe?  Se trata de una broma o de un aviso?

Distaba Pollard de prever el efecto que aquella extra a invitación ejercía sobre Masters. Enfundado como de costumbre en un traje de gruesa sarga azul marino, el inspector sudaba a mares detrás de su escritorio atestado de papelotes. Bajo sus cabellos grisáceos, cuidadosamente peinados hacia atrás para disimular un principio de calvicie, su rostro de bonachona expresión enrojeció un poco. Alzó la cabeza soltando un juramento.

— Qu  pasa, jefe? —pregunt  Pollard—. No ir  usted a creer que...

Al igual que todas las veces que lo asediaba una preocupación, el inspector adopt  el aire y el tono de un padre reprimiendo a un hijo de cortos alcances.

— Vamos, vamos! —refunfu —. Ah rreme sus reflexiones mientras ignore todo cuanto se refiere a la situación, Bob. Cuando haya prestado tantos años de servicio como yo... pero no es ésta la cuestión por el momento. Alc nceme el expediente *Dartley*. No hay un segundo que perder.

El expediente llevaba fecha de dos años atrás. Aun sin abrirlo, advirtió Pollard que se refería a un caso criminal, y su curiosidad despert se al punto.

— Una historia interesante, jefe? —No pudo menos de inquirir al colocar el legajo encima del escritorio de Masters.

— Una historia interesante! —repitió éste con irritación.

A despecho de su habitual prudencia agregó:

—Se trata de un asesinato, ni más ni menos. Nunca pudimos dar con el culpable, y es poco probable que algún día lo consigamos. Sepa esto, además: es el único crimen absolutamente incomprensible de que haya tenido que ocuparme en el curso de una carrera de veinticinco años.  Una historia interesante, en verdad!

—¿Un crimen absolutamente incomprensible?

—Son mis propios términos... Masters adoptó una súbita decisión.

—... Vaya a buscar su sombrero, Bob. No bien le diga dos palabras por teléfono al director adjunto, nos iremos los dos a hacer una pequeña visita a una persona que usted conoce.

—¿Espero que no será a *Sir Henry Merrivale*?

—¿Por qué no?

—¡Por piedad, jefe, renuncie! —exclamó Pollard—. *Sir Henry* debe andar con un humor de todos los diablos, por este calor. Nos hará pedazos y danzará sobre nuestros restos, no le quepa duda. Es...

Una sonrisa iluminó el congestionado rostro del inspector.

—El día está mal elegido, se lo concedo —respondió—. Nos ahogamos, y *sir Henry*, para variar, se ha visto sobrecargado de trabajo estas últimas semanas. Pero confíe en mí, Bob. Todo consiste en despertar su interés...

Masters había recobrado su natural cordialidad cuando alcanzó unos diez minutos más tarde el quinto piso del antiguo inmueble situado a espaldas de Whitehall. El aire, impregnado del olor de las añejas maderas, y de polvo, era irrespirable; una voz irritada alzábese en la oficina de *Sir Henry*, que, aparentemente, dictaba su correspondencia. Masters empujó la puerta. Sin cuello, el aire furioso, los pies descansando en la mesa ante la que estaba sentado, *Sir Henry* parecía a un viejo jefe indio con sus rasgos que hubieran sido esculpidos en granito y sus brazos cruzados sobre el pecho. Su autoritaria voz armonizaba con su físico. Los vidrios de los lentes que cabalgaban en su voluminosa nariz, y su cráneo desnudo, relucían en la viva claridad que inundaba la pieza; su macizo cuerpo parecía comprimido por el calor.

—Dicto, señorita Folliot —articuló—. Al redactor del Times. «Estimado Stinker. Tengo el honor de dirigirle una reclamación concerniente a los “tiburones” que, para nuestra mayor vergüenza y desgracia pública, nos gobiernan hoy en día. ¿Durante cuánto tiempo todavía los contribuyentes británicos tolerarán los actuales abusos? No se retrocede ante ningún gasto inútil: se carece, en cambio, de dinero para los asuntos de primera necesidad. A título de ejemplo le citaré mi caso; me hallo condenado a trepar cinco pisos cada día de mi existencia, ¿y por qué?, le pregunto. Porque unos viles oportunistas, que además son avaros, rehúsan hacerme instalar un...».

—¿No lo molesto, espero, *Sir Henry*? —dijo Masters.

Interrumpido en mitad de una frase, *Merrivale* hallábase en exceso agotado para exhalar su cólera. Se contentó con fruncir el ceño, suspirando.

—Hubiera debido prever su visita, Masters. Ahora se ha colmado el cáliz. Entre. Lo beberé a su salud.

—Buen día, señorita Folliot —dijo cortésmente Masters.

A la vista del inspector y de su acompañante, Lollypop, la juvenil secretaria de cabellos de oro adscripta a *Sir Henry*. Se puso de pie, cerrando un cuadernillo cuyas

hojas aparecían completamente en blanco, detalle que hizo sonreír a Pollard. La señorita Folliot se eclipsó discretamente; *Sir Henry*, resoplando como una foca, retiró sus pies de la mesa antes de capitular, con una condescendencia de todo punto imprevista.

—Para serle franco, aguardaba algún paréntesis interesante. Las noticias políticas me dan grima. Nuestras naves de guerra volvieron a hacer maniobras, ¿lo leyó? ¿Es Bob Pollard quien lo acompaña, si no me equivoco? Siéntese. Masters, y desembuche.

«*Sir Henry* se ha visto obligado a trabajar de firme estos últimos días y se abalanza sobre el imprevisto recreo», pensó Pollard.

—Lea lo que me trajo el primer correo —respondió el inspector, tendiendo a Merrivale el billete anónimo.

—¡Oh! ¡Ah! —exclamó aquél, así que se hubo enterado del contenido—. ¿Qué le parece a usted? ¿Irá?

—Sí. Y me propongo hacer rodear el número 4, Berwick Terrace, de modo tal, que ni una anguila pueda escapársenos. Así como le digo, señor. Ahora lea esto.

Masters sacó de su cartera, el expediente *Dartley*, y, de éste, una hoja dactilografiada que colocó sobre la mesa, al lado de la otra. Leyólo Pollard con gran interés.

Habrá diez tazas de té en el número 18, Pendragon Gardens, W. 8, el lunes 30 de abril, a las veintiuna y treinta. Se ruega a la policía que abra el ojo.

—El estilo es menos elegante que el de la última invitación —observó *Sir Henry*. Y añadió, luego de comparar un instante los dos billetes:

—Las dos casas están situadas en el barrio de Kensington, a lo que veo. Lo escucho, Masters.

—La primera invitación me llegó a Scotland Yard el 30 de abril, por la tarde, hace dos años de esto —respondió el inspector—. En rigor de justicia, creo no tener nada que reprocharme. Todas las medidas convenientes fueron adoptadas... pero eso fue el comienzo del caso *Dartley*, ¿recuerda, señor?...

Por toda respuesta, *Sir Henry* entreabrió los ojos. Tomó de encima de su escritorio una pantalla en forma de hoja de palmera y empujó una caja de cigarros hacia Masters. Que continuó, no sin amargura:

—Conozco lo bastante mi profesión para descuidar una advertencia de ese género. Avisé inmediatamente al puesto de policía del barrio. ¿Qué más podía hacer? Poca cosa. Me entregué a una investigación acerca de la casa de referencia. Pendragon Gardens es una tranquila calle de West Kensington. La casa que llevaba el número 18 estaba desocupada; la partida de los últimos locatarios databa de unos ocho días atrás, y el agua y la electricidad no habían sido aún cortadas. No recogí más que un detalle digno de considerarse: por una razón que ha permanecido desconocida,

los sucesivos locatarios sólo estuvieron poco tiempo... un incomprensible temor parecía impulsarlos a irse. ¿Me sigue, señor?

Sir Henry inclinó la cabeza.

—Perfectamente. Es usted un modelo de claridad, mi amigo. Y me pregunto si su viejo cuco no irá a salir otra vez de su caja para morderlo de nuevo...

—No me embarulle, por favor —dijo el inspector—. ¿Por dónde iba? ¡Ah! ¡Hum! El agente de ronda esa noche no observó nada de anormal. Pero al día siguiente por la mañana, a eso de las seis, un sargento que pasaba frente al número 18 para dirigirse al puesto de policía, notó que la puerta se hallaba entreabierta. Entró. Sorprendido al encontrar en el *hall* de aquella casa deshabitada, una percha, dos sillas y una alfombra, el sargento hizo una pequeña visita domiciliaria. Todas las piezas estaban vacías... salvo una, el salón, situado en la planta baja, a la izquierda, entrando. Aunque estaban cerradas las persianas, el sargento distinguió un mobiliario completo, que comprendía una alfombra, cortinas y una araña. El mobiliario era de calidad muy ordinaria, con una sola excepción. En el centro de la pieza, una amplia mesa circular aparecía cargada con diez tazas de té de porcelana, provistas de sus respectivos platillos. Aquellas diez tazas semejantes, igualmente limpias y formando círculo sobre la mesa, parecieronle asaz extrañas. Las tazas... pero ya volveré a esto dentro de un instante, pues la atención del sargento fue desviada por un espectáculo más extraño aún: el del cadáver de un desconocido...

Masters respiró profundamente. Su sonrisa escéptica disimulaba mal el orgullo que le inspiraba la fidelidad de su memoria y el dramático efecto de sus palabras.

—El cadáver de un desconocido —repitió, sacando otros papeles de su cartera—. Tengo aquí su fotografía. Era un hombrecillo de cierta edad, en *smoking* bajo un ligero abrigo. Su sombrero, de alta copa, y sus guantes estaban puestos sobre una silla, al otro extremo de la pieza. Yacía de cara contra el suelo, entre la mesa y la puerta, atravesado por dos balas de calibre treinta y dos. Los tiros, descerrajados a quemarropa, lo habían alcanzado en la nuca y en la base del cráneo; sus cabellos y su cuello mostraban huellas de quemaduras. Teníase la impresión de que el desconocido se aproximaba a la mesa (para mirar las tazas, quizá). Cuando el asesino, que permanecía a sus espaldas, lo había traídoramente abatido. El crimen había sido cometido entre las veintidós y las veintitrés, la víspera por la noche, según las conclusiones del médico forense.

»¿Indicios? Vanamente los buscamos. Los peritos del servicio antropométrico recogieron numerosas impresiones digitales en la pieza (las del difunto, entre otras), pero las tazas y los platillos no llevaban absolutamente ninguna huella. Ni impresiones dactilares, ni marcas de dedos enguantados ni rastros de una reciente limpieza... nada. Nadie había fumado un cigarrillo o bebido en un vaso; ninguna silla se había cambiado de sitio; ni el menor indicio permitía formular una hipótesis acerca del número de personas que permanecieron en la habitación, ni de sus ocupaciones. Por toda indicación hubimos de contentarnos con un montón de cenizas provenientes

de un reciente fuego, en la chimenea. Los fragmentos de una gran caja de cartón y trozos de papel calcinados aparecían mezclados a las cenizas; pero no se trataba de los restos de la caja y del papel empleados para empaquetar las tazas; fueron éstas traídas en un cajón de madera, como en seguida le explicaré. El cajón había desaparecido.

Masters alargó a *Sir Henry* la fotografía de un delgado rostro de dulce expresión y respingada nariz. La víctima llevaba bigote y barba grises.

—Lo identificamos sin mucho trabajo —prosiguió el inspector—. Pero después tropezamos con una barrera insalvable. El difunto se llamaba William Morris Dartley; era un rico solterón que vivía con su hermana (su único pariente), que cuidaba del hogar. ¡Una verdadera dueña de casa, entre paréntesis, esa vieja señorita! Dartley, no tenía enemigos; más aún, ni siquiera amigos... Era la última persona en el mundo a quien se hubiera creído destinada a tan triste suerte. Buscando en su pasado, descubrimos que, en cierto momento, fue sospechoso de chantaje; ¡pero era una historia tan antigua! Su hermana afirmó (y le creo sin esfuerzo), que estaba en condiciones de suministrarnos, minuto por minuto, el empleo del tiempo de la víctima en el curso de los últimos quince años. ¿El móvil del crimen? El difunto legaba por testamento la mitad de su fortuna a su hermana y la otra mitad al South Kensington Museum. Poseyendo la señorita Dartley una coartada irrefutable —jugaba al *bridge* en el momento del crimen, y, por lo demás, nunca encaramos seriamente su culpabilidad— ¿quién nos quedaba como sospechoso? Nadie. Nos informamos respecto al señor Jeremy Derwent y su esposa, los últimos inquilinos de la casa. Derwent era un escribano de intachable honorabilidad, y el matrimonio no había sostenido con Dartley más relaciones que si se tratase de un habitante de otro planeta, de modo que también hubimos de abandonar esa pista. El único fin de Dartley en la tierra consistía en coleccionar toda clase de objetos de arte, con una marcada preferencia por las alfarerías y las porcelanas. Henos aquí, pues, de vuelta a las famosas tazas de té.

Masters descargó un golpe sobre el escritorio con gesto teatral.

—Sin ser un conocedor en materia de antigüedades, muy lejos de eso, quedé sorprendido por la excepcional calidad de aquellas tazas, decoradas con plumas de pavo real de tornasolados matices, naranja, amarillo y azul. Las tazas brillaban en la penumbra... Creeríase ver un pavo real contoneándose al sol: no hallo otras palabras con que expresar la impresión que experimenté mirándolas. Eran, además, muy antiguas. El informe del conservador del South Kensington Museum no hizo sino confirmar mi impresión. Helo aquí:

«Las tazas y sus platillos constituyen una de las más hermosas muestras del arte italiano que haya tenido yo ocasión de ver hasta ahora. Proviene del taller del maestro Giorgio Andreoli, de Gubbio, y llevan su firma, así como la fecha, 1525. Que yo sepa, esas reducidas obras de arte son únicas. Como el té no fue introducido en Europa sino a mediados del siglo XVII, no vienen a ser en realidad tazas de té, a pesar

de que su forma lo haría suponer. ¿A qué uso estaban destinadas? Grande es mi perplejidad, lo confieso. Me inclino a creer que fueron utilizadas para ciertas ceremonias rituales, tales como los concilios secretos de Venecia, por ejemplo. Actualmente, el valor comercial de esta rarísima colección varía entre dos y tres mil libras».

—¡Hum! —Hizo *Sir Henry*—. Es una elevada suma. La valuación parece prometedora.

—Así lo pensé yo también —suspiró *Masters*—. Las tazas pertenecían a *Dartley*, que las había comprado algunas horas antes de su muerte, aquel 30 de abril, en lo de *Soar*, el gran anticuario de *Bond Street*. Trató con el viejo *Soar*, en persona, y pagó por ellas dos mil quinientas libras, en especies. La transacción tuvo un carácter secreto. ¿Algún coleccionista desprovisto de escrúpulos y un poco chiflado, deseoso de apropiarse la reciente adquisición de *Dartley*, habría imaginado un complicado proyecto para alcanzar sus fines? La explicación parecía traída por los cabellos, lo reconozco. Pero, a falta de otro móvil, me atuve a éste, de momento.

»El proyecto de mi hipotético coleccionista era complicado, desde luego. Ante todo, debió amueblar el *hall* y el salón de la casa vacía. Vea lo que pudimos averiguar: la antevíspera del crimen, el 28 de abril, la sucursal de *Holborn* de la *Domestic Furnishing Company* —una gran empresa de mueblería que se encarga de instalar una casa desde el sótano al granero— recibió un encargo anónimo acompañado de veinte billetes de cinco libras. El cliente desconocido deseaba un mobiliario completo de salón y de *hall*. Vendrían a recoger el pedido. A la vez, *The Cartwright Hauling Company*, una sociedad de camiones, recibió el mismo día una carta anónima conteniendo la siguiente orden: “Transportar al número 18 de *Pendragon Gardens* los muebles comprados a la *Domestic Furnishing Company*”. Además de un billete de cinco libras, el sobre traía una llave de la casa. El mobiliario debía colocarse en el *hall*. Estas instrucciones fueron cumplidas al pie de la letra, sin que nadie hubiese visto al comprador. Los mudadores se contentaron con apilar los muebles en el *hall*; no había nadie en la casa. Algunos vecinos notaron el camión, naturalmente; pero supusieron, sin más conjeturas, que se trataba de la instalación de nuevos locatarios. El autor de los anónimos pedidos debió disponer los muebles por sí mismo, después.

Sir Henry pareció importunado por una mosca invisible.

—Un instante, por favor —dijo—. Esas cartas, ¿eran manuscritas o dactilografiadas?

—Dactilografiadas.

—¡Hum! ¿El billete informándole que habría diez tazas de té en la dirección en cuestión, y las cartas recibidas por la mueblería y los mudadores fueron escritas en la misma máquina?

—No, señor. Caracteres diferentes y «estilos» diferentes, si puedo expresarme así. El mensaje que habla de las diez tazas de té ofrece numerosas fallas de tecleo, como

le será fácil comprobarlo. Los otros dos eran perfectamente nítidos. La competencia de un dactilógrafo se reconocía a la primera ojeada.

—¡Hum! ¡Hum! Continúe.

—La conclusión parecía imponerse, ¿no es cierto? El asesino había tendido a Dartley una especie de trampa. Se había introducido en una casa vacía, de la que amuebló únicamente las partes que su visitante habría de ver; es decir, arregló la cosa de modo que pareciese que estaba en su domicilio. Dartley entró trayendo sus diez tazas bajo el brazo, y por una razón cualquiera fue asesinado.

»Hasta aquí, nuestra reconstrucción de los hechos concordaba en un todo con los movimientos de Dartley, que la noche del crimen abandonó su residencia de South Audley Street a las veintiuna y treinta. Su hermana ya había partido para ir a jugar al *bridge* a casa de unos amigos; el chófer conducía el coche. Pero el mayordomo abrió la puerta a Dartley y cambiaron algunas palabras. Dartley llevaba un paquete lo bastante voluminoso como para contener las diez tazas. No dijo a nadie a donde se dirigía. Tomó un taxi delante de su domicilio y dio al chófer, al que encontramos ulteriormente, la dirección de Pendragon Gardens. El conductor tenía una excelente memoria, ¡a Dios gracias! El precio del viaje de South Audley Street a Pendragon Gardens fue de tres chelines y seis peniques, a los que Dartley añadió dos peniques de propina, con gran indignación de parte del chófer, que se alejó rezongando contra la avaricia de ciertos clientes, sin mirar para atrás. ¡Lástima que no haya visto a la persona que abrió la puerta! ¡En fin! No recordaba más que un detalle: ninguna ventana de la casa aparecía iluminada...

Masters esbozó un amplio gesto.

—Son éstos los únicos datos que poseemos. Todas las pistas conducían a callejones sin salida. Nada de entretelones sospechosos en la existencia de la víctima, nada de enemigos, ningún indicio. La explicación más sencilla era evidentemente ésta: Dartley había sido atraído a una celada por un desconocido interesado en apoderarse de las tazas. ¡Más, por desgracia, de nada servía! El asesino no carecía de fondos; su famosa trampa le ocasionó importantes gastos y no pocas molestias. Si podía pagar cien libras por el mobiliario de un salón y de un *hall* (cuando mi hija ha amueblado toda su casa por esa suma), ¿por qué no compró sencillamente las tazas en lo de Soar? El asesinato se explicaría, en rigor, si se tratase de piezas de museo; pero no era éste el caso. Las tazas estaban a la venta en el negocio de un anticuario. Por último, y sobre todo, ¿por qué el matador habría abandonado su botín, una vez cometido el crimen? Hallamos las diez tazas dispuestas en círculo sobre la mesa, y no llevaban ninguna impresión. Nadie las había tocado.

»Los peritos del servicio antropométrico, le repito, recogieron varias series de huellas dactilares, inclusive las de Dartley, en la pieza. Pero pertenecían principalmente a los mudadores... El asesino debió operar con guantes. Y dejó las tazas. ¿Por qué? Nadie habría venido a sorprenderlo y aún ponerlo en fuga sin llamar en seguida la atención del agente de recorrida, especialmente encargado de vigilar la

casa. Tal es la situación, señor. Usted mismo puede comprobar que es inextricable. No hay cosa tan irritante como estos asuntos sin pies ni cabeza. Para colmo de incoherencia, el asesino deja las tazas sin haberlas tocado; ¡pero se lleva el cajón que las contenía y el papel de embalaje en que estaba aquél envuelto! ¿Qué significa todo esto, quiere decirme? Y esta mañana, dos años más tarde, un billete anónimo me avisa que habrá diez tazas en otra casa. ¿Es el anuncio de un nuevo crimen? ¿Qué le parece a usted?

CAPÍTULO II

LA BRIGADA POLICIAL

Sir Henry permaneció un momento silencioso, haciendo girar los pulgares sobre su vientre, y con el mohín de repugnancia de un hombre al que un nauseabundo olor incomoda. Al fin tomó un cigarro, cuya punta seccionó de una dentellada. Expectorado con vigor, poco faltó para que el diminuto proyectil alcanzara la chimenea, situada al otro extremo de la pieza.

—Si me pide opinión —pronunció lentamente *Merrivale*—, he de manifestarle que este asunto no me dice nada bueno. La sangre va a correr de nuevo. ¡Así cargue el diablo con usted, *Masters*! Juraría que atrae usted los casos más disparatados de que jamás haya oído yo hablar. Para sentirse a sus anchas, necesita otro crimen cometido en circunstancias imposibles. Tranquilícese, que no habrá de aguardar mucho tiempo.

Masters halló los argumentos que necesitaba para llegar a sus fines.

—No puedo esperar un milagro, ya lo sé —dijo en tono amable—. ¿Cómo le sería a usted posible aclarar un misterio que ha mantenido en jaque a *Scotland Yard* durante dos años? Perdóneme que le recuerde, señor, que no es usted más que un amateur, y...

—¿Me arroja usted un desafío, si mal no comprendo? —interrumpió *Sir Henry*, conquistado a la causa del inspector.

Lanzóse a una diatriba tan amarga acerca de la ingratitud humana, que *Pollard* se preguntó, con inquietud, si, por esta vez, su jefe no habría sobrepasado los límites. Más la cólera de *Sir Henry* apaciguóse de momento, y prosiguió:

—Se decía, a la verdad, que la gente no queda satisfecha sino después de haberme demostrado que no paso de ser un viejo fósil de cortos alcances y bueno únicamente para echarme a los perros. Esto se convierte ya en persecución. Bien. Pero nada más que para probarle que sus abortos de agentes han exagerado mucho la obscuridad de ese caso, voy a dirigirle dos preguntas. Antes, sin embargo, queda por arreglar un primer punto... *Sir Henry* señaló el billete anónimo llegado esa misma mañana a manos de *Masters*.

—... La cita es para las diecisiete, en pleno día, por consiguiente. Parece sospechoso. Y esa fórmula: «Rogamos a la policía metropolitana que nos honre con su presencia...» sospechoso también. Preferiría con mucho la del precedente mensaje: «Se ruega a la policía que abra el ojo». Esto sí que es claro. No parece, en cambio, sino que su último corresponsal tiene intenciones de jugárselas a usted y a sus empleados. ¿Supongo que habrá tomado usted la precaución de asegurarse de que no se trata de una broma, *Masters*? Le bastará, para eso, averiguar si el número * de *Berwick Terrace* es realmente una casa desocupada, apropiada para encubrir a un discreto asesino...

Masters emitió un gruñido.

—Conozco mi profesión, señor —respondió—. Telefoneé al inspector de Kensington pidiéndole que se procurase con urgencia todos los informes posibles respecto a la casa en cuestión. Espero que habrá tenido ya tiempo de documentarse. ¿Me permite?...

Masters descolgó el receptor del teléfono colocado sobre el escritorio de *Sir Henry*. Obtuvo rápidamente comunicación con el inspector Cotteril y escuchó su informe. Luego, con la mano en la boquilla del aparato, se volvió hacia sus compañeros, diciendo:

—Lo hubiera apostado. La casa está vacía desde hace cerca de un año. Hay un cartel en la puerta con el nombre de Houston y Klein, agentes de locación de Saint James Square. Me informa Cotteril que Berwick Terrace es una corta calle sin salida, tranquila, aislada, y que cuenta con una docena de hotelitos particulares en total. El número 4 dista de ser la única casa desalquilada; hay varias otras.

—¿De veras? ¿Por qué? ¿Reina allí la peste?

Masters consultó de nuevo al inspector Cotteril.

—El motivo reviste casi la misma gravedad —siguió—. Prolongan hacia ese lado el subterráneo, con una boca a la entrada de Berwick Terrace. Los trabajos no se hallan aún terminados, pero el proyecto ha causado un éxodo de locatarios, indignados de sentir amenazado su reposo. Las acciones de la sociedad inmobiliaria han descendido poco menos que a cero... Sí, Cotteril, lo escucho... ¿Cómo? ¡Ah! Ahora estamos seguros...

El inspector se volvió hacia *Sir Henry*.

—Un agente vio ayer detenerse un camión delante del número 4. Los muebles que contenía fueron llevados al interior. *Sir Henry* silbó.

—Esto promete, muchachos —declaró—. Nuestro asesino tiene agallas.

—A menos de poseer el don de la invisibilidad, no se nos escapará por segunda vez de entre los dedos —rezongó Masters—. ¡Ya le daré yo tazas de té!... ¡Aló! ¿Cotteril?... Nos encontramos quizá en presencia de una repetición del caso Dartley. Haga vigilar esa casa por dos hombres de confianza, en civil, apostados uno delante y otro detrás. Introduzca a un tercero en la plaza, si es posible. Voy a procurarme las llaves en lo del agente de locación y le enviaré refuerzos. Recomiéndeles a sus hombres que se muestren lo menos posible... Entendido. Hasta luego.

—Calma, amigo —dijo *Sir Henry*, cuando Masters colgaba el receptor con gesto brusco—. No es más que mediodía, no lo olvide. Tiene usted cinco horas por delante, suponiendo que el criminal se ciña a sus manifestaciones. Reconozco, no obstante, que sería ingenuo creer en sus palabras.

—¿Este asunto, por lo visto, no altera su calma? —preguntó Masters—. Palabra que es cosa de creerse.

—Desengañese. Por el contrario, estoy preocupado a más no poder. Los procedimientos y la audacia de ese asesino son pasmosos. Pero es demasiado pronto

para llorar, puesto que no tenemos aún la menor indicación acerca de la víctima elegida.

—Disculpe, señor —intervino Pollard—. ¿Puedo saber de dónde proviene su certidumbre de que será cometido un crimen? En realidad, el billete de hoy, como el de hace dos años, no contiene ninguna amenaza. Habrá diez tazas de té, en tal dirección... ¿y después? El informe no encierra nada de inquietante en sí, me parece. ¿El asesinato de Dartley no habrá sido un error o un accidente? Me explico. El único indicio de que disponemos acerca de las famosas tazas nos ha sido suministrado por el informe del conservador del South Kensington Museum: «Me inclino a creer que fueron utilizadas para ciertas ceremonias rituales, tales como los concilios secretos de Venecia, por ejemplo». Confieso que no estoy documentado en absoluto acerca de esos concilios secretos. Pero la sugestión del conservador tal vez nos abra una pista... ¿Las diez tazas no se hallarían preparadas en vista de una reunión de los miembros de una sociedad secreta?

—¡Hum! —Dejó escapar *Sir Henry*—. ¿Una especie de Club de los Suicidas, si mal no he comprendido? Un club del crimen, creería yo más bien.

—Pierde usted su tiempo —cortó Masters—. No lo han esperado para emitir la hipótesis de una sociedad secreta, Bob. Lanzada por un periodista, cuando el asesinato de Dartley, la idea nos valió innumerables artículos consagrados a las organizaciones secretas, antiguas y modernas. Tonterías. Ante todo, si se trata de una sociedad secreta, lo es tanto, que nadie oyó hablar jamás de ella...

—El argumento no es concluyente —interrumpió *Sir Henry*—. Junto a las grandes sociedades llamadas «secretas», cuya existencia todo el mundo conoce, las hay más misteriosas, querido. Tiene usted el aspecto de negar por principio la existencia de una asociación realmente secreta, que viva en la sombra, ignorada de todos... ¡Qué error! Personalmente, observe usted, no creo que nos hallemos frente a una organización de este género. ¿Pero tiene usted pruebas en apoyo de su convicción?

—El testimonio de Emma Dartley, la hermana del difunto —respondió Masters—. Puesto al servicio de su curiosidad natural, su olfato le habría permitido ganar una fortuna en la profesión de detective privado. La señorita Dartley jura que su hermano no pertenecía a ninguna sociedad secreta, y abrigo confianza en su juicio. Me comprendería usted si la conociese. Además, todo parecía indicar que la casa de Pendragon Gardens no había sido visitada más que por dos personas esa noche: Dartley y su asesino. Ignoro si una sociedad secreta puede vivir completamente escondidas del mundo; pero me atrevo a sostener que no existe asociación sin miembros.

Sir Henry contempló a Masters, que se había acalorado al hablar.

—Dejemos las hipótesis, para ocuparnos sólo de los hechos —dijo—. Ha vuelto usted a poner el caso Dartley sobre el tapete, y es respecto a Dartley que deseo algunos informes. ¿Poseía una colección importante, me parece haber comprendido?

—Importante y que valía una fortuna —respondió Masters—. La estimación del perito del museo se elevaba a cerca de cien mil libras.

—¡Demonio! ¿Qué clase de colección era? ¿Porcelanas, principalmente?

—Sí. Pero comprendía también cuadros, libros, tabaqueras y algunos sables antiguos. Tengo una lista por ahí.

—¿Dartley compraba mucho en lo de Soar, el anticuario de Bond Street?

—Sí, aparentemente. Estaba en términos amistosos con el viejo Benjamín Soar, muerto hace unos seis meses. Lo ha sucedido su hijo en el negocio. Recuerdo haber oído declarar por el experto que Dartley debía ser un excelente hombre de negocios, a pesar de no ofrecer aire de tal. Las facturas encontradas en su escritorio probaban que había obtenido de Soar importantes rebajas sobre la mayoría de sus adquisiciones...

Masters clavó los ojos en *Sir Henry*, para concluir:

—Esos detalles carecen de importancia, por supuesto.

—Naturalmente. ¿Cómo fueron empaquetadas las tazas que compró Dartley?

—En un cajón de madera de teca de dos pies de longitud por uno de profundidad, aproximadamente. Las tazas estaban envueltas en papel de seda. El cajón, de un modelo corriente, se hizo humo.

—Una última pregunta, querido. Reflexione atentamente antes de responderme. ¿Supongo que efectuó un inventario de la colección después de la muerte de Dartley?

...

Masters inclinó la cabeza.

—... Bien. ¿Reveló ese inventario la desaparición de alguna pieza de la colección?

Masters se irguió con una semisonrisa, sorprendido.

—Debí prever que iba usted a sacar un conejo vivo de un sombrero de copa —dijo lentamente—. Es un truco de prestidigitador;... ¿Cómo sabía usted que encontramos la colección incompleta?

—Reflexionando en la cuestión, se me ocurrió la idea de que podía haber desaparecido alguno de los objetos que la componían; simplemente. ¿Cuál?

—Es lo más singular del caso. Si mis recuerdos son precisos, la cosa faltante era uno de los escasos ejemplares sin valor de la colección. Dartley lo conservaba como una curiosidad, o un juguete, si lo prefiere usted. Era un gran «cántaro de sorpresa», como más de una vez habrá usted visto. Estos cántaros, de porcelana, o de loza, están provistos de tres bocas, y, en ocasiones, de un asa hueca, que se comunica con el recipiente por medio de un orificio. Dispuestas las bocas en derredor, llenase de agua el cántaro y se invita a alguien a que lo vacíe por una de las bocas, sin verter una gota a través de las restantes. Pero ¿qué relación puede haber entre el asesinato de Dartley y la desaparición de ese engañabobos, sin hablar de las diez tazas dispuestas en círculo?

—Ni siquiera lo sospecho, querido —suspiró *Sir Henry* con aire de tribulación—. Por el momento, al menos... Una de sus frases me hizo considerar la posibilidad de

que un objeto hubiese faltado en el inventario realizado después del deceso de Dartley. ¡No, no, no me pregunte nada! Vamos, Masters, es usted un nombre de acción, y tiene pan en el horno, me parece. ¡Al trabajo, qué diablo!

El inspector se levantó.

—Así lo haré. Pero debo asistir a una conferencia relativa al caso de Birmingham, que dentro de poco tendrá lugar en Scotland Yard, y, ante todo, necesito salir de eso...

Masters miró a Pollard, antes de añadir:

—¿Se siente usted capaz de ejecutar la primera parte del programa, Bob?

—Sí, jefe —respondió el joven sargento.

—Corra a la agencia de locación Houston y Klein, de Saint James Square, y consígase las llaves de la casa y autorización para visitarla. Preséntese como un comprador eventual y no como un policía, ¿comprende? Infórmese con habilidad de si algún otro ha pedido las llaves. De la agencia, diríjase directamente al número 4, Berwick Terrace; cuando haya dado con la pieza amueblada, no se mueva, pase lo que pase. Me reuniré a usted lo antes posible. Lárguese, ahora.

Pollard no se lo hizo repetir. El caso lo apasionaba, y sabía que Masters nunca le perdonaría un fracaso. Las nubes se amontonaban sobre Whitehall; sin duda llovería antes que concluyese el día. Pollard empapó su camisa corriendo en pos de un autobús, y, unos diez minutos más tarde hallábase de gran conversación con uno de los directores de la agencia Houston y Klein.

—El número 4, Berwick Terrace —repitió el agente, con cierta vacilación—. ¡Ah! Ya sé. ¿Desea visitarla? Nada más fácil, señor Grant...

Miró a Pollard sin curiosidad aparente antes de agregar:

—Esa casa adquiere decididamente una súbita boga. Esta misma mañana entregamos un manojito de llaves y un permiso de visita a otro cliente. Pero la orden de libranza de este género de autorizaciones no confiere ningún derecho de prioridad a esa persona. En el caso en que fuese usted un comprador...

Pollard expresó con una mueca su contrariedad.

—Qué fastidio —declaró—. Si se trata de quien creo, qué fastidio. ¿Quién es esa persona, a propósito? Hemos entablado una apuesta y...

—Una apuesta —repitió el otro, con una perplejidad mezclada de alivio. Sus vacilaciones disipáronse.

—No me parece faltar a la discreción nombrándole ese cliente, señor. Es el señor Vance Keating.

El nombre abría vastos horizontes. Pollard conocía vagamente al personaje, a quien encontrara en cierta oportunidad en una reunión, y que le había sido más bien antipático. Pero Vance Keating gozaba de algún prestigio social, alimentado por los periódicos. Era un joven millonario que proclamaba ruidosamente demasiado a menudo su hastío de la existencia. Pollard recordaba todavía un discurso ridículo de Keating: «Pertenece a la familia de los buscadores de aventuras, tan vieja como

la antigua caballería. Llamamos a las puertas de los desconocidos. Tomamos billetes para una ciudad y bajamos del tren en otra. Penetramos en los harenes y nos arrojamus a las cataratas del Niágara en un tonel. La esperanza de que la aventura, como la prosperidad, pueda aguardarnos en una esquina, sobrevive a todas nuestras decepciones». Keating, preciso es hacerle justicia, había cumplido hazañas por demás peligrosas, aunque se murmuraba que su valor no siempre hallábase a la altura de sus sucesivos ideales. Citábase una cacería de tigres de triste memoria. Keating sufrió un desfallecimiento nervioso, y hubieron de transportarlo en unas angarillas. Pollard había leído recientemente el anuncio de su compromiso con la señorita Francés Gale, la campeona de golf.

—Keating —dijo el sargento—. Esperaba que fuese él. La lucha será dura; pero uno de los dos saldrá propietario de la casa. A propósito, ¿podría decirme si una tercera persona la ha visitado últimamente?

El agente reflexionó.

—Creo que nadie me pidió las llaves en el curso del semestre transcurrido —respondió por último—. Su pregunta me toma un poco de sorpresa... Un momento, si hace el favor, señor Grant...

El agente se ausentó un instante. Fue en busca de un registro, que consultó antes de responder:

—Me engañaba. Una joven dama visitó la casa hace tres meses, el 10 de mayo, para ser exacto. Se trata de una señorita Francés Gale, la...

—Gracias —interrumpió Pollard, que se apresuró a tomar el portante.

Si Vance Keating andaba mezclado en el asunto, un golpe teatral se preparaba. El juvenil «buscador de aventuras» desdeñaba las situaciones plácidas. El sargento Pollard se introdujo en una boca del subterráneo con la impresión de sumirse en un horno; descendió en la estación de Notting Hill Gate y dirigióse hacia el este por calles tranquilas.

Aunque el reloj de Pollard señalase las trece y cuarto, todo el barrio parecía adormecido bajo un cielo amenazante; un soplo de aire caliente agitaba de vez en cuando las secas hojas de los plátanos. El sargento halló sin dificultad Berwick Terrace, un bolsón de unas sesenta yardas de longitud por veinte de ancho, que daba sobre una plazuela. Berwick Terrace contaba diez casas en total, cuatro de cada lado y dos al extremo, cerrando el callejón. Diez hotelitos idénticos, compuestos de tres pisos y un granero. Databan de la misma época, y formaban un solo bloque, cortado a intervalos regulares por las escalinatas de piedra que conducían a las puertas de entrada. Sólo las ventanas de cuatro fachadas ostentaban cortinas de encaje almidonado; de ahí, sin duda, la impresión de abandono producida por aquella desierta calle. Pollard experimentó un sentimiento de malestar. Nadie a la vista, ningún movimiento... Un cochecito de niños, abandonado frente a la puerta del número 9, al extremo del bolsón, era el único signo de vida humana; una casilla de teléfono, pintada de rojo, destacábase vivamente, al otro extremo, contra los frontis

uniformemente grises. Los primeros síntomas de la decrepitud surgían ya en Berwick Terrace, abandonado por la mayoría de sus ocupantes.

El número 4 se encontraba del lado izquierdo. Pollard costeó la acera de la derecha y se detuvo enfrente de la casa que le interesaba, con el pretexto de encender un cigarrillo. Nada distinguía a primera vista a aquella casa de sus vecinas, bien que apareciese quizá un poco más deteriorada. Dos ventanas veíanse abiertas; las persianas de algunas estaban cerradas y una espesa capa de polvo empañaba los vidrios de otras. Mirando a lo alto, Pollard creyó ver moverse una de las ventanas del granero... Sin duda, alguien acababa de alzarla ligeramente para observar afuera. La casa hallábase ocupada en aquel preciso instante por un desconocido que le acechaba.

Pollard se oyó interpelar bajito, a sus espaldas:

—¡Sargento!...

El hotelito ante el cual se estacionara, el número 2, estaba también desalquilado. Con el rabillo del ojo, Pollard observó que una de las ventanas de la planta baja permanecía entreabierta; la voz partía de allí, pero el polvo adherido a los vidrios impedíale ver el interior.

—Hollis, de la división L —prosiguió la voz—. Estoy aquí desde hace cerca de una hora. Porter vigila la puerta de servicio, del otro lado. Las dos únicas salidas están guardadas. No sé si es su pájaro, pero alguien hay en el interior.

Pollard respondió sin mover los labios:

—Cuidado. Un hombre está en una ventana. No se deje ver. ¿Quién es?

—No sé. Un joven con traje claro. Llegó a pie, hace unos diez minutos.

—¿Qué ha hecho desde que está en la casa?

—Ha abierto dos ventanas; es todo cuanto sé. De otro modo habría muerto asfixiado. Parece que estuviera uno aquí en un infierno.

—¿Consiguieron ustedes entrar en la casa?

—No, imposible. No teníamos las llaves, y el inspector nos recomendó que evitásemos el hacernos notar.

—Bien. Quédese en su puesto.

Pollard atravesó la calle exhalando espesas volutas de humo, mientras examinaba la casa con manifiesto interés. Sacó de su bolsillo un llavero que llevaba una etiqueta con el nombre de la agencia inmobiliaria. Las persianas de la ventana de la planta baja, a la izquierda de la puerta, estaban herméticamente cerradas; aquélla debía ser, según toda probabilidad, la pieza amueblada. Se disponía Pollard a subir la escalinata cuando su atención fue atraída por el ruido de un auto. Se detuvo, el pie en el primer escalón.

Berwick Terrace da a una gran plaza llamada Coburg Place. Sus árboles erguíanse, inmóviles, hacia el plomizo cielo; sólo el creciente rugido de un motor turbaba el opresivo silencio. Un cabriolé Talbot azul cruzó la plaza; al pasar frente a la entrada del callejón, la conductora se inclinó para mirar hacia un extremo de la vía. El coche zigzagueó antes de desaparecer. La distancia impidió a Pollard distinguir las

facciones de la automovilista; pero su extraña maniobra grabó aquel incidente en su memoria.

Sintió el sargento que una inexorable rueda acababa de ser puesta en movimiento, que un director de orquesta alzaba su batuta, que nada detendría en lo sucesivo la precipitada marcha de misteriosos y siniestros acontecimientos. Pero no dispuso Pollard de tiempo para analizar su impresión, pues la puerta de la casa se abrió ante él. Un hombre le preguntó, midiéndole fríamente:

—¿Qué desea, señor?

CAPÍTULO III

PROMESA DE ASESINO

A despecho de la penumbra del *hall*, Pollard reconoció inmediatamente a Vance Keating, en traje de franela gris perla. Era un joven delgado, de mediana estatura, con una larga nariz y boca de desdeñosa expresión. Su habitual arrogancia aparecía ahora suplantada por una excitación incontrolable y comunicativa. En su agitación, aquel *dandy* juvenil se había puesto un sombrero perteneciente a otro... un chambergo gris de medida bastante mayor que la suya, y que le entraba hasta las orejas.

—¿Dónde está la mujer? —inquirió.

—¿La mujer?

—Sí. La mujer que debía...

Keating se detuvo. Pollard, en aquel instante, tuvo la certidumbre de que su interlocutor esperaba a los miembros de una sociedad secreta convocados para una reunión, y que lo había tomado por uno de ellos. Pero el espíritu de Keating tampoco permanecía inactivo... La ocasión de representar la comedia había pasado para el sargento.

—La taza está vacía, la mujer aguarda —pronunció Keating.

Era, evidentemente, el santo y seña, que él, Pollard, debía completar; mas, ignoraba la respuesta.

—Las gallinas de mi tía están en el jardín —respondió con aplomo—. ¿Y qué?

—¿Quién diablos es usted y qué viene a hacer aquí? —preguntó el otro en voz baja.

—Deseo visitar la casa, si no encuentra usted inconveniente.

—¿Visitar la casa?

—Con intención de comprarla, si el precio me conviene. Houston y Klein me la indicaron y me dieron permiso para visitarla, lo mismo que a usted, presumo.

—¡Pero es imposible! —exclamó Keating con aire incrédulo y casi horrorizado.

Era, evidentemente, el único contratiempo que no había previsto.

—... Houston y Klein no pueden jugarme semejante pasada. Me entregaron las llaves.

—Aquí está el segundo manojo —respondió Pollard con una sonrisa—. En el fondo, nada impide que uno y otro visitemos la casa.

Apartó a Keating para entrar. El *hall* era bastante amplio, pero sobrecargado de molduras, según la moda de sesenta años atrás. Una ventana circular de espesos vidrios multicolores dejaba filtrar una luz roja y azul insuficiente para disipar la obscuridad. Los pasos resonaban sobre el desnudo piso; con un gesto al que supo dar las apariencias de maquinal, el sargento abrió la puerta de la pieza situada a mano izquierda. ¡Vacía!

Aquella comprobación sorprendió desagradablemente a Pollard, que buscaba

trampas sin dejar de observar con el rabillo del ojo a Keating. Si trágicos sucesos preparábase realmente, la cuestión se planteaba en los siguientes términos: Vance Keating, ¿era el instigador o la víctima?

—Discúlpeme, querido —dijo de pronto Keating.

Su lucha interior se había reflejado en su móvil fisonomía, que una sonrisa plena de atractivo iluminaba al presente.

—Hoy no me siento muy en mis cabales —continuó—. Falta de sueño... Me acosté tardísimo. Tiene usted perfecta razón: nada impide que los dos visitemos esta casa. Yo mismo puedo guiarlo, si lo desea. ¡Hum!... ¿Cree usted que tendrá para mucho tiempo?

Pollard consultó su reloj que marcaba las tres y cuarenta. ¡Todavía tres horas y veinte minutos hasta el instante del asesinato!

—Temo haber llegado con demasiada anticipación —dijo—. Cité aquí a mi hermana a las dieciséis y treinta. Corre con el arreglo de mi casa y quiere ver lo que ha de concernirle, naturalmente. Pero no me hago ilusiones de que esté aquí antes de las diecisiete; la conozco, y a todos los sitios acude con retardo. Nada me apura, por otra parte, como habrá observado usted. En verdad, podría dejarlo ahora y regresar entre las dieciséis y media y las diecisiete.

Keating desvió un segundo la mirada. Luego contempló de frente a Pollard, con expresión de desdeñosa calma.

—¿Quiere tener la bondad de seguirme un momento? —preguntó cortésmente.

—¿A dónde?

—Por aquí —respondió Keating, saliendo de la casa. Pollard no podía elegir. Instigador o víctima, Keating no debía ser perdido de vista. Pero si el sargento había temido por un instante que su hombre intentara «birlárselas», su temor fue de corta duración. Keating se detuvo delante de la casilla telefónica, a la entrada de Berwick Terrace; entró dejando la puerta abierta, a fin de permitirle a su compañero escuchar.

—Comuníqueme con el señor Klein —dijo en el aparato—. ¡Aló! ¿Klein? Habla Vance Keating. Mi decisión está tomada. Compró la casa de Berwick Terrace. ¿Cuál es su precio?... Sí. ¿Acta en mano?... Perfectamente. La compro. Un momento, Klein. Junto a mí se halla uno de sus clientes... ¿Está usted dispuesto a pagar por la casa más de tres mil quinientas libras, mi amigo?... ¿No? Ya me parecía... ¿Klein? Negocio concluido. Soy propietario de la casa desde ahora, antes de la firma del acta de venta, ¿no es así?... ¿Sí?... ¿Está usted seguro?... Muy bien. Hasta la vista...

Keating colgó el receptor y salió de la casilla.

—Me imagino que mi casa ha cesado de interesarle, amigo —prosiguió con una satisfacción que no se tomó el trabajo de disimular—. Tengo por costumbre obtener lo que quiero; acabo de demostrárselo. Regrese a sus asuntos y no trate de volver a poner los pies en mis dominios.

Con su sombrero gris hundido hasta las orejas, el nuevo propietario del número 4, Berwick Terrace, se alejó a grandes zancadas, manifiestamente encantado de haber

solucionado el litigio en su favor. Pollard, a quien ahogaba la cólera, se disponía a lanzarse en su seguimiento, cuando una tosecilla familiar le hizo volver la cabeza. El inspector en jefe Humphrey Masters, que permaneciera hasta entonces escondido detrás de la casilla de teléfono, le ordenó con un signo abandonar la persecución y venir a hablarle.

Pollard se aseguró primero de que Keating entraba de nuevo en la casa; luego se reunió a su superior, que ofrecía el aire de sus peores días.

—Le convendría a usted aprender que la prudencia es madre de la seguridad —dijo Masters.

Arriesgó una ojeada hacia la casa.

—¡Pues no se le durmió la mano, amigo! Tres mil quinientas libras es una suma. ¿Por qué habrá comprado esa casa? Poco importa. Espero su informe.

Una vez que Pollard le hubo resumido la situación, el inspector reflexionó un momento antes de preguntar.

—Ese Keating, ¿estaba solo en la casa?

—Así lo creo, aunque no podría afirmarlo, sin embargo —respondió Pollard—. Se precipitó a abrirme la puerta con un apresuramiento febril. Espera una mujer, es seguro, y se encuentra en un estado de gran agitación.

—Aun así, querido —declaró obstinadamente Masters—. ¡Hum! ¿La pieza de la izquierda está vacía, dice usted? Eso no significa nada, después de todo. La casa se halla vigilada por delante y por detrás. Nadie puede entrar sin que lo sepamos, Bob. Pero necesito un hombre dentro del lugar. Usted tiene las llaves; introdúzcase por la puerta de servicio lo más discretamente posible. Si Keating lo descubre, pasará usted un mal rato; pero arrégleselas para que no sospeche su presencia. Voy a juntarme con Hollis en el hotelito de enfrente...

El inspector meditó rascándose la cabeza.

—... El busilis está en que no sabemos si es la víctima o un malhechor en potencia, como decía usted hace un momento. _De todos modos, no podemos descubrir nuestras baterías. Si violentáramos su puerta exhibiendo nuestras medallas de policías, nos pondría de patitas en la calle. Es su derecho absoluto. Tenemos todavía tres horas por delante. Deslícese en la plaza, descubra qué pieza ocupa él, apóstese detrás de la puerta y no se mueva más.

Una estrecha callejuela paralela a Berwick Terrace partía de Coburg Place. Los jardines de las casas, cercados por una pared de seis pies de alto, daban a aquella vía. Pollard observó con satisfacción que todas las persianas del número 4 estaban cerradas de aquel lado. Porter, el agente en civil que se disimulaba en un ruinoso quiosquito, lo interpelló en voz baja en el instante en que transponía la verja.

—Tranquilícese, pues se halla usted al abrigo de miradas indiscretas. Conozco esa clase de persianas. Imposible distinguir nada al través, aún desde el interior. Encontrará usted la puerta de servicio al extremo de la avenida; no lo verá, aunque esté a la ventana.

Pollard cruzó el jardín corriendo. La puerta de servicio estaba protegida por un sobradillo; otro temor asaltó al sargento al alcanzar aquel refugio: ¿tendría la puerta el cerrojo echado por el interior? La llave, en tal caso, de nada le serviría. Pero la suerte mostrasele propicia; la puerta se abrió y giró silenciosamente sobre sus goznes.

El sargento se halló en una sombría cocina, que atravesó de puntillas, aunque lamentando un poco no haber fumado un último cigarrillo antes de entrar. El plano de la planta baja era muy sencillo: la cocina y el office ocupaban la parte posterior de la casa; luego venía el *hall* central, al que daban las dos amplias piezas del frente. La planta baja estaba enteramente desamueblada; únicamente una de esas plantas de departamento, abandonada por los últimos inquilinos, concluía de secarse en el rincón de un cuarto. Aunque no era impresionable, experimentó un vivo sentimiento de malestar. Masters le había dicho, esa misma mañana, que la casa de Pendragon Gardens, teatro del asesinato de Dartley, padecía de tal mala reputación, que nadie quería permanecer allí. ¿El hotelito de Berwick Terrace sería igualmente objeto de opinión desfavorable? El joven sargento se inclinó a creerlo.

Hallábase en la pieza de la derecha de la planta baja cuando oyó a Keating descender la escalera. Púsose vivamente al acecho. Pero Keating cruzó el *hall* silbando (Pollard lo vio por la rendija de la puerta) y salió de la casa, cuya puerta cerró tras sí. Un gran silencio siguió a su partida.

Temiendo una celada, Pollard aguardó un momento antes de abandonar su escondite. ¿Regresaría Keating para sorprender a un intruso eventual, o había terminado sus preparativos? ¡Bah! No quedaba otro remedio que arriesgarse. El sargento trepó la escalera de cuatro en cuatro. Los dos pisos superiores comprendían cinco piezas cada uno, dormitorios, tocador y anticuado cuarto de baño; el empapelado de una de las habitaciones revelaba que había servido de nursery... «Pobres chicos» —pensó Pollard—. «No debían ser unos niños muy felices». Sus pesquisas seguían siendo infructuosas hasta entonces.

«Han debido subir los muebles al granero» —reflexionó Pollard—. «Siempre que Keating no se haya burlado de nosotros...». El sargento recordó bruscamente la primera impresión que experimentara al mirar la casa desde la acera de enfrente, alrededor de una hora antes; sí, había un hombre en una de las ventanas del granero, y aquel hombre era sin duda Keating. Una escalerilla estrecha y empinada como una escala partía del extremo del corredor del tercer piso. Pollard la subió a su vez.

Desembocábase por una especie de trampa bajo los tejados, divididos por simétricos tabiques en cuatro buhardillas, según el número de puertas. Incomodado por el intolerable calor de aquel sombrío granero. Pollard tuvo la impresión, sin embargo, de que llegaba al final de sus indagaciones; pero ¿qué idea de loco aquella de subir los muebles debajo del tejado, cuando todas las piezas de los pisos inferiores estaban vacías! El sargento se orientó. Sí, la buhardilla que daba sobre Berwick Terrace (la de la izquierda, mirando hacia la casa) debía poseer la ventana detrás de la cual había percibido a Keating al llegar.

Pollard trató de abrir la puerta. ¡Cerrada con doble vuelta de llave! Era la única puerta de la casa que se le había resistido. Las tres últimas se abrieron igualmente al primer empuje.

«Ahora estoy seguro» —pensó Pollard—. «Esta buhardilla de unos quince pies de lado es la pieza que buscaba». Aprovechando que la llave había sido retirada, aplicó el ojo al agujero de la cerradura. Paredes blanqueadas con cal, una mesa cubierta por un tapete de oro descolorido en el centro de la habitación... El sargento no pudo distinguir más. Una raya luminosa se filtraba por debajo de la puerta; Pollard trató de mirar por allí, pero no pudo ver sino el borde de una alfombra negra y muy gruesa. La pieza estaba vacía, lo hubiese jurado. Más, ¿cómo penetrar? En vano se esforzó en destornillar la cerradura. ¿Hundir la puerta? Ni pensarlo, pues Keating lo advertiría al llegar.

La ausencia de Keating se prolongó durante dos interminables horas. Pollard las empleó lo mejor que pudo, visitando la casa desde el sótano al granero, para asegurarse de que nadie se escondía en algún rincón. Al fin regresó Keating, solo, a las dieciséis y cuarto. Golpeó la puerta tras de él.

Pollard tornó prestamente a su escondrijo en la buhardilla de la derecha, que daba sobre el jardín. La estrecha rendija de la puerta permitíale vigilar la del inviolable santuario. Resonaron pasos en la escalera del granero, y Keating emergió, brillantes los ojos de ansiedad. Sacando una llave del bolsillo de su saco, abrió la puerta del santuario, la que, por desgracia, volvió a cerrar al punto. Pollard entrevió, sin embargo, un círculo de tazas de té negras colocadas sobre un tapete de mesa oro pálido... Keating dejó la llave en la cerradura, del lado de afuera de la pieza; sólo hizo un gesto al transponer el umbral del extraño templo: se quitó el sombrero.

Las dieciséis y cuarto. Las dieciséis y treinta. Palpitantes las sienes, el cuello extendido y clavados los ojos en la puerta misteriosa, Pollard continuaba acechando, en medio de un silencio absoluto. Ningún visitante apareció. El minuterero del reloj pulsera del sargento recorrió un cuarto de cuadrante: las dieciséis y cuarenta y cinco. Una a una, las seductoras teorías se desplomaban; la exclamación de Masters acudió al espíritu de Pollard: «Ignoro si una sociedad secreta puede vivir completamente a escondidas del mundo, pero me atrevo a afirmar que no existe sociedad, sea o no secreta, sin miembros». El inspector en jefe tenía razón. Vance Keating estaba solo en el santuario, guardado, si jamás hombre alguno lo fue, por un agente de cada lado de la casa. Las dieciséis y cincuenta y cinco.

* * *

Keating lanzó un grito, y Pollard oyó la primera detonación cuando el minuterero de su reloj señalaba la hora justa.

El grito y la detonación fueron tan imprevistos, tan sofocada la explosión, que Pollard no comprendió al pronto lo que ocurría. Un ruido de vajilla rota, seguido por

el de una caída... Luego una segunda detonación, tan próxima, esta vez, que sacudió la llave en la cerradura. Dos tiros de un revólver de grueso calibre acababan de ser disparados detrás de la puerta cerrada; Pollard oyó el tic tac de su reloj mientras los últimos ecos de las explosiones espiraban.

Sintió el olor de la pólvora de un antiguo modelo de cartuchos, aun antes de haber abierto la puerta del santuario, una pieza baja de techo, con las paredes blanqueadas a cal. La única ventana perforaba el muro de la derecha; espesas cortinas de terciopelo negro, medio corridas, dejaban pasar suficiente claridad como para iluminar la escena. Dos de las diez tazas de té dispuestas en derredor de la mesa aparecían rotas.

Vance Keating se hallaba extendido, cuan largo era, en el piso, entre la mesa y la puerta, vuelta hacia ésta la cabeza. Yacía sobre el costado izquierdo, el rostro hundido en la alfombra, la pierna derecha ligeramente replegada. Habíanlo abatido dos balas provenientes del revólver de calibre cuarenta y cinco que los policías encontraron cerca de sus restos, del lado izquierdo (como quedó formalmente establecido en el sumario). Una negra quemadura, en la base del cráneo, circuía el orificio de entrada del proyectil, que se había alojado en el cerebro; la espalda de la chaqueta gris estaba atravesada por una segunda bala. La tela humeaba aún en torno del agujero, y partículas incandescentes punteaban la oscura aureola. El olor de la lana y de los cabellos chamuscados dominaba al de la pólvora cuando Pollard entró. Keating había sido herido a quemarropa; algunas gotas de sangre brotaron de sus heridas antes que expirase bajo los ojos del sargento.

Obstruyendo la puerta con su cuerpo, Pollard abarcó la escena con la mirada. Sin tratar de comprender cómo un asesino había penetrado en la pieza, sabía el sargento que aún se encontraba allí. Nadie había salido por la única puerta y la ventana dominaba la calle desde una altura de cuarenta pies.

«¡Calma!» —se dijo Pollard—. «Sepamos conservar nuestra sangre fría. ¡Calma!».

Tomó la llave que permaneciera en el exterior; luego cerró la puerta e hizo girar la llave por el lado de adentro. Hecho esto, registró lentamente la pieza, sin el menor resultado, pues estaba solo con los despojos. Únicamente dos series de huellas de suelas polvorientas aparecían en la gruesa alfombra; las suyas y otras que se detenían allí donde cayera Vance Keating. Por último, Pollard ganó la ventana.

La tormenta se aproximaba. Una bocanada de aire fresco le azotó el rostro. Berwick Terrace dormitaba a cuarenta pies por debajo de él. Algunos segundos solamente debieron transcurrir desde los disparos, porque Masters atravesaba corriendo la calle, su sombrero encasquetado. Pollard se inclinó fuera de la ventana para mirar a derecha e izquierda. Berwick Terrace no ofrecía ningún escondite a un fugitivo y, exceptuando Masters, nadie había a la vista.

—¡Huyó por la ventana! —vociferó el sargento Pollard.

Una ventana de la planta baja de la casa frontera se abrió bruscamente. Un hombre rojo de cólera se acodó en el alféizar.

—¡No! —gritó el sargento Hollis, en respuesta—. No he abandonado mi puesto un segundo, y afirmo que nadie escapó por ahí.

CAPÍTULO IV

LOS ÚLTIMOS INQUILINOS

El doctor Blaine, médico forense, terminó el sumario examen de los despojos de Vance Keating a las diecisiete y treinta en punto. Se enderezó sacudiéndose las rodillas. Los fotógrafos de la policía se atareaban en la pieza; cerca de la ventana, Mc Allister (perito del servicio antropométrico) examinaba el revólver con la lente. El doctor Blaine se volvió hacia el inspector en jefe Masters, para preguntarle:

—¿Qué desea saber exactamente? La causa del deceso está a la vista, me parece... Dos balas...

—Tengo ojos para ver —interrumpió Masters—. Pero, ese revólver, ¿es el arma del crimen?

—Los expertos de la balística le informarán dentro de poco acerca de ese punto. Creo sin embargo poderle responder desde ahora afirmativamente. Las dos heridas provienen de balas del calibre cuarenta y cinco, de modelo hace tiempo en desuso. Los proyectiles de cobre de un revólver moderno del mismo calibre hubieran atravesado el cuerpo de parte a parte. Y ustedes hallaron cerca de los restos un arma que corresponde perfectamente a esa filiación, con dos cartuchos vacíos en el tambor.

Manifiestamente sorprendido por la sombría expresión del inspector, el doctor Blaine dirigió una seña] con la cabeza a Mc Allister, que, soplándole encima, despojaba a la culata del arma de sus últimos granos de polvo. Seguido de Pollard, Masters se le aproximó.

El revólver era una hermosa arma en su género, manuable y extremadamente ligera para su tamaño. El acero del cañón y del tambor aparecía ennegrecido por el tiempo; pero curiosas incrustaciones de nácar embellecían la culata y una plaquita de plata grabada llevaba el nombre de su propietario: *Tom Shannon*.

—¡Hola! —exclamó Masters—. ¿Será posible...?

—En su lugar, yo no lanzaría una orden de arresto contra Tom Shannon, inspector —interrumpió Me Allister—. Shannon se encuentra bajo tierra hace por lo menos cuarenta años. Este revólver le pertenecía. ¡Y qué arma!...

La levantó.

—... El famoso Remington de seis tiros, fabricado en 1894. Si ha leído usted algunos relatos referentes al Far West, sabrá lo que esto significa. Shannon era un famoso bandolero. ¿Dónde el asesino pudo procurarse las municiones que necesitaba?, me pregunto. El tambor está provisto de seis cartuchos, dos de ellos vacíos... En fin, ¿cómo se encuentra este Remington en Inglaterra? No veo más que una sola respuesta a ambas preguntas: pertenece a un coleccionista de armas antiguas.

—¡Un coleccionista! —exclamó Masters.

Además del revólver, la colección en que acababa de pensar incluía tazas de té, cántaros de sorpresa y otros variados ejemplares.

—Poco importa —continuó—. ¿Halló usted impresiones digitales sobre esa arma, Me Allister?

—Ni una sola. Nuestro hombre llevaba guantes —respondió el perito.

Masters hizo un esfuerzo por recobrar su acostumbrada amabilidad antes de dirigirse al doctor Blaine.

—Me preguntaba usted hace un momento qué deseaba yo saber exactamente, doctor. He aquí mi sola y única pregunta: ¿Está usted dispuesto a afirmar bajo juramento que los dos disparos fueron descerrajados a quemarropa?

—Sí. El asesino tiró dos veces con el cañón del revólver apoyado contra su víctima.

Discúlpeme que insista, doctor. No es la primera vez que se me plantea el problema de una pieza herméticamente cerrada; esto se convierte ya en una especie de pesadilla que me persigue, dicho sea entre paréntesis. Pero sí es la primera vez (si su diagnóstico no anda errado, permítame aclararlo sin asomo de ofensa) que la presencia del asesino en la habitación, en el momento del crimen, está probada. Es también la primera vez que dos agentes se hallan pronto a jurar que nadie salió del cuarto. He aquí, en dos palabras, la situación: en el momento del crimen, el sargento Hollis y yo nos encontrábamos en la casa de enfrente, vigilando este inmueble y particularmente esta ventana. El difunto, el señor Vance Keating, había entrado a las dieciséis y cuarto; poco después, lo vimos mirar hacia afuera por esta misma ventana., la única provista de cortina. Todo, ya ve usted, nos incitaba a concentrar nuestra atención sobre este punto determinado. Simultáneamente, el sargento Pollard, aquí presente, vigilaba la puerta de la buhardilla. Nadie ha pasado, ni por la puerta ni por la ventana. Por consiguiente, si me dijese usted: «Hay una probabilidad entre mil de que Keating haya sido muerto desde lejos», yo respondería: «Todo se explica. Estando la ventana abierta, las dos balas han podido pasar por ahí». Pero si me afirma usted que el asesino oprimía el cañón de su arma contra su víctima cuando partieron los disparos (y le advierto que participo de su opinión), renuncio a comprender.

—Todo el resto de la casa está lleno de polvo —observó Blaine—. Ya ni se cuentan las huellas de pasos sobre la alfombra.

—Sí —respondió Masters—. He interrogado a Pollard al respecto. Jura que no había más que dos series de pasos antes de nuestra llegada: los de Keating y los suyos.

—¿Keating amuebló él mismo la pieza? —preguntó Me Allister.

—¡Hum! No forzosamente. Había una escoba, en un rincón, detrás de la puerta. Muy bien pudieron los mudadores dar unos escobazos después de haber dispuesto los muebles. El hecho no prueba nada.

—Permítame —intervino Blaine en tono seco—. Prueba que Keating estaba solo en la pieza cuando lo asesinaron... a menos que Pollard sea el matador...

Poco faltó para que le diera un ataque a Masters, y el doctor prosiguió:

—... Queda la hipótesis de una puerta disimulada.

—¡Una puerta disimulada! —exclamó Masters—. Mire en su derredor.

Dos de las paredes de la buhardilla (la que hacía frente a la puerta y la de la ventana), eran sólidos muros de cemento. Dos tabiques de madera, que subían hasta el techo, cerraban el cubo. Las cuatro paredes y el cielo raso estaban blanqueados de cal, y sólo algunas superficiales desconchaduras delataban su grisácea superficie. Un tubo de gas, terminado en un capuchón de plomo, pendía del poco elevado techo, en el centro de la pieza.

Una espesa alfombra negra cubría el piso. Contra la pared del fondo, veíase un sillón de caoba; contra la de la izquierda, un maltrecho diván... Pero lo que chocaba a la vista al entrar, era una mesa redonda, plegadiza, de unos cinco pies de diámetro, abierta en el centro de la pieza. Extendido encima, tejido en dorados hilos, descansaba un tapete cuadrado, al que plumas de pavo real formaban suntuosa decoración. Del lado de la puerta, el tapete aparecía ligeramente desplazado; diez tazar, de té de porcelana negra, dispuestas en círculo sobre la mesa, evocaban las cifras de un cuadrante de reloj. Frente a la puerta, dos tazas vecinas mostrábanse rotas, pero rotas de un modo singular. Los trozos no habían sido proyectados a distancia, sino que reposaban sobre los rayados platillos, o junto a éstos. Teníase la impresión de que un objeto pesado habíales caído de plano encima.

—¡Una puerta oculta, en una pieza de paredes blanqueadas con cal! —continuó Masters—. Tonterías. ¡Qué situación! Un equipo de agentes reunidos en la escena del crimen, y que fracasan de un modo lamentable. Por eso, si pudiese usted demostrar que los disparos de revólver no fueron descerrajados desde aquí...

—El asesino estaba en la pieza —interrumpió el doctor Blaine—. ¿Nadie oyó las detonaciones?

—Sí, yo —intervino Pollard—. Estaba a menos de doce pies de la puerta, y me hallo dispuesto a jurar que las detonaciones partieron de aquí.

Blaine hizo un signo de asentimiento.

—Examine la herida de la cabeza, para comenzar. El cañón debía encontrarse a unas tres pulgadas del blanco cuando partió el tiro; la bala de plomo atravesó el cráneo. Se ven, en derredor del orificio, las señales de la pólvora de un antiguo modelo de cartucho. La otra bala quebró la espina dorsal de este pobre diablo. Esta vez, el cañón estaba apoyado contra él. Debió usted acudir inmediatamente, sargento. ¿Observó confirmaciones de lo que digo?

—Varias —respondió Pollard—. La tela del saco ardía aún, y vi chispas. Además, sentí un fuerte olor a quemazón y a pólvora al abrir la puerta.

—Lo siento, Masters —declaró el médico—. Ninguna duda es posible.

Sobrevino un silencio. Los fotógrafos, concluida su tarea, se habían retirado. Un creciente rumor subía de la calle, dominado por la voz de los agentes encargados de alejar a los curiosos; oíanse igualmente las pisadas de los policías que ocupaban la casa bajo las órdenes del inspector Cotteril. Masters daba vueltas por la buhardilla como un oso enjaulado, tanteando las paredes a golpe de puño. Interpeló a Me

Allister, que, por su parte, proseguía afanoso su tarea:

—¿Cómo va eso?

—Ya termino —respondió el perito del servicio antropométrico—. Y jamás, ¡ay!, caza alguna fue tan infructuosa. Ni una impresión dactilar, salvo algunas marcas confusas sobre el brazo del sillón y varias, muy nítidas, en el marco de la ventana... pero pertenecen todas al difunto, pondría mis manos en el fuego.

—¿Nadie ha tocado la mesa o las tazas?

—Nadie las tocó sin guantes, al menos.

—¡Oh! ¡Ah! Guantes. Es el caso Dartley que recomienza, con algunas variantes. Bondad divina, ¡cómo odio estos asuntos sin pies ni cabeza! No tengo más necesidad de usted, si ha concluido, Me Allister. Al bajar dígame al inspector Cotteril que venga a hablarme. ¿Usted también se va, doctor? Hágame el obsequio de enviarme lo antes posible el informe de la autopsia. Espero la llegada de un señor... ¡ejem!... de *Sir Henry Merrivale*, para hacer retirar los restos...

Una vez ausentes Me Allister y Blaine, Masters dio vuelta de nuevo en torno de la mesa.

—Extraño aparato escénico, destinado a echarnos tierra a los ojos —declaró, señalando las tazas—. ¿Una sociedad secreta? ¡Vamos! Creyó usted que Keating le daba un santo y seña; ya lo sé: ¿Pero no irá usted al extremo de pretender que una reunión ha tenido lugar aquí, y que sus diez miembros se desvanecieron como el humo, supongo? Vaya, no ponga esa cara de entierro. Somos los pavos de la boda, no hay duda, pero nada tenemos que reprocharnos. Aguardo a *Sir Henry* de un momento a otro; será cosa de no poderlo tomar ni con pinzas, pero me regocija, lo confieso, la idea de atraerlo a un círculo vicioso del que no logrará salir. Será su primera experiencia de esta clase, además.

El inspector consideró los despojos antes de añadir:

—¿Qué sabe usted de este pobre muchacho, Bob?

—Ya le dije hace poco todo lo que sabía, jefe —respondió Pollard.

—Sí. ¡Es inaudito haber marchado así al encuentro de la muerte!

—Keating era muy rico, y se llamaba a sí mismo con orgullo: «El último de los caballeros de la Aventura»... La clase de hombre capaz de interesarse en una sociedad secreta, a condición de que fuese bastante tenebrosa, naturalmente. El desdichado amaba el peligro... Si mis recuerdos son precisos, habitaba un departamento de Great George Street.

Masters miró de hito en hito a Pollard.

—¿Great George Street? ¡Entonces fue a su casa!

—¿Cuándo?

—Esta tarde. Creo que recordará usted que se ausentó de las catorce a las dieciséis y cuarto. Sé dónde estuvo por la sencilla razón de que lo seguí. Pero cada cosa a su tiempo. ¿Puede darme detalles acerca de su familia o de sus amigos?

—Únicamente sé que tenía un primo de nombre Philip Keating, y que estaba

comprometido con Francés Gale, una célebre campeona de golf. —He visto su fotografía en los diarios...

Masters reflexionó en silencio, evocando la imagen de la joven, conservada en su memoria.

—Francés Gale no está mezclada en este asunto, o mucho me equivoco —declaró por último—. En fin, poco importa por el momento. Ayúdeme a poner a este pobre diablo de espaldas. Atención...

Pollard lanzó una exclamación involuntaria.

—¡Grandes dioses!

—Si buscaba emociones fuertes, la realidad superó sus deseos —dijo Masters—. Penoso espectáculo, ¿eh?

Los dos nombres se incorporaron. Quedaron contemplando el rostro de Keating, intacto, pero en cuyos rasgos persistía una expresión de indecible espanto. Aquellos ojos azul pálido, dilatadísimos, habían visto venir la muerte. Pollard desvió los suyos, incapaz de soportar aquella mirada, en que el terror no se había extinguido con la vida.

—¿Le agradaría velar a este infeliz aquí, toda una noche, joven? —preguntó Masters.

—¡Dios me libre!

—Y yo lo mismo. ¡Ah!...

El inspector se inclinó vivamente para recoger algo de encima de la alfombra, cerca del cadáver.

—Fíjese —siguió, sosteniendo por los bordes una cigarrera de plata que el difunto debió tener en la mano en el momento de su caída.

Abriendo la pitillera, Masters comprobó que estaba llena de cigarrillos Craven. Varias impresiones digitales, perfectamente nítidas, veíanse en la pulida superficie. Las iniciales J. D. aparecían grabadas en un ángulo.

—¿J. D.? —murmuró Pollard—. No son las iniciales de Keating.

—En cambio, no cabe duda que las impresiones digitales le pertenecen —replicó Masters—. Pidió prestada la cigarrera a un... ¡A propósito! El sombrero que llevaba tampoco le pertenecía, aparentemente. ¿De quién sería? ¿Y dónde está? No lo veo por ninguna parte.

Pollard lo había advertido sobre el diván, al penetrar en la pieza; el mueble estaba ligeramente apartado de la pared. Tras de algunos tanteos, sacó del intersticio el sombrero gris todo abollado. Se lo tendió a Masters, indicándole el forro de cuero que guarnecía su interior, y en el que destacábase en letras doradas el nombre: *Philip Keating*.

—Philip Keating. —Replicó Masters—. ¡Hum! ¿Es el primo de que me hablara usted hace un instante si no me engaño? Por fortuna para el señor Philip Keating, los dos vimos su sombrero en la cabeza de su primo, sin lo cual... Este pobre muchacho era muy distraído, Bob. ¡Tenía puesto el sombrero de otro y llevaba una cigarrera

ajena en su bolsillo! He conocido tipos de esta clase. ¿Qué sabe usted, respecto a Philip Keating?

—Saltaría sin duda hasta el techo, jefe, a la sola idea de hallarse mezclado en un asunto de este género. Philip Keating es agente de cambio, si no me equivoco. Es un hombre amable, que goza de excelente reputación, y...

—Bien, bien —interrumpió Masters—. Ya profundizaremos en eso. ¿Conoce usted a alguien, entre los allegados de Vance o de Keating, cuyas iniciales sean J. D.?

—Me pide usted demasiado, jefe.

—Hagamos el inventario del contenido de los bolsillos del difunto, a falta de mejor ocupación. Alinee los objetos que vaya poniendo sobre la alfombra. Comencemos por la billetera: ocho libras y diez chelines en billetes, y dos de sus tarjetas de visita (sí, su dirección está bien: 7, Great George Street). Esto en cuanto a la cartera. Estilográfica. Reloj. Llaverito. Caja de cerillas. Pañuelo. Seis chelines y cuatro peniques en moneda... No estamos más avanzados que antes. Sí, nos hemos enterado, sin embargo, de una cosa: Vance Keating fumaba mucho. Hay hebras de tabaco en el forro de todos sus bolsillos.

—Quizá llevara también un traje prestado —sugirió Pollard—. «Keating fumaba mucho», dice usted. Pues bien: no encendió un solo cigarrillo durante los tres cuartos de hora de espera; la cigarrera está llena, y no hemos hallado ceniza ni colillas... ¿Cree usted que la proyectada reunión tuviese un carácter religioso, jefe?

Masters respondió con un gruñido inarticulado, mientras buscaba la etiqueta del sastrero.

—Vance Keating llevaba un traje que era de él —declaró por último—. Sus bromas no son graciosas, muchacho. Cuando tenga usted mi experiencia... ¡Ah! Entre, inspector.

El inspector divisionario Cotteril, alto, delgado, de melancólica expresión, atenuaba con su afabilidad la impresión creada por su físico. Permaneció clavado en el sitio, mirando el semblante de Vance Keating.

—¡Bondad divina! —exclamó.

Dominándose, añadió:

—Hemos registrado la casa de arriba abajo, inspector en jefe. Puedo afirmarle que no hay ni nunca ha habido nadie dentro, exceptuada la víctima. Pero eso ya lo sabe usted. Nos encontramos en el fondo de un callejón sin salida. Una pregunta surge ahora: ¿nos será confiada la investigación, o pasaremos el asunto a manos de Scotland Yard, lo que parece más probable?

—Sin afirmar nada, creo que esta noche se adoptará la segunda solución. Entretanto, dé con la empresa de camiones que trajo aquí el mobiliario anteayer, averigüe la dirección de la mueblería, y siga esa pista hasta donde le sea posible. Me haré cargo del revólver; es una pieza de colección y no lleva ningún número de matrícula. Otra cosa: ¿posee usted, por casualidad, informes de los últimos locatarios de esta casa?

Cotteril reflexionó un instante antes de responder:

—Sí. Tuve que ver con ellos el año pasado. Lo recuerdo porque vinieron al puesto de policía a denunciar el robo de un perro, un podenco leonado, como el mío. ¿Pero cómo diablo se llamaban?...

Cotteril se palmeó la frente.

—El señor y la señora... No abrigue grandes esperanzas por ese lado, inspector. Si mis recuerdos son fieles, el marido era un viejo escribano, estirado y respetable. Su mujer era mucho más joven que él, y encantadora. El señor y la señora... ¡Maldita memoria! Me acuerdo de todos los detalles, y el nombre se me escapa. Se mudaron hace cerca de un año. El apellido comenzaba por una D, creo. ¡Ah! ¡Ya sé! ¡El señor y la señora Jeremy Derwent! Sí, eso es.

—¿Está seguro? —le preguntó.

—Segurísimo —respondió el otro—. El perro robado se llamaba Pete.

—¿Y ese nombre no le dice nada? ¿Ha olvidado usted entonces el caso Dartley, desdichado?

Cotteril enarcó las cejas y respondió en tono seco:

—Sin haber intervenido personalmente en el asunto, ¡a Dios gracias!, he oído hablar. Pero...

Masters le cortó la palabra.

—Dartley fue asesinado en el número 18, Pendragon Gardens, menos de ocho días después de la partida de sus inquilinos, el señor Jeremy Derwent y señora. Los esposos gozaban de una reputación perfecta, y las investigaciones permitieron establecer claramente que no conocían a Dartley más que a Eva o a Adán... En una palabra, no retuvieron nuestra atención. Pero hoy el caso es muy diferente. Los Derwent han sido también ahora los últimos locatarios del número 4, Berwick Terrace; además, ¡hemos hallado una cigarrera con las iniciales J. D. bajo el cadáver de Keating!...

Masters dominó una agitación bien comprensible.

—Es como tengo el honor de decirles, señores —concluyó—. Y siento curiosidad por conocer la opinión de *Sir Henry Merrivale* acerca de esto.

CAPÍTULO V

EN EL QUE SE ENCUENTRAN SEIS PERSONAS CERCA DE UN REVOLVER

El título de campeona de golf era ostentado por una joven de unos veinte años, de talla más bien inferior a la normal, delgada, ágil y muy atractiva. Pollard reconoció inmediatamente en ella a la conductora del cabriolé azul. Francés Gale tenía cabellos castaños, ojos oscuros, orlados de negras pestañas, y una barbilla voluntariosa; sin ser una belleza singular, poseía la seducción que otorgan la juventud y el vigor. Llevaba ese día un traje blanco, adornado en la cintura con un ancho lazo rojo, y una boina también blanca. Más aún que el pesar, la nerviosidad o el temor, traicionaba su expresión una angustiada perplejidad... Advertíase la conmovida hasta el fondo de su alma por un excesivo número de acontecimientos trágicos e incomprensibles.

—Yo... yo... —dijo al entrar.

Masters estaba en su elemento. Se incorporó presuroso, revestido de la humilde afabilidad de un hombre que se dispone a informarse frente a una persona más experimentada que él... Actitud de la que no pocas veces obtuviera beneficios.

—Discúlpenos que la recibamos aquí, señorita Gale —dijo—. Es el único sitio de la casa en que puede uno sentarse. Se halla usted en situación de prestarnos gran ayuda, si lo quiere. Pues sí. Siéntese ahí, sobre el diván. ¿Está cómoda? Perfectamente. Ahora...

—¿Por qué está aquí todo esto? —preguntó la joven, señalando los muebles con un gesto vago.

Las lágrimas acudieron repentinamente a sus ojos. Se volvió hacia *Sir Henry*.

—¡*Sir Henry*! Ya me he encontrado con usted en otra oportunidad, y mi padre me ha hablado respecto a usted. ¿Qué hace aquí?

—Es usted la hija de mi viejo camarada Bokey Gale —dijo *Sir Henry* con una dulzura sorprendente—. Estamos entre amigos, ya lo ve. Pero si la sangre de Bokey Gale corre por sus venas, de más está que tratemos de ocultarle la verdad; tiene usted espíritu como para mirar los hechos de frente, mi pequeña. —Me esfuerzo en ser valiente —dijo Francés Gale después de un silencio—. Pero la situación no es menos atroz. ¿Qué hacía él aquí? ¿Qué ha ocurrido? Unos hombres se lo llevaban cuando yo llegué, pero ni siquiera sé cómo ha muerto... «Se trata de un accidente», me han respondido los agentes a quienes interrogué abajo. Imposible obtener el menor detalle...

Francés Gale se retorció las manos, mirando alternativamente a *Sir Henry* y a Masters.

El inspector meneó la cabeza.

—Tiene usted derecho a saber la verdad, señorita Gale —dijo—. El señor Keating no ha sido víctima de un accidente. Fue asesinado.

—¡Ah! Estaba segura.

—¿Por qué, señorita?

—No soy ciega. Esos policías, este misterio... ¿Cómo no iba a comprender? ¿Cómo lo mataron?

—Por atrás. Dos balas de revólver, una en la espalda, otra en la cabeza. ¿Le asisten razones para suponer que alguien alimentase contra él siniestros designios?

—No. No razones serias... es decir...

—¿No razones serias? ¡Hum!

Masters esbozó una sonrisa paternal.

—... No entiendo bien, señorita Gale. ¡Oh!, probablemente será algo sin importancia... Más, ¿debo comprender que el señor Keating había sido objeto de amenazas?

—No de amenazas serias. Parece que Ron le dijo que lo mataría de un balazo... pero Ron estaba colérico, y no sé con exactitud lo que ocurrió entre ellos, porque no estuve presente...

Francés Gale alzó dos inocentes ojos hacia sus interlocutores.

—Les refiero todo esto, porque tarde o temprano lo descubrirían. Más vale que lo sepan por mí. Sé que se trata de una frase desdichada, lanzada al aire, y que Ron no tenía en absoluto intenciones de cumplir su amenaza.

—¿Quién es ese Ron?

La joven no ocultó su sorpresa.

—Ronald Gardner, naturalmente, un íntimo amigo de Vance, por asombroso que pueda esto parecer. Creía que todo el mundo conocía a Ron de nombre. Es tan emprendedor como Vance, pero se hace menos publicidad.

Enrojeció y continuó rápidamente, atropellando las palabras, al parecer.

—Pensé que habría leído usted el libro que Ron escribió al regreso de su viaje por el valle del Orinoco. Posee una hacienda en el sur de los Estados Unidos, en Arizona, tengo entendido. Ron...

A un signo de Masters, Pollard había abierto su libreta y estenografiaba las respuestas de la señorita Gale.

—Un instante, por favor, señorita —interrumpió Masters—. Una discusión había estallado entre el señor Keating y el señor Gardner, si mal no he comprendido. ¿Cuándo fue eso?

La joven vaciló un segundo.

—Anteanoche. En la noche del lunes al martes, según lo que me dijo Philip Keating, el primo de Vance.

—¿Acerca de qué se entabló esa discusión?

—No tengo la menor idea.

—¿De modo que no procuró usted informarse? Es bastante extraño. Se entera de que su prometido ha recibido amenazas de muerte y maldito lo que se emociona, en apariencia.

Los ojos de Francés Gale llenáronse otra vez de lágrimas.

—¡Si al menos me permitiese usted explicarle! No tuve noticia de esa discusión hasta ayer noche, en que Philip Keating me habló de ello, en casa de unos amigos. La reunión estaba concertada desde hacía ocho días, y Vance debía conducirme. Ayer a la tarde, le hablé por teléfono para preguntarle a qué hora pasaría a buscarme. Cuál no sería mi sorpresa al recibir su respuesta: «Lo siento mucho. Una ocupación imprevista me impide asistir a esa reunión. El asunto me absorberá completamente durante dos o tres días. Te avisaré no bien haya concluido».

—¿El señor Keating le indicó la naturaleza de ese asunto? —preguntó Masters, con simulada indiferencia—. ¿No le habló de la famosa discusión?

—No. Pero lo contrario me hubiera asombrado. Su tono seco me hirió, tanto más profundamente cuanto que nada tenía yo que reprocharme respecto a él. Resolví dirigirme sola a la proyectada velada. Todos me preguntaron, por supuesto, dónde estaba Vance; el mismo Ron tuvo el desparpajo de sorprenderse más que los otros de su ausencia. En fin, conseguí arrastrar aparte a Philip Keating y le pregunté qué sabía de la cuestión. Philip buscó subterfugios (se jacta de ser un modelo de tacto), pero concluyó por hablarme de la disputa entre Vance y Ron, añadiendo que ahí debía residir la verdadera causa de la ausencia de Vance. No pudo o no quiso decirme más. —Comprendo. ¿Abordó usted ese tema con el señor Gardner?

—Sí, desde luego. Ron fingió sorprenderse, y me juró por su honor que jamás se había producido la menor diferencia entre Vance y él. Hasta llegó a preguntarme quién era el que pudo meterme semejante idea en la cabeza. Ron, en una palabra; se consideró obligado a mentir como un caballero.

—¿Mentir como un caballero? ¿Por qué? —intervino *Sir Henry*—. Un hombre no considera que sea su deber de caballero mentir, sino cuando una mujer está en juego. ¿Sería usted esa mujer, hijita?

—¡Jamás! —exclamó Francés—. ¿Qué es lo que le permite suponerlo?

—Perdóneme que insista. Al escucharla, he tenido la impresión de que admiraba usted las cualidades personales del señor Gardner más que las de Keating. ¿Está usted enamorada de Gardner, o éste de usted?

—Ron me es sumamente simpático, no lo niego. Pero soy... era la prometida de Vance. En fin, ¡basta! —exclamó la joven cambiando bruscamente de tono—. ¡Me hacen ustedes venir aquí, a la pieza en que Vance fue asesinado, para abrumarme a preguntas, en lugar de darme detalles acerca de su muerte!

—Estamos a su entera disposición para suministrarle todos los detalles que desee usted saber, señorita —intervino Masters en tono conciliador—. ¿El señor Gardner posee una hacienda en los Estados Unidos, si mal no he comprendido?

—Sí.

—En ese caso, quizá se interese usted por la descripción del arma del crimen: un Remington de calibre cuarenta y cinco, con la culata incrustada en nácar y que lleva grabado, en una chapita de plata, un nombre: *Tom Shannon*. El revólver es muy

antiguo, y he sabido que Tom Shannon se hizo famoso en otra época por sus culpables hazañas en el Far West.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Francés Gale—. He visto ese revólver un incalculable número de veces. Figura en la colección de armas antiguas de que tan orgulloso se muestra Gardner. Y esto no es todo. La última vez que vi el Remington fue apenas ayer a la noche, en el curso de la reunión de que les hablé. Nos sirvió de accesorio para jugar al Crimen.

—¿Jugar al Crimen? —exclamó Masters.

Se rascó el mentón, reflexionando.

—... ¡Ah! Ya sé. Las personas que toman parte en ese juego, sacan una carta, el as de pique, que designa al matador. ¿Supongo que usted y sus amigos no se habrán servido de un verdadero revólver, señorita?

—Sí. Aunque cargado con cartuchos sin bala, por supuesta. Complicamos expresamente las reglas del juego, para hacer la partida sensacional. Una cuerda terminada por un nudo corredizo, un puñalito de hoja disimulable, una botella rodeada de una etiqueta que llevaba la palabra «Veneno», coronada por un cráneo y tibias cruzadas, y el revólver, servían de accesorios. Estaban todos alineados sobre la chimenea del salón, y el matador debía abstraer uno de ellos sin ser visto... Se trataba de un verdadero *Murder Party*, ya ve usted. El señor Derwent, el organizador y dueño de casa, todo lo había puesto en obra para reforzar el interés del juego. Parece que siempre deseó ofrecer una velada de ese género.

—¿Se refiere usted al señor Jeremy Derwent, el escribano, me imagino? —preguntó Masters.

—Sí. ¿Lo conoce usted? Es el apoderado de Vance.

—Hemos oído hablar de él, señorita. ¿El señor Derwent y su señora mantenían relaciones sociales con el señor Keating y con usted?

Por una razón desconocida, Francés Gale desvió sus ojos, casi demasiado expresivos. Respondió con una voz sin timbre:

—No los conozco sino desde hace unos seis meses. Pero el señor Derwent ha sido siempre el escribano de la familia Keating; por lo demás, es un hombre encantador. Los Derwent habitan cerca de aquí, en Vernon Street. Asistí a su reunión de ayer noche porque... ¡Bah!, ya lo sabe usted. Era una velada de despedida, entre paréntesis. Abandonan Vernon Street el mes que viene para ir a instalarse al campo.

El sargento Pollard levantó la cabeza. El inspector se aproximó a la ventana, las manos a la espalda, y miró hacia la calle en sombras. Hacía fresco ahora en la buhardilla, en comparación con el intenso calor de la tarde.

Masters se volvió bruscamente.

—Quiero agradecerle que haya permanecido serena en circunstancias tan particularmente penosas, y por haber contestado con franqueza a nuestras preguntas, señorita Gale. La velada de los Derwent nos interesa en extremo, puesto que fue en el transcurso de esa reunión que alguien se apoderó del arma del crimen, si es que el

señor Gardner no se la llevó al retirarse. Sírvase, pues, decírnos, todo lo que sepa respecto a ese *Murder Party*. Nómbrame, para comenzar, las personas presentes.

—Debíamos ser siete, con Vance —respondió la joven—. Toda la casa estaba a nuestra disposición, naturalmente; pero siempre hay molestia cuando hay muchos. Además del señor Derwent y yo, se hallaban allí Philip Keating, Ron Gardner, el señor Soar...

—¿Benjamín Soar? ¿El anticuario de Bond Street?

—Es muy posible. Encontré al señor Soar por primera vez ayer, y me resultó sumamente simpático.

—Veamos, señorita Gale. ¿Procurará usted hacernos creer que las palabras «diez tazas de té», no despiertan ningún recuerdo en su espíritu?

Por primera vez, Francés Gale miró atentamente la mesa, las tazas y el sillón; después volvieron sus ojos a bajarse hacia el diván, que parecía hipnotizarla. Respondió al fin con un acento capaz de convencer a Pollard de que no había establecido relación alguna antes de la pregunta del inspector:

—Espere... un hombre, cuyo apellido he olvidado, fue asesinado junto a una mesa cargada de diez tazas... El asunto hizo mucho ruido en su época, me acuerdo. ¿Cree usted de veras?...

—¡Vamos, señorita Gale! ¿Le parece a usted natural que la buhardilla de una casa desocupada esté amueblada como ésta? ¿Tiene usted la pretensión de hacerme creer que el aparato escénico no le trae el caso Dartley a la memoria?

Su bolso blanco deslizóse de las rodillas de la joven, *que* se agachó para recogerlo. Cuando volvió a incorporarse, su rostro traicionaba una creciente perplejidad.

—No comprendo —murmuró—. La decoración me había chocado, sí. Pero la situación no hace más que agravarse, puesto que... No, nada. Se sale usted del tema, inspector. Iba a darle la lista de las personas presentes al *Murder Party*, y me salta usted bruscamente a la garganta, si puedo expresarme así. A mi vez le diré: ¡vamos, vamos, inspector!

Masters vaciló antes de capitular:

—Dejemos esto. Pero me parece que la lista está incompleta. Recapitulemos: el señor Derwent, el señor Philip Keating, el señor Gardner, el señor Soar y usted. Aun contando al señor Vance Keating, eso no hace más que seis personas. ¿Cuál era la séptima? ¿La joven señora de Derwent, probablemente?

—¿La joven señora de Derwent? ¿De quién habla usted? La esposa de Jeremy Derwent tiene cuarenta y cinco años, su hijo dieciocho... está en el colegio.

—¡Ah! Había entendido...

—La señora de Derwent no representa su edad, he ahí la explicación de su error. Estaba entre nosotros, es cierto. Pero se retiró a eso de las veintiuna y media, rogándonos que la disculpásemos; una violenta jaqueca, parece... Pronto nos cansamos de jugar al crimen, después de su partida. Ante todo, no éramos en número

suficiente; luego, tuvimos repentinamente la impresión de ser unos ridículos niños grandes, deambulando en la obscuridad.

—¿No jugaron ninguna partida?

—Sí. Una, muy corta, antes que la señora de Derwent subiera a acostarse. Ella personificó la víctima; Philip Keating, el asesino designado por la suerte, la estranguló con la cuerda de nudo corredizo, sobre el canapé del escritorio del señor Derwent, que se cubrió de gloria como detective. El pobre Philip será un buen agente de cambio, pero es un mentiroso detestable, dicho sea sin disminuir el mérito del señor Derwent.

—Recomendación esta que podrá servir al señor Keating —dijo Masters sonriendo—. Dejemos de lado el juego del asesinato para ocuparnos solamente del revólver. ¿Cuándo lo notó usted en determinado sitio? ¿Quién tuvo ocasión de llevárselo?

Francés Gale sostuvo la mirada del inspector.

—No recuerdo más que un detalle —respondió—. Ron colocó el arma encima de la chimenea, junto a los otros accesorios, después de hacerlo admirar por todos. ¿Alguien se aproximó o la tomó luego? No sé absolutamente nada.

—Reflexione, señorita Gale —insistió el inspector—. ¿Qué ocurrió, una vez terminada la partida? ¿Supongo que el señor Gardner debió tornar de nuevo su revólver? Si el arma hubiera desaparecido, se habría sorprendido y hubiese principiado a buscarla... Reflexione bien.

—Me pide usted demasiado, inspector. Partí un poco antes que los otros, sufriendo a mi turno de una vaga jaqueca. Hacia el fin de la velada, fui presa de un irresistible deseo de huir... pero puedo afirmarle que Ron Gardner no se llevó el revólver.

—¿De dónde obtiene esa certidumbre?

—Ron ha sufrido últimamente grandes reveses de fortuna; ya no posee coche. Lo conduje conmigo. Tenía puesto un traje de verano, sin forro ni chaleco, y se quitó el saco durante el camino. Si ha visto usted ese revólver, debe saber que nadie puede llevarlo sin que se adivine.

Masters le clavó los ojos con aire de sospecha.

—Ya volveremos sobre esto, señorita Gale —dijo por último—. Elucidemos uno o dos puntos de detalle, entre tanto. ¿Por qué estaba usted tan interesada en esta casa en las primeras horas de la tarde, cuando atravesó usted Coburg Place en su coche MX 792?

—No vine al barrio esta tarde.

Su interlocutor miró a Pollard, que, venciendo su repugnancia, inclinó afirmativamente la cabeza.

—Sea razonable, señorita —continuó Masters con jovialidad—. Nunca concluiremos si persevera usted en esa actitud. Tiene contra usted el testimonio de un policía... Repito mi pregunta, rogándole contestar francamente esta vez. Cuando pasó

usted cerca de aquí...

—¡Es falso! —exclamó Francés Gale, golpeando el piso con los pies como una colegiala—. ¡Es falso! ¡Es falso! No estuve por aquí, y no me hará usted decir lo contrario.

—Bien, bien, no insisto. ¿Jamás le interesó esta casa de un modo cualquiera? ¿Nunca la había visto usted antes de esta tarde?

—No, no y no.

—No podemos aceptar eso, señorita Gale. Hace lo menos tres meses (el 10 de mayo, para ser exacto), se procuró usted las llaves de esta vivienda en la agencia Houston y Klein, de Saint James Square. Es un hecho establecido.

Sin desencadenar un furor tan imprevisto y aparentemente irracional como el precedente, esta declaración, sin embargo, produjo su efecto en la joven. Se levantó, extraviados los ojos y llenos de lágrimas.

—Es falso, también. Jamás he puesto los pies en esa agencia. Quiero volver a mi casa, y no me retendrá usted por la fuerza. ¡Me ha acribillado usted con preguntas ridículas, sin haber tenido la caridad de darme un solo detalle acerca de la muerte del pobre Vance! Y si sospecha usted de Ron, no es eso más que una prueba suplementaria de su propia incapacidad. Ron es inocente, lo sé...

Francés Gale corrió a la puerta. En el umbral, se detuvo para lanzar:

—... En cuanto a la señora de Derwent, puede decirle de mi parte que es una vieja trastornada de la peor especie.

La puerta cerróse con estrépito detrás de la joven. Masters y sus compañeros la oyeron descender sollozando la escalera.

—¡Curioso! —murmuró el inspector—. ¿Qué mosca la habrá picado tan de golpe? Es todavía una chiquilla, evidentemente; peor que mis niños, a despecho de su hermosa calma del principio. ¡Qué cólera, amigos! Esta muchacha consiguió casi darme la impresión de que estaba equivocado. ¡Hum! Y usted, sea dicho sin reproche, no me ha sido de gran ayuda, *Sir Henry*. Estaba usted ahí, sentado como un Buda, y era cosa de creérsele dormido, si no hubiera usted chupado bruscamente su pipa.

—Reflexionaba —respondió *Sir Henry*—. ¡Habla usted de ayuda! Pero si era un freno lo que habría necesitado, querido. Es un malísimo sistema eso de embarazarse con demasiadas informaciones al comienzo de una investigación, créame...

Sir Henry palmeó la desgastada superficie del oscuro diván. Su gesto alzó una nube de polvo, que disipó soplándole encima. Después se levantó, prosiguiendo:

—En cuanto a la chica, espero recibir su visita mañana por la mañana, en mi oficina, y oír su confesión general. ¡Cómo odia a la señora de Derwent, esa muchacha! «El incienso que de derecho me pertenece, lo quemán ellos sobre su altar. ¿Por qué? Porque yo tengo diecisiete años y ella cuarenta y nueve». La señora de Derwent debe ser una mujer fatal, hermosa, enigmática, de lánguida mirada. Esa clase de cebos atraía sin duda al pobre Keating.

—¿Sospecha usted una intriga entre Keating y la señora de Derwent? ¿Intriga

cuya existencia conocía la chica Gale? Sí. Yo también lo había pensado.

—Todo es posible, por más que la señora de Derwent me da la impresión de no carecer de habilidad. Vamos a comer, primero, y después iremos a visitar al extraño escribano de Vernon Street... el escribano que se muda de nuevo la próxima semana.

Mientras *Sir Henry* descendía la escalera echando un terno a cada peldaño, Masters se retardó un instante en la buhardilla. Observó sucesivamente el techo y el sitio en que el cuerpo había reposado; después se inclinó para rascar la alfombra. Cuando se decidió al fin a responder a las llamadas de *Sir Henry*, que se impacientaba ruidosamente en el *hall*, reprimía el inspector en jefe una sonrisa de triunfo.

CAPÍTULO VI

UNA VISITA

Sir Henry invitó a sus compañeros a cenar; y, favor insigne, les propuso inclusive conducirlos en su coche al *restaurant*. La experiencia resultó menos desastrosa de lo que podía temerse... y con razón. A pesar de su inclinación por la velocidad, *Sir Henry* no sobrepasó en ningún momento un ritmo extremadamente moderado, al punto que una misteriosa fuerza parecía retener al coche, que avanzaba a saltos y sacudidas. Pero el instinto de conservación impidió a Pollard señalar al chófer que obtendría mejor rendimiento destrabando el freno de mano. Los agentes del tránsito siguieron con mirada de asombro aquel coche con andar de juguete mecánico, conducido por un anciano de triunfante expresión.

Reconfortados por una buena comida, los tres hombres emprendieron el camino de Vernon Street. Masters dejó prudentemente a *Sir Henry* tiempo para salir de las dificultades del tránsito; después le mostró la cigarrera, que había enviado a buscar.

—Además de las impresiones digitales de Keating, los peritos hallaron las de una mujer —principió el inspector—. ¿Quién es esa mujer? En tanto nos informamos sobre esto, encuentro muy extraña la actitud de la señorita Gale. Estaba comprometida con Keating, pero parece interesarse mucho por ese Gardner... y esto no es todo: con motivo, o sin él, Francés Gale se siente locamente celosa de la señora de Derwent. Es la única explicación posible de su salida de hace poco. ¡Qué enredo!

—Pero la chica antes preferiría que la matasen que confesar el movimiento de celos que la impulsó a espiar la casa de Berwick Terrace esta tarde.

Sir Henry se detuvo un segundo para accionar su bocina.

—... Vance Keating esperaba a una mujer, la señora de Derwent, esta tarde, eso salta a los ojos. Reunión secreta o no, atañía a diez tazas de té. Persuadida de la existencia de una intriga entre la señora de Derwent y su prometido, Francés Gale siguió a éste en su coche hasta Berwick Terrace. De ahí su crisis de nervios, al descubrir que estábamos al corriente de sus movimientos.

—Vernon Street es la primera calle a la derecha —dijo Masters—. Los Derwent habitan el número 33. Busqué su dirección en la guía telefónica, antes de la cena.

—Bien —respondió *Sir Henry*—. Me sorprende —prosiguió— que las complicaciones sentimentales de este caso le oculten aparentemente el punto esencial; la grandísima contradicción que hasta ahora ha pasado usted en silencio.

—¿Qué contradicción? —murmuró Masters, enarcando las cejas.

—Vamos, vamos, querido; ¿no se le ha ocurrido preguntarse por qué Keating a último momento rehusó asistir al Murder Party de anoche?

—¿Una contradicción? —repitió el inspector en jefe—. ¿Dónde ve usted su «grandísima contradicción?». Sin jactarme de poseer imaginación, podría citarle una media docena de buenas razones capaces de explicar la conducta de Keating. Son

incontables las singularidades de este asunto y escoge usted, entre todas, la que me parece...

Masters no llegó a concluir su frase. *Sir Henry* acababa de aplicar bruscamente el freno para detener su coche delante de una *limousine* Daimler, vuelta en sentido contrario, y detenida bajo un farol frente a la puerta, del mismo 33. Únicamente las luces de posición de la *limousine* estaban encendidas; un chófer se mantenía de pie cerca de la portezuela, en la acera.

Un jardín bordeado por una elevada pared se extendía ante la casa de los Derwent. La puerta verde, practicada en el muro, se abrió para dar paso a una mujer, que la cerró tras ella. El chófer se le aproximó, quitándose la gorra.

—¿La señora de Derwent? —preguntó.

—Vaya, Masters —sopló *Sir Henry*.

De cara a los tres hombres, la desconocida se detuvo debajo del farol, envuelta en una capa de terciopelo negro de amplio cuello. Alta, majestuosa, de admirables cabellos de un rubio ardiente reunidos en un voluminoso rodete sobre la nuca, con los más hermosos ojos que fuera dable imaginar... Por cierto que la señora de Derwent merecía el calificativo de «hermosa mujer», aunque su belleza hubiese alcanzado (y aún sobrepasado ligeramente) la época de la plena madurez.

El inspector Humphrey Masters se descubrió para abordarla. La mirada con que lo midió ella le aseguró desde el primer instante la ventaja.

—¡Huffi! —Hizo él inspector—. Disculpe, señora. ¿Es a la esposa del señor Jeremy Derwent a quien tengo el honor de dirigirme?

—Sí —respondió la interpelada con una melodiosa voz de contralto—. ¿Quería hablarme? Si es a mi marido a quien desea ver, lo hallará en el jardín.

—Después veré al señor Derwent, señora. He de informarle de mi condición de inspector de Scotland Yard antes de rogarle que me conceda, si le es posible, una breve entrevista.

La señora de Derwent sólo dejó traslucir un ligero sobresalto; pero frunció las cejas antes de responder con suavidad:

—El momento está mal elegido, por desgracia. Ya me encuentro en retardo para asistir a una cita... ¿Se trata todavía de ese viejo asunto Dartley, presumo? Esperaba que no volvería a ocasionarnos nuevas molestias... ¡bastantes hubimos ya de soportar! ¿Es efectivamente del caso Dartley que deseaba hablarme?

—No, señora —pronunció Masters, que se había recobrado—. Mi deber es advertirle que no me asiste ningún derecho para retenerla. Pero, en su propio interés, le aconsejo que me escuche, señora.

La señora de Derwent vaciló.

—Me pide usted un imposible, inspector. A menos que...

Lo miró, entornados los ojos por una sonrisa llena de atractivo.

—... A menos que consienta acompañarme.

Pollard, a quien volvía Masters la espalda, vio la nuca de su jefe volverse de un

rojo ladrillo.

—De acuerdo, señora —respondió Masters a regañadientes.

—No dispongo desdichadamente de sitio para ofrecer a su compañero —continuó la señora de Derwent, señalando a Pollard—. Perdón, inspector.

Es probable que al inclinarse con garbo para subir la primera al coche, la señora de Derwent tropezase con el brazo de Masters. La cigarrera escápelese y cayó sobre la acera, al pie del farol. El insólito ruido arrancó un grito a la señora de Derwent, que se volvió para ver lo que acababa de caerse. Masters no tuvo tiempo de substraer la cigarrera a su vista, y la expresión de su fisonomía, durante una fracción de segundo, hizo estremecer a Pollard. Sonrió, no obstante, para preguntar:

—¿Cómo se encuentra mi cigarrera en sus manos, inspector?

—¿Reconoce usted que este objeto le pertenece, señora?

—Démelo, haga el favor. ¡Oh! ¿Puedo verla? Por otra parte mis iniciales están grabadas en una esquina. J. D. Mi nombre es Janet. Si quiere usted subir, inspector...

El chófer cerró la portezuela. Cuando el coche pasó por delante de ellos, los espectadores percibieron en el interior lujosamente tapizado de la *limousine* a la señora de Derwent inclinada con una gracia plena de reserva hacia Masters, cuyo sombrero descendía hasta las cejas.

Un ruido malsonante y extraño atrajo a Pollard al coche de *Sir Henry*, a quien halló sacudido por una hilaridad que sólo se detenía para recomenzar con mayor fuerza; *Sir Henry* ofrecía esto de particular: reía conservando una máscara impasible. Si las palabras de Weller: «¿De qué te ríes, cuerpo sin alma?», no se presentaron al espíritu de Pollard, no por ello expresaban menos exactamente su pensamiento.

—¡Cáscaras! —dijo—. ¿Cree usted que tendrá fuerzas para defenderse, señor?

—¡Oh! No se preocupe por él, joven —respondió *Sir Henry*—. Masters cumplirá con su deber, y la bella pasará un mal cuarto de hora. ¡Pero a la verdad que no lamento haber llegado a mis años, puesto que me ha permitido asistir a ese rapto!

—Es preciso ser escribano para disponer de una Daimler semejante —observó Pollard.

Sir Henry, que había descendido, se encogió de hombros.

—¿La *limousine*? —dijo—. Es un coche de alquiler. Conozco la compañía que alquila estas suntuosas Daimler por velada a las personas deseosas de arrojar tierra a los ojos de sus relaciones. Sígame, joven. Vamos a mantener una pequeña conversación con Derwent, usted y yo. No tema, asumo toda la responsabilidad. Me encanta que Jem Derwent esté en su casa; me es más bien simpático.

—¿Lo conocía, entonces?

—Conozco a todo el mundo. Jem Derwent tiene una notable inteligencia, y me es simpático, le repito. Por esta razón me cuidé de decir palabra a Masters de nuestras buenas relaciones. Vamos.

Después de atravesar un jardín plantado con grandes árboles y bastante mal cuidado, los dos hombres llegaron a una morada sumida en completa obscuridad. En

vez de llamar a la puerta de entrada, *Sir Henry* contorneó la casa por un sendero que conducía a un segundo jardín. Hubiérase creído uno en el campo, antes que en Londres, en aquel tranquilo oasis de verdura. Una luz brillaba en el fondo del jardín, en la ventana de un pabellón veraniego. *Sir Henry* y *Pollard* acercáronse.

Un hombre alto y flaco, de *smoking*, estaba sentado, las piernas cruzadas, en un sillón de mimbre, junto a una mesa en la que había una lámpara encendida. Parecía contemplar un punto distante, mientras se llevaba a intervalos regulares su cigarro a la boca, con un gesto tan lento, que ni la menor partícula se desprendía del largo extremo de ceniza. La absoluta inmovilidad de aquel hombre rodeado de mariposas que revoloteaban en el círculo luminoso de la lámpara, producía sobre el espectador, una impresión turbadora, que llegaba a ser siniestra.

Mas, dispóse ésta no bien el escribano se puso de pie al percibir a sus visitantes. Ya más que sesentón, *Jeremy Derwent* tenía modales cuya reserva lindaba con la sequedad, cabellos blancos escasos, sienes hundidas y una mirada que no traicionaba ningún secreto.

—¿Soy juguete de un sueño o se trata efectivamente de *Merrivale*? —exclamó—. ¡Pues sí, no hay duda que es él! ¡Qué imprevisto placer, querido amigo! Entre, le ruego.

Sir Henry avanzó en el pabellón, la mano tendida.

—¡Hola, *Jem*! ¿Puede concederme un instante? Le presento al sargento *Pollard*, de *Scotland Yard*. A fin de evitar todo malentendido entre nosotros, *Jem*, le advierto que mi visita reviste un carácter oficial...

Derwent permaneció impasible; acercó dos sillas a la mesa y se sentó el último.

—Voy a jugar con usted a cartas vistas —continuó *Sir Henry*—. Conoce usted la ley y sus derechos. Pero sé que no los usará en las actuales circunstancias. Voy a exponerle los hechos y a formularle preguntas. *Bob*, aquí presente, estenografiará sus respuestas. ¿Conoce usted a un tal *Vance Keating*, no?

Derwent manifestó una ligera sorpresa.

—Sí.

—*Vance Keating* fue asesinado esta tarde en una pieza cuya puerta y ventana estaban guardadas por la policía, *Jem*. Un desconocido le alojó dos balas en la espalda, a quemarropa, y después huyó sin que nadie lo viera. He aquí lo que le concierne a usted muy particularmente: la casa del crimen es el número 4, *Berwick Terrace*... su antiguo domicilio. Y mataron a *Keating* cerca de una mesa cargada con diez tazas de té.

Derwent posó su cigarro en un cenicero; luego cruzó las manos.

—Espantosas noticias, *Merrivale* —dijo al fin—. Espantosas noticias, cierto... pero ¿qué espera usted saber de mí?

—Sí, es terrible. ¿Está usted sorprendido?

—No puedo creerlo, ésa es la verdad. ¡*Keating* asesinado! Debía pasar la velada de ayer en casa el pobre muchacho. *Berwick Terrace*, después de *Pendragon*... ¡esto

se hace intolerable!

—No lo interrogaré acerca de la naturaleza de la suerte que parece encarnizarse contra usted abriendo a la muerte la puerta de las casas que acaba usted de abandonar, Jem. Más prosaicamente, le preguntaré la razón de esas mudanzas sucesivas. ¡Tres domicilios en un poco más de dos años: 18, Pendragon Gardens; 4, Berwick Terrace y 33, Vernon Street! He sabido que se muda usted de nuevo la semana que viene... ¿Por qué?

La sombra de una sonrisa rozó los labios del escribano.

—Mi mujer es muy sensible a la atmósfera de una vivienda —respondió.

—¿Debo comprender que la señora de Derwent se cansa muy pronto de sus moradas y que cede usted a sus caprichos sucesivos?

—Sí. Mi mujer dispone de poderosas armas de persuasión... Temo no haber sabido explicarme —se apresuró a añadir—. Hice alusión a la volubilidad de que es capaz mi esposa, en ciertos casos. Más de un hombre amante de la paz hogareña me entendería, estoy seguro.

—¿El variable humor de su mujer es la única razón?

—La sola y única razón, sí.

Sir Henry siguió con los ojos entrecerrados el vuelo de las mariposas en derredor de la lámpara. Luego, tomando una decisión súbita, expuso la situación en detalle a Derwent. Cuando estaba el relato por finalizar, el escribano se levantó y púsose a recorrer de un extremo a otro la pieza.

—Ya ve usted cuán restringido es nuestro campo de investigaciones —concluyó Sir Henry—. Me parece que podemos excluir sin vacilación la posibilidad de que un extraño se haya introducido entre nosotros para apoderarse del revólver; dicho de otro modo, poseemos la casi certidumbre de que el arma fue substraída y de que Keating fue muerto por una de las seis personas aquí reunidas anoche para jugar al crimen. Agregue a esto que la policía halló la cigarrera de su mujer debajo de los restos...

—Eso no prueba nada —interrumpió Derwent—. No prueba nada, aun en el caso de que encontraran en ella las impresiones digitales de mi esposa. Vance Keating tenía la deplorable costumbre de apropiarse, por distracción, de las cosas ajenas. ¿No acaba usted de decirme que llevaba el sombrero de su primo? He aquí un primer ejemplo de lo que afirmo. No me extrañaría en absoluto descubrir sus bolsillos atiborrados con mis cigarros y una media docena de botellas de mi oporto en su bodega. ¡Pero lo que no puedo comprender (lo que me parece ser el elemento diabólico de este caso) son esas malditas tazas, al lado de los dos cadáveres! Se creería realmente que una potencia oscura me persigue, como lo sugirió usted hace unos instantes.

—¿No es cierto? ¡Hum! Hábleme un poco de Keating, ahora. Debió usted conocerlo bien, siendo su escribano.

—Estaba muy al corriente de sus intereses financieros, sí.

—¿Tenía una gran fortuna?

—Nadie lo ignora.

—¿Keating no había redactado testamento, presumo?

El escribano tornó a extenderse en su sillón.

—Sí. Como probablemente sabrá usted, el pobre muchacho no salía de una aventura azarosa sino para arrojarse en otra, impulsado por el único deseo, parecía, de acrecer su notoriedad en detrimento de su bienestar. El señor Philip Keating había unido sus instancias a las mías para inducirlo a redactar un testamento. Va usted a pedirme que le cite las cláusulas principales...

Sólo el aleteo de una voluminosa mariposa negra, tropezando en las paredes, rompió el silencio que sobrevino. Después siguió Derwent:

—... El deceso de mi cliente me desliga del secreto profesional. Sacando algunos pequeños legados, la fortuna de Keating debía dividirse en partes iguales entre su primo Philip Keating y su prometida, la señorita Francés Gale.

—No es usted hombre de dar gratuitamente informaciones de esta clase, Jem —murmuró *Sir Henry*, reabriendo un ojo—. ¿Qué razones lo asisten para referirme eso?

Derwent meditó un momento antes de responder:

—El objeto de sus preguntas salta a la vista, mi querido Merrivale: busca usted un móvil para el asesinato. Verdad es que los padres de la señorita Gale no son ricos; también es cierto que el señor Philip Keating ha sufrido reveses de fortuna, como muchos de nosotros... pero, sinceramente, no me los represento al uno ni al otro en el papel de asesino. Además...

—¿Además? Tengo la impresión de que tocamos un punto esencial.

—El testamento es caduco —pronunció Derwent—. Mi situación se hace aquí muy delicada. Me hallo en la imposibilidad de revelarle la fuente de este informe. Por otra parte, creo inútil especificar que no he redactado el testamento que anula al que acabo de citarle. Pero una persona digna de fe me ha informado que el pobre Keating tomó nuevas disposiciones póstumas la semana pasada. La única cláusula de ese testamento instituye a mi mujer legatario universal.

CAPÍTULO VII

EN BUSCA DE UN FACTOR COMÚN

Ambos hombres contempláronse un momento con expresión fisonómica igualmente indescifrable; por último, una leve sonrisa de admiración apareció en el rostro de *Sir Henry*,

—¡Cáscaras! —exclamó—. Lo había tenido a usted hasta aquí por un durísimo fruto de cocotero. Se lo parte sin mucho esfuerzo, en realidad, pero las dificultades consisten en separar los trozos de la cáscara. ¿Son ustedes muchos en conocer la existencia de ese testamento?

—No. Creo serio solo, con excepción de Keating y de mi colega y amigo que redactó el documento.

—¿La señora de Derwent estaba al corriente?

—¡Ah!, no puedo responderle con seguridad, pues no he abordado con ella ese tema. Pero me inclino a creer que Keating la había informado de sus intenciones.

—Es probable. El primer resultado de las disposiciones tomadas por el difunto no ha de ocultársele, Jem. He ahí a su señora y a usted, provistos de un móvil.

—No me dice usted nada nuevo. Ésta es la razón que me ha impulsado a enterarlo esta misma noche de un hecho que será de pública notoriedad mañana o pasado. Preferí exponerle la situación personalmente y pedirle su opinión a fin de adelantarme a toda interpretación hipotética de su parte. Seré de una absoluta franqueza con usted, Merrivale: ante todo, no soy rico. Ciertos caprichos de mi mujer me han costado, más de una vez, demasiado caros. Por no citarle más que un pequeño ejemplo, se empeñó en alquilar una *limousine* de lujo para ir esta noche a Streatham, a visitar a sus tías, dos solteronas a quienes desea deslumbrar...

—Dos solteronas... —murmuró *Sir Henry*—. ¡Infortunado Masters!

—Pero le doy mi palabra de honor de que no he asesinado a Keating, si ese pensamiento ha cruzado por su imaginación. Yo no mataría a nadie... por dinero. Además, ese pobre muchacho me era simpático y no le deseaba sino bien.

—¿Keating hacía la corte a su señora?

—Sí.

—¿Y existía algún enredo entre ellos?

—No, desgraciadamente.

El sargento Pollard alzó los ojos de su libreta de estenografía.

—Perdone, señor, pero no he oído muy bien su última palabra. ¿Dijo usted: «desgraciadamente» o «felizmente»?

Derwent lo miró con fría indulgencia.

—¿Dije «desgraciadamente»? ¡Qué terrible *lapsus*, señor! Es lo contrario de lo que pensaba, naturalmente. ¿La virtud no es acaso el más bello adorno de una mujer bonita? Mi esposa es profundamente virtuosa, a despecho de la atracción que

experimenta por el sexo fuerte. Puedo, ¡a Dios gracias!, evocar ciertos recuerdos que se remontan al comienzo de nuestra vida conyugal, sin lo cual me vería reducido a preguntarme a qué oscuro procedimiento biológico nuestro hijo Jeremy debe sus días...

Derwent miró a sus interlocutores con una sonrisa plena de gracia y de dignidad.

—Me encuentran ustedes dispuesto a la confidencia esta noche, señores. El caso es excepcional, como las circunstancias. Al escucharlo, mi querido Merrivale, he comprendido que este asunto significará la ruina de mi carrera. Estoy muy viejo para sentir una amargura excesiva; pero había soñado con una vida apacible. Aparte de las revelaciones concernientes a mi mujer, que mañana serán del dominio público, un hecho permanece en pie: he sido el último inquilino de dos casas que fueron, una y otra, teatro de un crimen extraño y particularmente odioso. Ahí reside la causa de que me vea usted en disposición de hablarle de las relaciones existentes entre Keating y mi señora.

»No tengo ninguna falta de conducta que reprochar a mi mujer, con vivo pesar, por otra parte, porque la primera infidelidad me habría suministrado materia de divorcio. Mi señora sabía que yo le devolvería su libertad si Keating consentía en desposarla; —pero también sabía que el caso no se produciría jamás. Su natural prudencia le ha impedido conceder a Keating otros derechos sobre ella; es la última mujer del mundo capaz de arrojar el agua sucia antes de tener la limpia, yo se lo garantizo... las cosas quedaron ahí.

—Comprendo. ¿Habló usted alguna vez con Keating de esto?

—Jamás. Y preferiría cerrar definitivamente el punto.

Sir Henry se inclinó hacia el viejo.

—Una última pregunta, Jem. Todo nos conduce a creer que Keating esperaba a una mujer esta tarde, en la casa de Berwick Terrace. ¿Está usted en condiciones de jurar que esa mujer no era...?

—¿La mía? —Concluyó Derwent—. Sí. Conozco el empleo del tiempo del día de Janet, minuto a minuto. Le hablé hace un momento de sus dos tías, a propósito del gasto ocasionado por el alquiler de la *limousine*. El precio, de haberse tratado solamente de una velada, no hubiera sido exorbitante, pero Janet resolvió ofrecer a las dos solteras un día de gala. Paseo por la tarde, té...

—¿Debo entender que la Daimler fue alquilada por el día entero? —interrumpió vivamente Henry.

—Sí, desde terminado el almuerzo. Mi esposa no se ha separado de sus tías en toda la tarde. Anote sus nombres y dirección, sargento: las señoritas Alice y Lavinia Burkheart, «The Dovecot», Park Road. S. W. 18. Estas damas asistieron juntas a la «reprise» de un drama de Shakespeare, en el Shafterbury Theater; después, a las diecisiete, té en el Frascati. Mi mujer regresó luego para cambiarse y acaba de volver a lo de sus tías, que ofrecen un *bridge* esta noche. El programa que acabo de explicarles estaba preparado desde hacía más de ocho días; dudo que Janet haya

tenido tiempo de...

—Un momento, por favor. ¿Posee usted la prueba de que su señora haya cumplido su programa, punto por punto, o se limita a repetir lo que ella le ha contado?

—Dejo a usted el cuidado de responder a la pregunta, mi querido Merrivale.

—¡Oh! —exclamó *Sir Henry*.

Se aproximó a la puerta abierta hacia la noche. El recuerdo de una corta escena reciente acudió al espíritu de Pollard: el chófer de la *limousine* abordando a la linda mujer que salía del número 33, Vernon Street, preguntándole: «¿Es usted la señora de Derwent?». Si el coche había sido alquilado por todo el día, el conductor debía conocer ya a su cliente... Jeremy Derwent habíase hecho culpable de una mentira, por lo menos.

—¡Jem! —llamó *Sir Henry*, sin volverse.

—¿Sí?

—Hemos tocado muchas cuestiones en el curso de nuestra pequeña conversación. Falta lo esencial: alguien asesinó a Keating. ¿Tiene usted alguna idea que sugerir sobre ello?

—Sí. En su lugar, yo buscaría el factor común de los casos Dartley y Keating. No se deje hipnotizar por el asesino de Keating _ al punto de olvidar completamente el de Dartley. ¿Cuál es ese factor común? Salta a los ojos. Hallamos el nombre del viejo Benjamín Soar, muerto más tarde, en el asunto Dartley. En éste, entre los nombres de las seis personas reunidas anoche en casa para entregarse al juego asaz estúpido del Crimen, encontramos el del joven Benjamín Soar, que fue asociado de su padre antes, de sucederle en el negocio.

—«El único factor común»... ¡hum! Veo otros dos, por mi parte: su mujer y usted, Jem, dicho sea sin ánimo de ofenderlo. ¿Desde cuándo conoce usted al señor Soar «júnior»?

—Nuestras relaciones datan del caso Dartley, en el que nos vimos mezclados juntos. Lejos de mí el pensamiento de insinuar que asesinó él a Dartley, o a Keating, o a los dos. Pero el nombre de Soar aparece asociado a una cierta coincidencia, si puedo expresarme así.

—¿Cuál? —inquirió vivamente *Sir Henry*.

Derwent traicionó involuntariamente su nerviosidad clavando sus dedos en la mesa, y respondió con vehemencia contenida:

—Helo aquí: ¿recordará usted, supongo, que Dartley compró al viejo Soar diez tazas de té decoradas con plumas de pavo real, el día de su muerte?

—Sí.

—La transacción había revestido un carácter secreto... sumamente secreto.

—Sí.

—Quizá le interese a usted enterarse de que ayer, en vísperas de su muerte, Keating compró al joven Soar un tapete milanés de elevado precio, tejido en oro, y

cuyos motivos representaban plumas de pavo real... Nada me extrañaría que lo hubiese usted visto hoy sobre la mesa cargada de tazas. La transacción tuvo el mismo carácter secreto: Dartley no se presentó en casa de Soar, y Keating tampoco.

Derwent sonrió abiertamente por primera vez en la velada. *Sir Henry* se contentó con menear la cabeza. Respondió:

—A decirle verdad, esperaba una revelación de este género. Puede ser importante, pero me intereso más en el *Murder Party* de anoche, no he de ocultárselo. ¿Posee usted algunos detalles respecto a la adquisición del tapete por Keating?

—No, por desgracia. Ignoraba el hecho.

—¿Cómo lo ha sabido?

—El señor Soar me habló incidentalmente de ello, durante la velada de ayer noche. Jamás debí tolerar esa absurda chiquillada en mi casa, Merrivale, por más que la idea de dar un *Murder Party* me atraía, lo confieso. ¿Sabe usted que Keating no apareció? Su ausencia nos sorprendió, y el señor Soar...

—¡Ah! Al fin llegamos —exclamó *Sir Henry* con súbita animación—. ¿De modo que la ausencia los sorprendió?

—Verdaderamente, sí. Keating se pirraba por jugar al detective; hasta creo que fue el instigador de la velada. Pero ¿de qué proviene el interés que parece usted tomarse por esta desdichada reunión?

—Vayamos por partes, Jem. ¿Procuró usted averiguar el motivo de su defección?

—Me asombró ver a la señorita Gale llegar sola, visiblemente emocionada y reticente. «Querella de novios», pensé, y me cuidé de insistir acerca de un punto que parecía ella querer eludir.

—Comprendo. ¿Pero oyó usted hablar de una discusión, anterior, entre Keating y un tal Gardner, a propósito de la señorita Gale?

—No.

—La disputa debió ser muy violenta. Según mis informes, estalló el lunes a la noche, la víspera del famoso *Murder Party*. Gardner amenazó de muerte a Keating.

Derwent manifestó una viva sorpresa, mezclada de incredulidad.

—¡Ron Gardner! No doy crédito a mis oídos, Merrivale. Gardner no tiene nada de asesino, le aseguro. Además, vi a Keating el martes por la mañana, por un asunto personal, en su casa. Estaba de excelente humor, y se regocijaba ante la perspectiva de jugar esa noche al Crimen, con nosotros.

—¿Así que el martes a la mañana Keating pensaba todavía asistir a la reunión? Pero un acontecimiento imprevisto modificó sus proyectos, entre su visita de usted y la llamada telefónica de la señorita Gale, en la tarde de ese mismo día. Bien se lo dije a Masters: el cambio de opinión de Keating es uno de los aspectos esenciales del caso...

Sir Henry abismóse en profundas reflexiones. Después continuó:

—... Jeremy Derwent, Janet Derwent, Philip Keating, Ronald Gardner, Francés Gale, Benjamín Soar... Jem, ¿cuál de estas personas se apoderó del revólver, según

usted?

—Lo ignoro, Henry —respondió Derwent.

Un silencio se produjo. *Sir Henry* lo rompió por último.

—Esperaba una respuesta negativa, Jem. Nuestro asesino es demasiado hábil para meterse públicamente en el bolsillo un gran revólver de calibre cuarenta y cinco. Pero, como dueño de casa, hubiera usted debido ser mejor observador que Francés Gale.

Derwent cerró los ojos para evocar con más precisión sus recuerdos.

—De acuerdo —murmuró—. Déjeme reflexionar. Mi mujer, que sufría de una violenta jaqueca, se retiró a eso de las ocho y media. En ese momento, el revólver se hallaba todavía sobre la chimenea del salón, situado en la parte delantera de la casa. Abandonamos el juego del Crimen después de la partida de Janet, y nos reunimos todos a conversar en el salón. Philip Keating dio la señal de partida alrededor de las once y media; invité a todo el mundo a ir a tomar un último vaso a mi escritorio, situado al fondo de la casa. Como los hombres aceptaran, la señorita Gale nos acompañó. Al abandonar el salón, noté que el revólver seguía encima de la chimenea, y me prometí llamarle la atención a Gardner acerca del particular, a fin de que no se olvidara de llevárselo al irse.

»Bebimos un *whisky* con soda, Philip Keating, Gardner, Soar y yo; la señorita Gale aceptó un dedo de Jerez. Nadie se movió del escritorio. La señorita Gale, cuyo enervamiento no había hecho más que aumentar, perdió súbitamente la continencia; sus ojos se llenaron de lágrimas, balbuceó una vaga excusa y salió corriendo de la pieza. Los demás, y yo, nos miramos igualmente sorprendidos; luego Ronald Gardner vació rápidamente su vaso antes de seguir a la señorita Gale, que debía, parece, conducirlo de vuelta a su casa. Acompañé a Gardner hasta la puerta de entrada. No se aproximó a la del salón, que estaba cerrada, si no me equivoco. Le recordé entonces su revólver: “¡Oh!, poco importa, está en buenas manos”, me respondió casi textualmente. De momento, supuse que temía no alcanzar a la señorita Gale si se retardaba para tomar el revólver. La señorita Gale ya estaba en el volante de su coche, cerca de la verja; arrancó no bien Gardner subió a su vez. Los vi alejarse.

»Cuando regresé a la casa, encontré al señor Soar en la escalinata. Philip Keating tomaba su sombrero de un pequeño guardarropa que da al vestíbulo. Ignoro si uno u otro había entrado al salón en mi ausencia. Philip Keating tenía su coche; el señor Soar decidió caminar hasta la estación del subterráneo de Notting Hall Gate. Después de su partida, di una vuelta por la planta baja para apagar las luces en todas las piezas; fue entonces cuando comprobé la desaparición del revólver. La ambigua respuesta de Gardner tornó inmediatamente a mi memoria. Su sentido exacto aún se me escapa. Es todo.

Aunque su cigarro estuviese hacía ya largo tiempo apagado, Derwent subrayó el fin de su relato aplastándolo en el cenicero. Miró a *Sir Henry* de reojo, con una semisonrisa llena de finura.

—¿No quedan más preguntas, Henry?

—No. Ha dicho usted todo lo que estaba decidido a contarme —dijo simplemente Sir Henry.

Se levantó.

—Es tiempo de regresar, Bob. Tengo mucho que reflexionar esta noche.

—¿Su curiosidad ha quedado satisfecha?

—¿Mi curiosidad? Sabe usted muy bien que no. Creo leer en sus pensamientos en este momento, Jem, y aprecio la alta cortesía de su actitud. Se ha cuidado usted de perjudicar al prójimo librándose a conjeturas relativas a la identidad de la persona que substrajo el revólver y que cumplió la hazaña de asesinar a Keating en circunstancias imposibles.

—No es cortesía. Es prudencia.

—Ya sé. El resultado es a menudo idéntico. Pero, si su discreción respecto a las personas se explica, su silencio concerniente a un mueble me sume en una gran perplejidad, le confieso.

—¿Cómo?

Sir Henry se miró los pies.

—Tengo un amigo que se llama Masters —comenzó—. Su destino, en la tierra, es tropezar con acontecimientos imposibles, pero que, sin embargo, se producen; ejemplo: el asesinato de hoy. *A priori*, el milagro de la desaparición del asesino, es el hecho más sensacional de todo el asunto; empero, no parece usted absolutamente turbado; más aún, lo pasa en silencio. Me agradecería conocer el motivo de esa indiferencia. La buhardilla no le interesa tampoco mucho, que digamos. Le he enumerado los muebles transportados por una empresa de mudanzas al número 4, Berwick Terrace: un sillón y una mesa de caoba, una rica alfombra y un diván; y usted no alza la voz para declarar; «Ignoro la procedencia de los otros muebles, pero los mudadores no llevaron el diván».

»Porque tal es la verdad, Jem. No es una deducción sutil; basta haber mirado el diván para cerciorarse de ello. Es un viejo mueble desvencijado y polvoriento, como lo noté golpeándole ligeramente encima. Había sido abandonado en la casa... por los últimos inquilinos, probablemente. Me pregunto...

—¿Por qué no he hablado? —Concluyó Derwent con humor—. ¡De veras, mi querido Merrivale, que exagera usted! ¿Qué importancia puedo tener el origen de ese mueble? Nos pertenecía y lo dejamos al partir, en efecto. Le agradaba a mi mujer porque evocaba para ella las suntuosidades de Oriente, según me imagino. Janet lo hizo relegar al granero en lugar de separarse de él, a las primeras señales de decadencia.

—Sí. Ese viejo mueble parece ejercer una especie de fascinación sobre las mujeres. Francés Gale no tenía ojos más que para él... al punto de ni siquiera notar las tazas. He aquí por qué me preguntaba... ¡Bah!, no hablemos más. Ya es tiempo de retirarnos, Bob. Que duerma usted bien.

Derwent acompañó a sus visitantes hasta la puerta del pabellón veraniego.

—Gracias. Les diré hasta pronto, señores, pues estoy seguro que dentro de poco me citarán de la policía. Preveo que habrán de interrogarme acerca del empleo de mi tiempo durante el día de hoy. Gracias por su visita, Merrivale; le estoy sinceramente reconocido. No puedo decirle más. Lamento muchísimo no haber podido discutir más amistosamente con usted acerca del interesante tema de este crimen, delante de un vaso de Oporto. Buenas noches, señores. Buenas noches.

CAPÍTULO VIII

CONCIENCIA DE AGENTE DE CAMBIO

El sargento Pollard no encontró a *Sir Henry Merrivale* en su oficina cuando fue a ponerse a su disposición a la mañana siguiente, a eso de las nueve. El día se anunciaba tórrido. Pollard dio una vuelta por la pieza y luego se sentó en el sillón de *Sir Henry*, para releer los informes llegados durante la noche. Masters no había aparecido aún en Scotland Yard.

Informe de la autopsia. —Causas del deceso: dos balas de un revólver de calibre cuarenta y cinco. Uno de los proyectiles perforó la parte superior del occipital y se alojó encima del ojo izquierdo; el otro penetró entre la tercera y cuarta vértebras lumbares, seccionando los nervios de la medula espinal, siguió una trayectoria oblicua ascendente y se alojó contra el pulmón derecho. Los dos disparos fueron efectuados a cosa de una pulgada de la víctima.

Informe del servicio de balística. —Las dos balas extraídas del cadáver fueron descargadas, sin ninguna duda posible, por el Remington de calibre cuarenta y cinco examinado. (Sin número de matrícula).

—Y eso es todo —dijo Pollard en voz alta.

Tomó el último informe, que procedía del inspector Cotteril.

Mobiliario. —En la mañana del martes, 30 de julio, el director de la Atlas Furnishing Company, Oxford Street, recibió por carta dactilografiada el siguiente pedido: una mesa plegadiza y dos sillones de caoba, una alfombra negra de diez pies por doce, un par de cortinas de terciopelo negro —con una varilla— para una ventana de cuatro pies por cinco y medio. (La mueblería no es la misma que en el caso Dartley). Un billete de diez libras acompañaba al pedido, que concluía con estas palabras: «Irán a buscar el encargo de parte del señor Grant».

«El mismo día, la Cartwright Hauling Company, Kensington High Street, recibió la orden escrita de nacerse cargo del mobiliario y transportarlo al número 4, Berwick Terrace, cuya puerta encontrarían abierta. No remitían la llave. Pero los mudadores hallaron, de acuerdo con lo convenido, la puerta abierta, y depositaron los muebles en el *hall*. Sólo un sillón fue enviado, a consecuencia del error de un empleado de la Atlas Company. (La misma empresa de transportes que en el asunto Dartley)».

Unos pasos resonaron en la escalera. Pollard alzó los ojos, creyendo ver a *Sir Henry* aparecer en el umbral de la puerta abierta.

—Disculpe —dijo una voz cuya sequedad no era quizá más que una manifestación de nerviosidad.

El recién llegado era un individuo ventrudo, de aire activo, rostro cuidado, que traía su sombrero bajo el brazo. Su atractivo semblante expresaba el buen humor y la dicha de vivir, a despecho de una cierta dureza en la mirada. Se lo adivinaba agitado por alguna grave preocupación. Entró en la pieza con una evidente circunspección,

cual si esperara recibir un balde de agua en la cabeza. Pollard lo reconoció inmediatamente.

—Creía encontrar aquí a *Sir Henry Merrivale* —continuó el visitante—. Me... me enviaron a él ¡Ah! ¡No es empresa baladí obtener informes de la policía, aun cuando se trate de un pariente! Permítame que me presente: Philip Keating, el primo de la víctima.

—Siéntese, señor —le dijo Pollard—. *Sir Henry Merrivale* estará aquí dentro de un instante.

—¡Pero me parece que lo conozco a usted! —Exclamó súbitamente Philip Keating—. Sí, lo he encontrado en alguna parte... No, no me diga nada. Jamás olvido una fisonomía; ya habría dado con su nombre a no sentirme tan turbado por esta infernal tragedia.

La noticia de que Pollard pertenecía a la policía pareció enfriarlo un poco; pero consiguió establecer el origen de sus relaciones merced a una serie de hábiles preguntas. Roto así el hielo, Philip Keating aproximó su asiento al escritorio, bajando la voz para decir:

—Este asunto es particularmente odioso...

Pollard asintió con un movimiento de cabeza; Keating prosiguió:

—... Lamento amargamente el pequeño altercado que ayer sostuve con Vance, en el momento de salir él. Vance se ha mostrado siempre muy correcto conmigo, quiero hacerle esa justicia. Una discusión sin importancia, desde luego; pero basta a veces una de estas insignificancias, para dejarnos la desagradable impresión de ser un bribón, en ciertas circunstancias... Eternamente me reprocharé haberle dicho a Vance, la última ocasión en que lo vi...

La entrada de *Sir Henry* interrumpió las confidencias de Keating.

El espíritu de contradicción había impulsado a *Sir Henry* a cuidar con esmero de su apariencia aquel día: jaquétte, pantalón rayado, cuello almidonado, corbata gris... un verdadero figurín de aspecto asaz imponente. *Sir Henry* perdió, no obstante, un poco de su prestigio al sacar una vieja pipa de su bolsillo y extender luego los pies sobre su escritorio, así que la hubo encendido con evidente placer.

Philip Keating se presentó; añadió después:

—Me hubiera agradado muchísimo conocerlo en cualquier otro momento, *Sir Henry*. Pero este suceso me ha trastornado. Como le decía hace un instante al sargento Pollard, éramos unidos como dos hermanos, mi primo Vance y yo.

—Comprendo su emoción al saber la penosa noticia —respondió *Sir Henry*—. ¿Bokey lo ha puesto a usted al corriente de la situación, me imagino? Le pedí que lo hiciese.

—¿El director de Scotland Yard? Sí. Pero, poniendo aparte toda cuestión de afecto, el trágico fin de Vance amenaza tener graves consecuencias...

Keating se aseguró de que la puerta estaba herméticamente cerrada.

—... Vance, por su parte, podía burlarse de las conveniencias: No se veía

obligado a ganarse la vida, como yo... ¡Cuántas veces procuré en vano hacerle comprender la diferencia de nuestras posiciones! Seguir tranquilamente su camino y evitar las historias, tal es mi divisa. Usted me entiende. Además, no violo ningún secreto participándole mi compromiso con *Lady Prunelia Aberystwyth*, la hija del conde de Glambake. Ahora bien, mi futuro suegro...

Sir Henry se quitó su pipa de la boca.

—Sin que sea esto interrumpirlo, joven, me gustaría saber de qué habla.

—¿No conoce usted al asesino de Vance?

—Todavía no. ¿Y usted?

—No puedo nombrarlo. En cambio, puedo decirle esto: Vance fue la víctima de una sociedad secreta intitulada: «Las Diez Tazas de Té».

Un silencio planeó. Philip Keating respiraba sinceridad y buena voluntad. Con aire perplejo, *Sir Henry* depositó su pipa sobre el escritorio; después comentó:

—Muy interesante, señor Keating. ¿Qué sabe usted de esa sociedad?

—Poca cosa, lo temo. Vance nunca me habló abiertamente sobre ella, pero hizo una o dos alusiones, y he visto... la fuente de mis informes importa poco. Creo que se trata de una especie de sociedad religiosa.

—¿Una sociedad religiosa?

—No interprete este término en un sentido favorable. Los miembros de «Las Diez Tazas de Té» han reemplazado a Dios en sus altares por una gran «Idea» cualquiera... vida perpetua, reencarnación u otro absurdo por el estilo. Una ley secundaria de la susodicha sociedad autoriza a los hombres recibidos en su seno a tornar por «Esposa» a cualquier correligionaria de su elección; el juramento del «matrimonio» da lugar a una ceremonia cuyos ritos ignoro. Reconozcamos, entre hombres, que ciertas oportunidades son agradables de aprovechar... discretamente. Pero ¿a qué conducen estas singularidades? Eso pregunto. Bueno, en una palabra, tengo la casi certidumbre de que la señora de Derwent es un miembro de «Las Diez Tazas de Té».

—Sí, lo creo sin mucho esfuerzo —asintió *Sir Henry*—. Pero una porción de interrogantes se plantean respecto a la importancia, la antigüedad y los orígenes de la sociedad. ¿Qué significado revisten las tazas? ¿La sociedad asegura a sus miembros el goce de la vida eterna enviándolos al otro mundo, con el cráneo destrozado?

Philip meneó la cabeza.

—Me pregunta usted demasiado —suspiró—. He debido contentarme con retazos de conversación, relacionar confidencias vertidas aquí y allá; mi documentación es forzosamente incompleta.

«Lo más curioso es que la historia de “Las Diez Tazas de Té” parece completamente natural» —pensó Pollard—. «Lejos de ofrecerse como fantástica, la explicación satisface la necesidad de lógica común a todos los hombres. Las personas de Vance Keating y Janet Derwent hallan de pronto su sitio en el rompecabezas de las plumas de pavo real...». El sargento podía certificar que Keating se había descubierto

al penetrar en el misterioso santuario de las tazas de té. Y, toda charlatanería aparte, un hecho era indudable: Keating había legado una fortuna de varios cientos de miles de libras a la señora de Derwent.

El prolongado silencio de *Sir Henry* permitió a Pollard encarar diversas hipótesis. Luego *Sir Henry* golpeó la mesa con su pipa, como para apartar el tema.

—Nos ha traído usted una carga de dinamita, joven amigo —dijo—. Quiero reflexionar con la cabeza descansada. ¡No me ha ahorrado usted sorpresas! Esperaba una historia muy distinta, lo confieso. Cuando me dijo usted: «¿Conoce al asesino de Vance?», creí que iba a responder a la admisión de mi ignorancia con estas palabras: «Es un tal Gardner».

Philip ebrio la boca para tornar a cerrarla inmediatamente. Manifestó una molestia súbita y aparentemente inexplicable.

—No, No. ¡Al diablo con este asunto! El incidente no tuvo ninguna importancia. No veo...

—Me asalta la impresión de que los hilos están entreverados —interrumpió *Sir Henry*—. En el curso del *Murder Party*, ¿habló usted a Francés Gale de una discusión entre Keating y Gardner? ¿Especificó usted que Gardner había amenazado de muerte a su primo? Nada me impedirá ir hasta el fondo de las cosas, le advierto. Pero mis informes, ¿son exactos o no?

—¡Grandes dioses, no! —Exclamó el otro con no fingido estupor—. Invierta los papeles, y tendrá usted la verdad. Ron jamás amenazó a Vance con matarlo; fue Vance quien amenazó a Ron, y por poco lo hace, le respondo. Puede creerme, porque estuve presente. Con mis propios oídos escuché a Vance declarar al otro, vibrante de cólera la voz, que iba a matarlo, puesto que se negaba a confesar. Después tiró sobre Ron... sin apuntarle, al parecer, pues la bala fue a romper los vasos que Bartlett, el ayuda de cámara de Vance, traía en una bandeja en esos momentos.

—Me alegro de que el incidente no haya tenido enojosas consecuencias —dijo *Sir Henry*—. Encantadora velada íntima... ¿Dónde y cuándo tuvo lugar?

—La noche del lunes, en el departamento de Vance. Yo, en su lugar, no le concedería demasiada importancia. Vance solía mostrarse muy violento en sus instantes de contrariedad. «Tengo un temperamento de artista», complacíase en decir, entre otras tonterías. Y voy a confiarle un pequeño secreto: Vance nos ha dado numerosas pruebas de valor, y no seré yo quien procure disminuir su mérito: pero, en el fondo de sí mismo, sentía miedo por las armas de fuego. A menudo me he preguntando el motivo de su temor. Vance habría muerto antes de confesar esa debilidad, que combatía ya cuando, de niños, jugábamos a la guerra. Nervioso, como se hallaba, pudo perder la cabeza, y como sostenía el revólver.

—No se trata de un incidente de desdeñar, en mi opinión —declaró *Sir Henry*—. ¿Qué pasó, exactamente?

—¿Estoy obligado a responder?...

Philip vaciló, clavados los ojos en uno de sus bien lustrados zapatos.

—... Bien, de acuerdo. Habito en el mismo inmueble que Vance, dos pisos encima del suyo. Constantemente nos hallábamos uno en casa del otro, ni qué decir tiene. El lunes a la noche, a eso de las ocho, bajé para verlo. Entré sin llamar (la llave nunca estaba echada) en la gran galería que va de uno a otro extremo del departamento. No poseo por desgracia una memoria suficiente como para repetir, palabra por palabra, la conversación sorprendida... La furiosa voz de Vance me llegó, procedente del salón. Su parrafada concluyó con una frase de este género: “Estás acorralado. ¡Confiesa!” Ron le respondió algunas palabras; después Bartlett —el ayuda de cámara de Vance— lanzó un grito: “¡Cuidado, señor! ¡Cuidado!”. Una detonación resonó entonces, inmediatamente seguida por un ruido de vasos que vuelan en pedazos. Vacilé un segundo antes de correr a la puerta del salón, que se encontraba entreabierta. Una extraña escena se ofreció a mis ojos. Vance, con un revólver en la mano, me daba frente; un poco más lejos vi a Ron, la expresión sombría; junto a una mesilla, permanecía Bartlett, sosteniendo una bandeja cargada con una botella y restos de vasos. Al otro extremo de la pieza, Hawkins —el maître d’hotel que iba a servir las comidas— pasaba una cara intrigada por la rendija de una segunda puerta. Se los hubiera tomado a todos por muñecos de cera.

—Comprendo. ¿Qué hizo usted entonces?

Philip Keating vaciló de nuevo; dijo después:

—Póngase usted en mi lugar. Vance podía darse el lujo de hacer lo que le viniera en ganas. Pero ¿qué hubiera dicho el padre de Prunelia si me encontraba mezclado a una...?

—Sí, entiendo; ¿se alejó usted de puntillas y tal como si el diablo fuera pisándole los talones?

—No lo niego. Le repito que se ponga en mi lugar. Resolví mantenerme ajeno a una riña que no me concernía, a Dios gracias. Conservarme en buenos términos con todo el mundo y esperar a que me hablasen para recordar ese desdichado incidente... era lo que aconsejaba la prudencia. Con nadie hablé del asunto. Hice una excepción, no obstante, en favor de Francés Gale, un «as» en su clase, *Sir Henry*. Le referí la querrela entre su prometido y Gardner, en casa de los Derwent, el martes a la noche, para explicarle la ausencia de Vance.

—Y consiguió enloquecer completamente a la pobre chica, ya lo sé. Es usted un modelo de tacto, mi amigo; recuerdo la observación de la señorita Gale sobre esto. ¿Era ella el motivo de la discusión, si no me equivoco?

—Tuve esa impresión —respondió Philip con altura—. Vance pronunció su nombre, en todo caso.

—¿El primo Vance era celoso? ¿Quería obligar a Gardner a «confesar» alguna cosa referente a Francés Gale?

—Nunca he dicho eso. Ignoro el motivo de una riña a la que parece usted conceder una importancia muy exagerada. Minúsculos incidentes, sólo sirven para confundir las pistas... Lo de «Las Diez Tazas de Té» me parece infinitamente más

interesante. Ese asesino invisible ha de darle con seguridad mucho que hilar... No he podido dar crédito a mis oídos cuando me contaron lo que había pasado. Yo estaba en un *cocktail party*, en casa de los Dorchester, a la hora del crimen. ¡Pobre Vance! Para mí, hay un truco mecánico en la desaparición del asesino... un truco relacionado con las diez tazas de té, y...

—Sin querer interrumpirlo otra vez, desearía vivamente tener algunos informes acerca de Gardner. ¿Qué sabe usted?

—Ron es un buen muchacho. Habría llegado a ser un campeón de *cricket* si hubiese tenido la suficiente voluntad para mantenerse en forma, vale decir, para renunciar al *whisky*. Ha publicado un interesante relato de viajes... Me remito al juicio de sus admiradores. Aquí entre nosotros...

Philip mostró una sonrisa jovial.

—... Le he preguntado en más de una oportunidad quién era el verdadero autor del libro que él había firmado. Ron es un lamentable hombre de negocios; ha perdido tontamente casi toda su fortuna. Con sinceridad, no lo creo mezclado en un asunto de este género. Lo único que me preocupa...

—Es el revólver, ¿no? —le interrumpió con brusquedad.

—¡Ah! ¿De modo que lo había usted notado? —dijo el otro en tono ligeramente alterado—. El revólver, sí. El arma con la cual Vance tiró sobre Ron la noche del lunes, y de que se sirvió el asesino para matar a Vance.

—¿Está seguro de lo que afirma?

—Por completo. He visto ese revólver incalculable número de veces en casa de Ron, y es muy característico. Lo reconocí inmediatamente en lo de Vance, la otra noche. El salón no estaba iluminado más que por dos lámparas, colocadas sobre mesas; pero Vance se encontraba al lado de una de ellas, y el revólver relucía en su mano. ¡Imagínese usted mi emoción al ver de nuevo ese malhadado revólver a la noche siguiente, en el domicilio de los Derwent! Ron lo había llevado, pero parecía interesarse más en otro accesorio del juego al Crimen, un delgado puñal de hoja que se entraba. Por mi parte, le aseguro que no me moví. El hecho, por lo demás, no me inquieta gran cosa. Ron mismo no cometería la estupidez de matar a una de sus relaciones con su propio revólver, dicho esto, le concedo que la cuestión exige ser profundizada. El arma pertenece a Ron. La llevó a casa de los Derwent, y la recogió al partir... Ron, en una palabra, es la última persona, que yo sepa, que tuvo el Remington en su poder.

—¡Alto ahí! —Exclamó *Sir Henry* con una vivacidad que hizo sobresaltar a Philip—. Tórnese su tiempo para reflexionar y no afirme nada a la ligera. ¿Está usted seguro que Gardner se llevó el revólver al abandonar la casa de los Derwent, la noche del *Murder Party*?

—Sí. Pídale confirmación al joven Soar, si no cree usted en mi palabra.

El teléfono sonó con insistencia en aquel instante. *Sir Henry* descolgó el receptor y escuchó una breve comunicación. Volviendo a colgar, se levantó diciendo a Philip:

—¿Quiere tener la bondad de esperar unos diez minutos abajo? Hallará revistas para distraerse. Gracias. ¡Lollypop!

La joven secretaria apareció. *Sir Henry* le encargó que condujera a Keating, que siguióla de buen grado, aunque no sin desconfianza.

—Es Masters —explicó *Sir Henry* a Pollard—. Ha vuelto de su expedición a Streatham. Y no es todo. Francés Gale lo acompaña. Desea hablarnos de un cierto diván, parece...

CAPÍTULO IX

LA QUEMADURA EN LA ALFOMBRA

El inspector en jefe entró solo, la cabeza erguida, llevando una cartera en la mano y un valijín en la otra. Aparecía cuidadosamente afeitado, alerta y vivaz.

—Buen día, *Sir Henry* —comenzó en tono desenvuelto—. ¡Hace un poco más de fresco esta mañana, a Dios gracias! Buen día, Bob.

—¡Oh! ¡Oh! —Gruñó *Sir Henry*—. Eso no, Masters. No soy un tonto, querido. Desde anoche espero el relato de su entrevista con la mujer fatal de Kensington, y quiero hasta el último detalle. Lo escucho.

Masters se contoneó un instante.

—Debo reconocer estrictamente entre nosotros que...

—¡Confiese, Masters! Ha tenido usted miedo de ella.

—No, *Sir Henry* —respondió el inspector con dignidad—. No es eso. Pero, entre nosotros, declaro haber pensado más de una vez durante el trayecto: «¿Qué ocurriría si mi señora me viese en este momento?». ¡Qué mujer!...

Masters sacó un pañuelo del bolsillo para enjugarse la frente.

—Pero no para aquí la cosa, *Sir Henry*. ¡Si alguien me hubiera dicho que una Venus pintarrajeada iba a ponerme en ridículo al cabo de veinticinco años de servicio en la policía! ¡Maldición! Disculpe, Bob. ¿Ve usted algo de chusco en lo que acabo de decir?

—Sí, jefe —respondió Pollard.

—Ocúpese de sus notas, muchacho. Deje a sus mayores el cuidado de juzgar... Entendámonos bien, *Sir Henry*. La señora de Derwent me ridiculizó; pero no en el sentido que usted cree. Soy un policía y conozco mi deber. A falta de mejor resultado, logré, con todo, elucidar dos puntos. Primero: las impresiones digitales femeninas recogidas en la cigarrera no provienen de la señora de Derwent. Segundo: la propia señora de Derwent posee una coartada irrefutable para la tarde del asesinato.

—Lo suponía —dijo *Sir Henry*, clavados los ojos en el techo—. Recogimos algunos informes, por nuestro lado. No, no, Masters, tranquilícese. Nadie quiere pisar en su cercado. ¿Qué pasó? Masters vaciló.

—Tanto da desembucharlo todo de una vez —suspiró por último—. ¡Qué aventura! Usted nos vio subir al coche, ¿no? Abordé inmediatamente el asunto de la cigarrera. La señora de Derwent se contentó al principio con reír y... Bueno, de pronto recordó: había prestado su cigarrera a un amigo, el lunes a la tarde. Ese amigo no era otro que el señor Vance Keating. Me enteré entonces que los Derwent (marido y mujer, usted entiende, señor) habían tornado el té con Keating la tarde del lunes. Keating pidió prestada la cigarrera y olvidó devolvérsela a su propietaria. Me serví del informe. Formulé la hipótesis de que Keating pudo llevarse la cigarrera con la intención de reintegrársela si es que esperaba verla en la velada. Después la enteré de

la muerte de Keating.

—¿Y entonces?

—Estaba lejos de esperar la reacción de la señora de Derwent, lo confieso. Me miró un instante con extraña expresión. Después cayó contra los almohadones, exhalando gritos. ¡Bondad divina, qué mujer! Jamás he oído gritar así. El coche hizo un viraje, y creí que íbamos a embestir a los transeúntes sobre la vereda. El chófer se volvió, con aire irritado. Luego detuvo su máquina, descendió de su asiento y abrió la portezuela. La dama había cesado de gritar, pero lloraba, cubriéndose los ojos con una mano.

»Ahora viene lo bueno, señor. El chófer me tomó por el brazo, refunfuñando: “¡Pedazo de bárbaro! ¡Lárguese!”. “Inspector de Scotland Yard”, le respondí. Pero se negó a creermelo; más aún: me hizo bajar a la fuerza a la acera y se echó contra mí, avanzando los puños. Esa mujer crea una atmósfera especial en su derredor; a su contacto, las personas principian a obrar como dementes.

—¡Qué historia! —Murmuró *Sir Henry*, abriendo tamaños ojos—. ¿Qué hizo usted, Masters?

—Conseguí, no sin esfuerzo, dominar a mi hombre, que Chillaba a su turno. Un verdadero gentío se había arremolinado en un instante, como siempre. ¿Y que hacia la hermosa, entre tanto? Reflexionaba, llorando con un ojo y burlándose de mí con el otro.

»Sabía que no me había engañado con su comedia. Pero fue ella quien arregló al fin las cosas, inclinándose hacia afuera, con una dignidad de reina, para rogar al conductor que subiera a su asiento y a la muchedumbre que se retirara. “No es nada”, repetía. Más, se las compuso para convencer a los curiosos y aún al agente que allí se había presentado, que obraba así sólo para evitar un escándalo. ¡Era preciso oír las reflexiones de aquel hatito de papanatas! Las orejas me arden todavía, nada más que de pensarlo.

»Partimos de nuevo. ¡Pero yo no había llegado al término de mis penas! La señora de Derwent se aferró a mí, representando el papel de víctima. Era la más desdichada de las criaturas. El señor Vance Keating la amaba (muy honestamente, desde luego), lo que no constituía un secreto para nadie. ¿Corría el riesgo de que sospechase de ella? ¿Sí? En tal caso, sólo podía adoptar un partido: conducirme directamente a casa de las personas que se hallaban en condiciones de probar su inocencia. Y la verdad es que me condujo...

—Conozco la dirección —interrumpió *Sir Henry* con voz soñolienta—. «The Dovecot, Park Road, S. W. 18».

Masters lo contempló con suspicacia.

—¿Es otra de sus jugarretas? Si lo creyese...

—No, no, tranquilícese. Continúe.

—Sus informes son exactos, *Sir Henry*. «The Dovecot» es la casa de dos viejas solteras, tías de la señora de Derwent, que daban un *bridge* esa noche. La señora de

Derwent me condujo directamente al salón, proclamando la noticia. ¡Oh! ¡Fue una hermosa «entrada», digna de una actriz de su clase! Consiguió adueñarse de la situación; no hay duda que es la mujer más inteligente con que jamás haya tropezado yo. Los jugadores de *bridge* me rodearon como un enjambre de abejas, disparándome preguntas como éstas: «¿Es cierto que se disfraza usted para realizar ciertas investigaciones?». «¿Qué se hizo del caso de la maleta sangrienta de Burnemouth?» y así sucesivamente. La presencia de un inspector de Scotland Yard entre ellos era una diversión de que aquellos desocupados pretendían sacar provecho, ¿comprende usted? Conseguí, no obstante, librarme de ellos; pero, por toda recompensa a mis penalidades, obtuve una coartada grande como una casa en favor de la señora de Derwent, y la prueba de que no eran sus impresiones dactilares las que encontramos en la cigarrera...

El informe de Masters, concerniente al empleo que de su tiempo hizo Janet Derwent en el curso de la tarde del miércoles, corroboró exactamente las afirmaciones de su marido.

—Esperé un momento sorprenderla en flagrante delito de mentira, a propósito de aquella locación de la Daimler por toda la jornada —prosiguió el inspector—. El chófer que la esperaba delante de su puerta no la conocía, como lo habrá usted notado... pero el hecho no significaba nada, pues la Mercury Motor Services —la compañía que alquila esos coches— emplea dos equipos de chóferes: el diurno y el nocturno. El hombre que había conducido a la señora de Derwent todo el día, fue reemplazado por uno de sus camaradas. Entrevisté al primer chófer esta mañana. La señora de Derwent, acompañada de sus dos tías y de tres amigos, salió de un *restaurant* de Oxford Street a las diecisiete, es decir, a la hora del crimen. Coartada irrefutable...

Masters exhaló un suspiro de fiera antes de añadir:

—Sabe usted ahora tanto como yo.

—Ha pasado una noche movida, en efecto —asintió *Sir Henry*—. Un vaso le permitirá recobrar el equilibrio; le haré servir. Le comunicaré, asimismo, ciertos informes que le reconfortarán, espero, cuando me haya dado usted su impresión acerca de la señora de Derwent.

—Es una mala mujer —respondió el inspector sin la menor vacilación—. Fría como el mármol, calculadora e inteligente como un demonio. Nesta Pagne, que fue ahorcada hace unos diez años, pertenecía a la misma categoría, con muchos menos triunfos en su juego. Esta clase de mujeres no cometen sino excepcionalmente un crimen con sus manos, pero son espectadoras dotadas de nervios de acero que saben guardar un secreto. La coartada de la señora de Derwent es de primer orden, convengo en ello. Pero demasiado perfecta para mi gusto... fruto, a mi juicio, de una cuidadosa preparación. Si la señora de Derwent hubiera de obtener algún beneficio de la muerte de Keating, diría yo: «Busquemos entre sus allegados al hombre»...

—Ignoro el monto exacto de la fortuna dejada por Keating —interrumpió *Sir*

Henry—, pero debe elevarse a más de doscientas mil libras, que caen en el bolsillo de la señora de Derwent. Es un buen «beneficio»...

Sir Henry resumió, haciendo gala de una notable concisión, su entrevista de la víspera por la noche con Derwent; después agregó:

—Saque las deducciones que le plazcan. Pero, por el amor del cielo, espere a conocer a Jem Derwent para pasar a las conclusiones, Masters. ¿Me lo promete?

—La recomendación es inútil, señor —respondió el inspector en tono vivo—. Esta historia del testamento me abre nuevos horizontes, que he de explorar ante todo. ¡Pero Derwent! ¡Derwent, a quien había otorgado yo un buen tanto, esta misma mañana!

—¿Y eso?

—El director adjunto me dijo, al encargarme oficialmente del asunto, que el señor Derwent se esforzaba desde hacía algunas semanas, en hacer reabrir la investigación relativa al asesinato de Dartley. Habría descubierto, parece, que la honorable casa Soar se ha hecho sospechosa, en diversas oportunidades, de haber vendido falsas antigüedades, en otra época. El señor Derwent creo que edificó una teoría sobre ese dato.

—¿El director adjunto le ha dicho, también, que me envió a Philip Keating? —Preguntó *Sir Henry* a guisa de respuesta—. Un personaje interesante, ese Philip.

—Bob. ¿Quiere repetirle a Masters los puntos esenciales del relato de Keating?...

Merrivale observó con ojos divertidos al inspector en jefe durante la lectura de Pollard.

—¿Apostaría que la hipótesis de la existencia de una sociedad secreta llamada «Las Diez Tazas de Té» no lo hará encogerse de hombros, mi querido Masters? —Concluyó *Sir Henry*—. Las declaraciones de Philip Keating son muy interesantes, en mi opinión.

—Plantean demasiadas preguntas a mi parecer —respondió Masters—. ¿Existe o no una sociedad llamada «Las Diez Tazas de Té»? ¿La señora de Derwent es miembro de ella, o no? ¿Gardner y Vance Keating sostuvieron o no una discusión? ¿Gardner se llevó el revólver el martes a la noche o...?

—¿Lloverá o no, mañana? —Interrumpió *Sir Henry*, encogiéndose de hombros—. No, no, querido. Así no llegará usted nunca a nada...

Cambiando bruscamente de tema, *Sir Henry* se volvió hacia Pollard para ordenarle:

—Hágame, de tres trazos, el retrato de Philip Keating, Bob.

El sargento reflexionó antes de responder:

—Agradable de trato, superficialmente al menos. Prudente. Le agrada ser considerado como un «amigo de familia». Bastante indeciso, bajo una afectada brusquedad de maneras. No le confiaría mi billetera; pero lo creo incapaz de cometer un crimen. Leal hacia sus amigos. Quiere mucho a Francés Gale y detesta a la señora de Derwent...

—Sí. En ese caso, ¿por qué la asesinó?...

Un silencio planeó. Masters y Pollard miraron de hito en hito a *Sir Henry*, que rió de su sorpresa.

—¿Por qué Philip Keating asesinó a la señora de Derwent? —repitió—. No, mis amigos, no me refiero a la vida real. Hablaba del *Murder Party* de la noche del martes. Como recordarán ustedes, la pequeña Gale nos dijo que sus amigos y ella habían jugado una corta partida de «Crimen» antes que la señora de Derwent subiera a acostarse. ¡Hum! Philip Keating era el asesino y la señora de Derwent la víctima. La estranguló sobre el diván del escritorio de Jem. ¿Jugó usted alguna vez al «Crimen», Masters?

El inspector en jefe respondió que tenía algo más importante que hacer, que entregarse a semejantes distracciones. Luego trató de volver la conversación a un terreno menos vidrioso, preguntando:

—A propósito de la señorita Gale, ¿qué esperamos para recibirla? Está abajo, y no quiere hablar sino con usted, por alguna razón...

—Sí. Tengo el espíritu pueril, usted comprende...

Sir Henry tornó sin transición al primer punto:

—Por mi parte, me agrada mucho jugar al «Crimen». Es un divertido pasatiempo que permite librarse a innumerables observaciones. He aquí una, entre otras: si es usted el asesino, jamás elegirá por víctima sino a una persona de sus allegados que le sea simpática. ¿Por qué? No sé; pero es un hecho. No se experimenta ningún placer matando a un desconocido o a alguien antipático; alejase uno instintivamente. Nunca he visto jugar a asesinar a una persona con la cual se llevase mal en el correr de la existencia. Acúseme de chochez, si quiere. Pero ¿por qué Philip Keating estranguló a la señora de Derwent si realmente la detestaba?

Masters sonrió.

—Su raciocinio es demasiado sutil para mí, lo temo. Quizá Keating cedió a uno de esos «deseos reprimidos», de que tanto hablan hoy los diarios. ¿No hay ningún otro asunto más tangible de que quiera tratar usted conmigo?

—No. La pregunta que me queda por hacerle es de la misma categoría; ¿de dónde nuestro amigo Philip extrae la certidumbre de que su primo Vance fue asesinado por medio de un mecanismo secreto?

Las últimas palabras de *Sir Henry* tocaron una cuerda sensible de Masters.

—¿Un mecanismo secreto? —repitió—. ¿Qué mecanismo?

—No sé. Sólo me sorprendió oír a Philip emitir esa idea, en mitad de una frase. ¿Por qué salir así de la prudente reserva observada hasta entonces? Viniendo de él, esa sugestión suena a mi oído como una nota falsa. Más, puedo muy bien equivocarme.

—Pero... ¡al demonio con este caso! Páseme el informe de la autopsia, Bob.

Masters leyó atentamente el informe; después lo tendió a *Sir Henry*, que leyólo a su turno. El interés que de súbito manifestó intrigó al inspector.

—¿Qué le parece? —Preguntó Masters—. Estimo personalmente que un primer punto está establecido. Vance Keating fue asesinado con ese revólver de calibre cuarenta y cinco. ¡Un mecanismo secreto! ¿Imagina usted algún dispositivo, trampa o soporte, que permitiera a Keating suicidarse tirando de un cordel? Pero ¿cómo explicar el segundo disparo? ¿Cómo explicar que una bala lo haya alcanzado en la cabeza y la otra en la columna vertebral? En fin, y sobre todo, ¿qué se ha hecho de ese dispositivo?...

El inspector en jefe miró a *Sir Henry* con desconfianza.

—... Me ha sorprendido usted hablando de mecanismos secretos, señor. Había pensado un poco en ello, sp lo confieso... Me acuerdo de un truco extraordinario que vi en un drama policial: el mecanismo de un revólver disimulado en un receptor de teléfono. Resuena la campanilla; la víctima descuelga el tubo y se lo lleva al oído. ¡Pam! Cae, herida por una bala de tiempo. Ese crimen, cometido sin que apareciese el asesino, me impresionó vivamente; es una de las razones por las cuales concedí cierta atención a aquel tubo de gas.

—¡Aquel tubo de gas! —Rugió *Sir Henry*—. ¿Qué tubo de gas?

La sombra de una sonrisa cruzó por el rostro de Masters, a despecho de sus esfuerzos por conservar aire de inocencia.

—¿No lo había usted notado? —inquirió—. ¡Hum! Me extraña.

—Recomienza usted a ocultarme una parte de los datos, incorregible Masters. Pero no he de tolerarlo más. Nada regocija tanto su alma como esas triquiñuelas en mi detrimento.

—Le pago con la misma moneda, señor —respondió, filosófico, el inspector—. Pero no lo tope tan a pecho esta vez. Permítame conducir su atención a la buhardilla. Es muy baja de techo, recordará usted... las paredes tienen ocho o nueve pies de altura, a lo sumo.

—Tengo la virtud de escucharlo. Continúe.

—¿Y notó usted un trozo de caño de gas, que pendía del techo, terminado en una contera de plomo? —Prosiguió Masters—. Perfectamente. Ese tubo no se encuentra exactamente en el centro de la pieza; está un poco más cerca de la puerta que de la pared del fondo. Y el cuerpo, vea usted, yacía justamente debajo. Me gusta reservar esos pequeños detalles para mí, esperando que se despeje el terreno. ¡Bah! Una vez no hace costumbre. Añadiré algo que acaso le interese, señor: el diámetro de un caño de gas de tamaño mediano es aproximadamente el mismo que el del cañón de un revólver de calibre cuarenta y cinco. ¿Qué dice a esto?

Sir Henry contempló al inspector con gran curiosidad.

—¡Necesario era que fuese un amigo de los tapujos, como usted, para no haber arrancado el caño del cielo raso a fin de examinarlo de más cerca! —exclamó—. «El Revólver en el Caño de Gas», por H. Masters. No carece usted de imaginación, querido. Permítame una pregunta: si el tubo de gas formaba parte de un ingenioso dispositivo, ¿quién tuvo la gentileza de colocar el capuchón después de usarlo?

—Cotteril profundizó hoy esa cuestión...

Masters sonrió; recobró después su seriedad para agregar:

—¡No es más que una hipótesis, naturalmente, e invalidada, además, por las conclusiones de los peritos en balística! Según ellos, las dos balas fueron descargadas por el revólver examinado... Pero voy a suministrarle otro indicio que ha podido escapársele: hay una quemadura de pólvora sobre la alfombra, justo bajo el tubo de gas. ¿No esperaba usted esto, confiéselo?

Un golpe aplicado con impaciencia a la puerta precedió en un segundo a la aparición de Francés Gale.

CAPÍTULO X

EL SOMBRERO DE NADIE

Francés Gale miró alternativamente a los tres hombres con aire que revelaba a la vez desconfianza y turbación.

—Me cansé de esperar —declaró—. Usted me había prometido jugar limpio, señor Masters. En cuanto a usted, *Sir Henry*, pensé que sería más equitativo. Mi padre quería traerme aquí con un ejército de abogados, pero me escapé de la casa mientras todavía estaban discutiendo.

—Esperaba que Bokey la enviaría acá —respondió *Sir Henry*, que por un motivo que permanecía en el misterio, parecía molesto—. Estamos dispuestos a escucharla, si desea aliviar su conciencia de...

—Los tengo a todos ustedes por unos seres de lo más rudos —interrumpió la señorita Gale—. Pero estoy pronta a decirles lo que quieren saber, si es que tienen derecho a exigirme la verdad.

—¡Bravo! —exclamó Masters, con engañosa aprobación.

Adelantóle una silla; sacó después de su bolsillo la cigarrera de Janet Derwent, añadiendo:

—Discúlpeme que la haya hecho esperar tanto tiempo, por cierto que involuntariamente, señorita. ¿Un cigarrillo?

Francés Gale enrojeció; pero preguntó con voz tranquila:

—Es la cigarrera que halló usted debajo de los restos del pobre Vance, ¿no?

—Derecho en el blanco, hijo —observó *Sir Henry*—. No está usted hoy decididamente de suerte con las mujeres.

El inspector no se dejó desconcertar.

—¿Puedo saber cómo se halla tan bien informada, señorita Gale? —preguntó—. No le dije ayer palabra acerca de esta cigarrera, y los diarios no han hablado.

—La señora de Derwent telefoneó a todos sus amigos, a mí inclusive, esta mañana...

Por primera vez desde que la conocieran, los tres hombres vieron encenderse un brillo burlón y travieso en los ojos castaños de Francés Gale.

—... Y lo que es más, que ya no me amedrenta usted, señor inspector en jefe, la señora de Derwent me ha hecho un gran servicio contándome su tentativa de violación, en el automóvil, anoche...

—¡Grandes dioses! —Exclamó *Sir Henry*—. ¿Es cierto, Masters?

El inspector hubo de apelar a todo su dominio de sí para conservar la calma.

—No, señor. Se trata de una infame mentira.

—Lo sospechaba —murmuró la joven—. La pobre señora de Derwent atribuye las mismas intenciones a todos los hombres, le hayan hecho o no requerimientos... El desdichado Philip sabe algo de eso. Pero me basta pensar en la escena que la señora

de Derwent me ha descrito, verlo a usted en el papel que lo acusa ella de haber representado, para que las ganas de reír disipen mis temores. Desearía usted saber si mis impresiones digitales pueden hallarse en la cigarrera, ¿no es cierto? Sí, es muy posible.

—¡Ah! ¡Ah! —Dijo Masters—. Está usted decidida a confesar su crimen, señorita.

—No hable de ese modo, ni aun en broma. Una parte de la historia de la querida señora de Derwent es verídica, en todo caso. El lunes por la tarde, después de haber tomado el té con ella, Vance tenía su cigarrera con sigilo. Vi a Vance durante la velada, y manipulé el objeto en cuestión, si quiere saberlo.

—Me sorprende usted, señorita. Recuerdo haber leído en un pequeño periódico de mi mujer, —*El Eco del Hogar Cristiano*, si la memoria no me es infiel— una frase así: «La señorita Francés Gale es la primera de nuestras jóvenes atletas femeninas, porque no fuma ni bebe».

—¡Oh! Bebo un poco de vino de vez en cuando, pero no fumo jamás, es exacto —respondió Francés Gale—. Vea lo que ocurrió el otro día: encontré roto el espejo de mi polvera (y eso me ha traído desgracia, aunque diga mi padre lo contrario). Observando mi confusión, Vance me tendió la cigarrera, diciendo: «Mírate ahí dentro. Es un verdadero espejo». Mi primer movimiento, al reconocer las iniciales, fue arrojársela a la cabeza. Me puse furiosa, creyendo que Vance lo había hecho expreso para darme celos... pero no, había obrado por distracción, como siempre.

El hecho de que la cigarrera hubiese servido de espejo pareció interesar vivamente a *Sir Henry*, que la tomó de las manos de Masters para examinarla en silencio. El inspector abordó otro punto.

—Vuelvo a las preguntas que rehusó responder usted ayer, señorita Gale. Dígame la verdad esta vez. Primero, negó el hecho de haber pasado delante de Berwick Terrace en una Talbot azul, ayer por la tarde, mirando la casa...

—Mentí, y probablemente conoce usted la razón de mi mentira —confesó Francés Gale—. Esa querida señora de Derwent de seguro que se lo ha contado todo. Espiaba. ¿Está satisfecho ahora?

—¿Había usted seguido al señor Keating hasta Berwick Terrace?

—Sí. No tuve al principio esa intención...

«Pobre chica —pensó Pollard—. La humillación es más fuerte aún en ella que el pesar».

—... Había resuelto sorprender a Vance en su casa y obtener una explicación franca. Pero le vi alejarse en taxi cuando iba a detenerme frente a Lincoln Mansions... Lo seguí en un movimiento irreflexivo. No supe qué pensar al observar que entraba en aquella casa de Berwick Terrace. Di una corta vuelta por el barrio y volví a pasar delante de Berwick Terrace. Un desconocido se hallaba en la escalinata.

La joven miró a Pollard al pronunciar estas últimas palabras.

—¿Se sorprendió usted viendo al señor Keating penetrar en un inmueble

desocupado?

—No.

—¿Cómo, señorita?

Francés Gale reflexionó antes de responder.

—También me preguntó usted, ayer por la tarde, por qué me había procurado las llaves con objeto de visitar la casa, hace tres meses. No tenía el menor deseo de visitar esa maldita casa, señor Masters. Pero me era necesario encontrar un pretexto para obtener las llaves en la agencia, pues no podía explicar la verdadera razón...

—¿Qué razón, señorita Gale?

—La señora de Derwent me había enviado. Por ese entonces hacía sólo tres meses que la conocía yo, y aún no la había estimado en su justo valor. Pero comprendí por qué me había elegido apenas cumplí la misión. ¡Vieja bribona! Alrededor de cada tres meses, sufre una especie de crisis nerviosa y se queda en la cama durante algunos días, recibiendo visitas y hablando de sus enamorados. Fui a verla una de esas tardes, para mi desdicha. Se enderezó súbitamente en su lecho, con aire de extravío, y se refirió a ciertas cartas de que acababa de acordarse en ese instante. Hubiérase dicho una médium en trance, no encuentro otra comparación. Me dijo haber olvidado unas cartas ocultas en un escondrijo, en su antigua casa de Berwick Terrace. La idea de que alguno pudiera hallar esas cartas le era insoportable; me suplicó que fuese a buscarlas inmediatamente... ¡Oh! Fue una escena atroz. Creí tener que habérmelas con una loca.

»Sentí un poco de miedo, lo reconozco. La señora de Derwent lo aprovechó para arrancarme la promesa de ir en seguida a la vivienda de Berwick Terrace, de la que creía haber conservado las llaves, pero las buscó en vano, por más que recordara no haberlas devuelto al mudarse. He ahí por qué tuve que pasar por la agencia.

»Encontré las misivas en el sitio indicado... varias eran de Vance. Sabía, ¡la miserable!, que yo las leería todas. Todo se explicaba.

Francés Gale pareció aliviada por aquel impulso de sinceridad que le costara un gran esfuerzo. *Sir Henry* puso la cigarrera encima del escritorio.

—¡Hum! —dijo—. No todas las mujeres se parecen a la señora de Derwent, a Dios gracias. Pero esas famosas cartas me interesan muy particularmente. El «escondrijo» de que habló usted hace un momento, ¿se relaciona de lejos o de cerca con un viejo diván marrón relegado al granero?

—Sí. La señora de Derwent lo apreciaba mucho... Se echaba en él para forjar toda clase de ensueños, parece. «Ese diván no es un mueble ordinario», me había dicho. ¡En efecto! Las cartas estaban dentro. Es hueco.

—¿Hueco? —repitió Masters, levantándose con lentitud.

—Es decir, que se abre por medio de bisagras —precisó Francés Gale—. El espacio dispuesto en el interior puede servir durante el día para guardar almohadas, sábanas o mantas, según el caso. Las bisagras son absolutamente invisibles y el diván bastante grande para servir de insospechada cama... Pero ¿qué tiene, inspector?

—Un momento, señorita. ¿Debo entender que ese mueble puede servir de escondite a un hombre?

Francés Gale no logró reprimir un sobresalto.

—No, no lo creo —respondió por último—. A menos que se trate de una persona tan pequeña y delgada como una almohada... Pero no, se ahogaría de todos modos.

Con un juramento inarticulado, Masters ya había descolgado el receptor del teléfono y pedía con el inspector Cotteril. *Sir Henry* fumaba tranquilamente su pipa.

—La explicación sería demasiado fácil, querido —dijo—. Esta joven tiene razón, a mi parecer... es infinitamente improbable que un asesino haya podido ocultarse en el diván. Pero la revelación de la señorita Gale no resulta por ello menos interesante...

Sir Henry se volvió hacia la joven para añadir:

—Ahora que estamos en confianza, ¿desearía retractarse de una de sus precedentes declaraciones?

—No comprendo —respondió Francés Gale.

—Nos afirmó usted que su amigo Gardner no se había llevado el revólver Remington al partir con usted, el martes a la noche. ¿Mantiene sus palabras?

—¡Sí! ¡Sí! Ron es inocente. No se llevó ese revólver, le repito. Pero ¿por qué no le interroga usted personalmente? Lo encontrará en Lincoln Mansions esta mañana. Yo... ¿Quién pretende que se ha llevado el Remington?

—Philip Keating. A propósito, Masters, me parece que podríamos hacer venir ahora al amigo Philip. ¿Qué opina?

Como Masters hubiera terminado su conversación telefónica, *Sir Henry* dio las instrucciones necesarias. La joven esperó, inmóvil y visiblemente a la defensiva. El inspector sacó de la valija que trajera, el sombrero gris y el revólver de calibre cuarenta y cinco. Francés Gale se estremeció a la vista del arma, pero no hizo ningún comentario. Keating tuvo un movimiento de retroceso al percibirla cuando entró, un instante después.

—¡Mi querida Francés! —exclamó—. No he tenido aún ocasión de expresarle mi profunda simpatía en su gran...

—¡Bah!

Se volvió hacia él, brillantes los ojos de cólera.

—No lo reconozco ya, desde hace algún tiempo, Philip Keating. ¿Qué le pasa? ¿Le ha dicho usted a estos señores que Ron Gardner se había llevado el revólver que ve sobre ese escritorio, la noche del martes? Es perfectamente falso, bien lo sabe. Es usted la última persona a quien habría creído capaz de mentir.

—¡Ah, comprendo! —Dijo Philip Keating—. ¿Señores?

Masters se presentó. *Sir Henry* había cerrado los ojos y Pollard hubiese jurado que dormía. El inspector en jefe alzó el revólver en alto.

—Los peritos han llegado a la conclusión de que el asesinato fue cometido con esta arma, señor Keating. ¿La reconoce usted? Perfectamente. Ha dicho usted, por

otra parte, que el señor Gardner se la llevó consigo el martes a la noche, y...

—Un instante, por favor —interrumpió Philip—. Si hay un error en este punto, no soy yo el único responsable.

—¿Vio usted al señor Gardner llevársela?

—No. Pero el señor Benjamín Soar me dijo que la había tomado. No tengo ninguna razón para dudar de la palabra de Ben Soar.

Pollard comprobó el cambio de tono y de actitud de Philip Keating. Un aire de cortés reserva había reemplazado su habitual expresión bonachona. Abría y cerraba maquinalmente la hoja de un cortaplumas, como si buscara en qué ocupar sus dedos.

—Por el momento no nos ocupamos más que de sus observaciones personales, señor —lanzó Masters—. ¿Cuándo vio usted este revólver por última vez?

—La noche del martes, a eso de las veintitrés y media, en casa_ de los Derwent.

—¿Cómo puede usted fijar la hora con esa precisión?

—Derwent nos invitó a beber un último vaso en su escritorio, antes de salir. Al abandonar el salón, noté el revólver encima de la chimenea de esa pieza.

«Sus afirmaciones concuerdan hasta aquí con las de Derwent», pensó Pollard. «Clic», hizo el cortaplumas al cerrarse.

—¿Quién salió el último del salón? —preguntó Masters.

—Derwent. Volvió a cerrar la puerta, creo. ¿Qué más espera usted de mí? Nos encaminamos al escritorio de Derwent, que nos sirvió refrescos.

—Sí, señor. ¿Y después?

—La señorita Gale se turbó súbitamente y nos abandonó para tornar a su coche. Ron Gardner la siguió.

—¿Nadie se ausentó del escritorio antes de la precipitada partida de la señorita Gale?

—No. Apenas estuvimos un poco más de dos minutos.

—¿Cuánto tiempo transcurrió entre la partida de la señorita Gale y la de Gardner?

—Un minuto, a lo sumo. Le aconsejé a Ron que no la siguiera, diciéndole: «Cuando una mujer está nerviosa hasta ese punto, vale más dejarla que se calme sola, créame». Trabajo perdido; se lanzó tras sus pasos.

—¿Solo? —No. Derwent lo acompañó a la verja.

—Dicho de otro modo (si Gardner se llevó el revólver) ¿lo tomó entre el instante en que dejó el escritorio y aquél en que salió de la casa con Derwent?

—Supongo. Pero no he visto nada...

Keating vaciló. Prefería evidentemente la manera un tanto caprichosa con que *Sir Henry* conducía un interrogatorio, a la precisión profesional de Masters.

—¿Está usted satisfecho? No, naturalmente. Desea aún informarse acerca de los actos de Soar y de los míos. Soar salió del escritorio delante de mí. Creyendo haber dejado mi sombrero en el comedor, fui allí directamente. Pero no estaba. Cuando regresé al *hall*, Soar salía del salón, situado en la delantera de la casa. Parecía sumamente descontento. Me dijo: «¡Al diablo con este Gardner! Se ha llevado el

revólver que había prometido prestarme durante unos días, para una exposición. Convinimos juntos que yo lo recogería esta noche... ¡Y se lo ha llevado! ¿Se tratará de un desaire deliberado?». Soar señaló la chimenea del salón y comprobé con mis ojos la desaparición del Remington. No sé más. Soar salió a la escalinata; yo entré en un reducido guardarropa que daba al *hall*, donde al fin encontré mi sombrero. Soar estaba furioso, y no trataba de ocultarlo.

Masters reflexionó. Philip Keating cerró su cortaplumas con un «clic» final, antes de volverlo a su bolsillo.

—Qué sentido dio usted a la frase de Soar: «¿Se tratará de un desaire deliberado?». —Preguntó el inspector—. He ahí, en mi opinión, palabras mayores.

—Pero no en boca de Soar —replicó vivamente Keating—. Es susceptible, orgulloso como Lucifer e imaginativo como un demonio. Guárdese de inferir que Ben es una especie de chiflado; por el contrario, es un negociante de excepcional habilidad. Su comercio de antigüedades debe ser una verdadera mina de oro... Bajo su dirección, cualquier empresa prosperaría, por lo demás. Posee el don de inspirar confianza, un cerebro admirablemente organizado y un olfato extraordinario.

Masters redobló su afabilidad.

—Su relato es una pieza de consistencia, señor —declaró—. Usted mismo será el primero en reconocer que el señor Soar muy bien ha podido deslizarse en el salón y apoderarse del revólver mientras buscaba usted su sombrero en el comedor... Estamos de acuerdo, ¿no?

—En principio, sí. En la práctica, estoy persuadido que Soar no representó una comedia.

—Perfectamente. ¿El comedor se encuentra del mismo lado del *hall* que el salón, señor?

—Sí. Yo no podía ver la puerta del salón, si es eso lo que desea usted saber. Pero...

—¿Hay una puerta de comunicación entre el salón y el comedor?

—Sí. ¿Por qué?

—Una simple sugestión de un hombre de su inteligencia no sería de desdeñar, señor Keating —respondió el inspector con aplomo—. Pero si no podía usted ver al señor Soar, existía reciprocidad... ¿Puede usted probar que no pasó del comedor al salón, por la puerta de comunicación, y que no se echó el revólver al bolsillo un momento antes de que Soar viniese a buscarlo a su turno?

Philip Keating prorrumpió en carcajadas. Masters hubo de esperar un largo instante su respuesta; Philip se sujetaba los costados, derramando verdaderas lágrimas. Recobró al fin el uso de la palabra, para decir:

—No he puesto los pies en el salón. Estuve en un *cocktail* party ayer por la tarde, tengo varios nombres y direcciones a su disposición, inspector. Espero poder ofrecerle una coartada irrefutable, a falta de la prueba que me pide usted en este momento.

—Anotaré esos nombres y direcciones dentro de un instante. Pero ¿puedo saber primeramente lo que halla usted de cómico en mi pregunta?

—La idea de ser tomado por un asesino —respondió Philip.

—Hace falta a veces un cierto tiempo para acostumbrarse. ¿Si mal no he comprendido, concluyó usted por encontrar su sombrero antes de dejar la casa de los Derwent? ¿Era éste, por casualidad? —concluyó Masters, tomando el sombrero gris de encima de la mesa.

—No.

—El director adjunto le habrá dicho seguramente que el señor Vance Keating llevaba este sombrero pocos momentos antes de su muerte...

Masters lo tendió a Keating, antes de añadir:

—Llenemos ante todo una pequeña formalidad. ¿Reconoce este sombrero como de su pertenencia?

Philip dio vueltas a la prenda entre sus manos; la miró en todos sentidos, antes de volverla a colocar sobre la mesa.

—No estoy calificado para identificarlo —declaró en tono de fastidio—. Este sombrero jamás me ha pertenecido.

«Los investigadores están en el deber de prever ciertos giros de los acontecimientos; pues constituyen una peligrosa fuente de errores», declara convencido *Sir Henry*, y añade: «Nadie espera, sin embargo, ver derrumbarse una verdad de *Pero Grullo*, o que las sillas se trasladen al otro extremo de la pieza cuando uno va a sentarse en ellas». Pero *Sir Henry* confiesa igualmente que la respuesta de Philip Keating fue una lección provechosa para él; que avivó su espíritu amodorrado y lo puso sobre la buena vía. A la verdad, sin embargo, que en lo referente al inspector en jefe Humphrey Masters, no se sintió éste inclinado en aquellos momentos a las ideas filosóficas.

—Nada puedo hacer —insistió Philip Keating, en contestación a una irritada mirada de Masters. No es mi sombrero.

—¿Reconoce que su nombre está inscripto en el interior?

—Difícilmente podría negarlo —respondió el otro sonriendo—. Pero ¿qué prueba eso? ¿Los sombrereros exigen la presentación de un acta de nacimiento para poner en un sombrero el nombre que un cliente les dé? Por mi parte, siempre he hecho marcar mis iniciales y nunca, en absoluto, mi nombre entero. Que alguien intenta comprometerme, usted mismo puede comprobarlo.

—¿Ve usted alguna relación entre el deseo que tendría alguien de perjudicarlo a usted y el hecho de que el señor Vance Keating llevase este sombrero ayer tarde?

—No.

—¿Y reconoce usted que le va perfectamente?

—Como medida, sí. Pero si consiente usted en acompañarme a mi domicilio, creo poder demostrarle que no me pertenece...

Philip se volvió hacia la señorita Gale.

—La tomo por testigo, Francés Gale. Me conoce usted desde hace años; ¿me ha visto llevar alguna vez un sombrero que no sea en forma de hongo?

—Jamás —respondió la joven—. Hago una excepción en lo que correspondiera a este sombrero de copa, por supuesto. Philip y su eterno hongo son un motivo de chanza en nuestro grupo.

Masters palmeó el escritorio.

—¡Vamos, señor! He de recordarle que el hecho de que su sombrero haya sido encontrado en el cuarto del crimen no constituye de ningún modo un cargo contra usted. Sabemos que su primo habitaba la misma casa que usted, que usaba con facilidad lo ajeno...

—Gracias. Ya sé todo esto —interrumpió Philip—. Le ruego que me comprenda bien. No me ha sorprendido en lo más mínimo saber que habían hallado uno de mis sombreros cerca del cadáver de Vance; el hecho me pareció muy natural, como se lo dije al director adjunto. Reflexione un momento, por favor. Es usted el primero en reconocer que no sospecharían más ni menos de mí por el hecho de que este sombrero me pertenezca o no... En ese caso, ¿por qué habría de negar su propiedad?

Los cuatro hombres se miraron; después *Sir Henry* declaró que ya era tiempo de tomar un vaso.

CAPÍTULO XI

UNA LLAMADA TELEFÓNICA

Lincoln Mansions, un grupo de inmuebles ultramodernos, se destacaba en blanco sobre los árboles y la grisácea dignidad de Westminster. *Sir* Henry, Masters, Philip Keating, Francés Gale y el sargento Pollard llegaron en medio de un calor aplastante; pero las nubes, más numerosas a cada paso, prometían una bienhechora tormenta, y los investigadores vieron favorecidos por una suerte inesperada. El portero saludó a Philip Keating.

—El señor Gardner y el señor Soar lo aguardan allá arriba, señor. Creí obrar bien abriéndoles la puerta, y espero...

—Hizo perfectamente —interrumpió Philip, disimulando una mueca de fastidio.

Así que el ascensor depositó a Francés Gale y a sus acompañantes en el cuarto piso, Philip abrió la puerta de su departamento, recorrido de uno a otro extremo por una larga galería. Alguien telefoneaba en una pieza que comunicábase con aquella galería por una puerta a la sazón entreabierta.

—¿Y... sostuvo que había tenido él esa audacia? Con todo respeto, Derwent, usted conoce a Janet... Sí, admito que eso nos da a todos una excelente ocasión de explicarnos. Si nos ponemos de acuerdo aquí, antes de ir en grupo a Scotland Yard, tenemos probabilidades de ser escuchados. Pero ¿hasta dónde llegó ese sátiro?... ¿Le deslizó su mano bajo la falda?... ¡Cómo! Continúe. No creo nada. ¡Viejo bribón!... ¿El inspector en jefe Masters, dice usted? Sí. Se arrepentirá si...

Pollard no veía más que la nuca de Masters; pero aún hoy se pregunta todavía cómo el inspector no estalló en el sitio... Conteniendo su cólera, Masters ganó la puerta con pesados pasos.

Dos hombres ocupaban la pieza, sentado el uno delante de un velador que sostenía el aparato telefónico, sobre un canapé el otro. Ambos alzaron los ojos cuando Masters apareció en el umbral. Pollard registró la escena con una precisión de aparato fotográfico.

El joven de veintiocho a treinta años que estaba hablando por teléfono tenía una fisonomía de rasgos regulares y agradable expresión; amenazábalo la obesidad, y llevaba un traje de sport muy usado. Su corto bigote era más oscuro que sus cabellos ligeramente rizados, sus ojos claros contrastaban con su bronceada tez... el conjunto era simpático, y Pollard —que al punto identificó a Ronald Gardner— comenzó a comprender por qué las personas allegadas al joven hallaban dificultad en asociarlo a un caso criminal. “Lo cual no significa nada”, añadió el sargento “in petto”.

En cuanto a Benjamín Soar, Philip Keating lo había caracterizado admirablemente al decir que inspiraba confianza. Soar era bajito, ventrudo, moreno, usaba lentes y tenía maneras sumamente reservadas; mas, no por ello podía negarse menos la impresión favorable. Pareciendo saborear interiormente la conversación

telefónica tanto como Gardner, Soar apenas sonreía, mientras que el otro daba libre curso a una estruendosa hilaridad. Pero Gardner se calmó súbitamente, a la vista de Masters.

—¡Hola! —dijo.

—Buen día, señores —respondió el inspector—. ¿No los molesto, espero? Me presentaré: inspector en jefe Masters, de Scotland Yard. Tiene usted delante al hombre de que hablaba hace un momento. Y he de advertirle que dispongo de plena autoridad para exigir las aclaraciones que voy a pedirle... que voy a...

—Esto sí que es concisión y energía —murmuró Gardner.

Se había levantado, pero volvió a sentarse bruscamente ante la ofensiva del policía.

—¡Alto ahí! ¡Me aplastará contra la pared, si continúa! ¿Quién se lleva a este chiflado antes que se vuelva loco furioso?

—Calma, Masters —intervino *Sir Henry* con una voz soñolienta, tan cargada de súbita autoridad, que todas las miradas se volvieron hacia él—. Buen día, amigos —continuó, dirigiéndose a Gardner y a Soar—. Tranquilícense, que el inspector no se los comerá; pero sepan que la paciencia de los mismos policías tiene sus límites. Por poco que esa historia pase todavía por algunas bocas, veráse a Masters persiguiendo a la señora de Derwent en camisa, a través de Piccadilly. Si debemos unos y otros mentir, lo que es probable, sepamos al menos evitar ciertos excesos.

Soar se había levantado al ver a Francés Gale entrar seguida de Philip Keating. Se dirigió a *Sir Henry* con una cortesía matizada de buen humor.

—¿*Sir Henry Merrivale*, si no me equivoco? Derwent nos había prevenido que pronto lo conoceríamos, señor. Su proposición me parece perfectamente equitativa. El hielo está roto, pequeña ventaja que debemos a este deplorable incidente. Todos nos sentimos profundamente apenados por la muerte de Vance Keating. Dicho esto, sería de parecer de ir al nudo de la cuestión.

—Con mucho gusto —respondió Masters, sentándose.

Se volvió hacia Gardner:

—¡Hum! Quizá he estado un poco vivo. ¿Es usted el señor Gardner?

—Sí —respondió el otro—. Soy el único responsable... Acepte mis excusas, inspector. He agravado considerablemente mi caso; si cree que ignoraba yo el interés que tenía usted en mi persona antes de conocerme, no es el detective que supongo. ¿Qué sospechan de mí?

—Instálense cómodamente y discúlpenme un segundo —intervino Philip Keating—. Voy a buscar refrescos...

Masters alzó la valija que llevaba.

—Un instante, le ruego, señor Keating. Su presencia es indispensable en este momento...

Sir Henry se dejó caer sobre el canapé, ya ocupado por Soar. Cortó la palabra a Francés Gale y la hizo sentar a su lado. Masters abrió la valija.

—¿Reconoce este revólver, señor Gardner? —Continuó el inspector—. Le pertenece, ¿no?...

Gardner asió el arma con súbita vivacidad. Abrió el tambor, del que sacó un cartucho para examinarlo.

—¡Vamos, señor! ¿No vacilará usted en reconocer ese revólver, me parece? —insistió Masters.

—No. Me pertenece. Derwent me ha dicho que es el arma del crimen... pero miraba las municiones. Son, sí, los viejos cartuchos Remington, inhallables hoy día en las armerías. La última vez que vi este revólver estaba cargado con cartuchos sin bala.

—¿De veras? ¿Pero no estaba cargado con cartuchos sin bala el lunes a la noche?

—¿El lunes a la noche? Sí.

—Y si yo le dijese saber de fuente segura que estaba cargado con balas el lunes a la noche, ¿qué me respondería, señor?

—Que es usted un descarado mentiroso —arrojó Gardner con una grosería deplorable—. Fue la noche del lunes, precisamente, cuando llené el tambor con cartuchos sin bala; había comprado una caja al dirigirme a casa de Vance Keating.

—Estoy al corriente de esa visita, durante la cual una discusión estalló entre el señor Keating y usted, a propósito de la señorita Gale. El señor Keating le exigió que confesase no sé qué, y tiró sobre usted, con ese mismo revólver.

—¡Todo se explica! —exclamó Gardner.

Se abismó en sus recuerdos, la espalda ligeramente encorvada, acariciando el cañón del revólver.

—... Créame, si quiere; había encarado todas las hipótesis, menos ésta. De todas las interpretaciones fantásticas, insensatas...

Gardner depositó el arma sobre el escritorio, añadiendo:

—¡Pobre diablo!

Un silencio planeó. Gardner había puesto tan amarga sinceridad en aquellas dos últimas palabras, que el mismo Masters vaciló.

—Pido la palabra, señores —gruñó *Sir Henry*—. Masters no le creerá jamás, amigo, si no le dice usted lo que realmente pasó en casa de Keating el lunes a la noche. Lo sabe usted perfectamente, por otra parte. Trataremos de guiarlo en la primera parte del camino... Keating lo había invitado a comer con él, el lunes a la noche, ¿no?

—Sí.

—¿Pero eso tiene algo que ver conmigo? —intervino Francés Gale.

Todos los ojos volviéronse hacia ella. Gardner le sonrió.

—Se invita a los asistentes a callarse —tronó *Sir Henry*—. Volvamos a lo nuestro, señor Gardner. ¿Ya habían convenido, Keating y usted, ir al *Murder Party* de los Derwent, al día siguiente? Vance Keating debía representar el papel de detective esa noche, si no me equivoco. Un rasgo del carácter de Keating parecía dominar sobre los

otros: le gustaba brillar; detective por una noche, deslumbraría a los otros jugadores, principalmente a la señora de Derwent. ¿Qué hacer para lograr un segundo éxito? Preparar su papel con antelación. Es un sentimiento humano, Masters. Perfectamente humano...

«Ignoro los detalles exactos del proyecto. Presumo que la distribución de los naipes debería estar preparada de modo que designara detective a Keating, a usted, Gardner, como asesino, y a Francés Gale como víctima. El juego al Crimen se concluiría con un golpe teatral de gran sensación. Estás acorralado. ¡Confiesa!, (se sobreentiende que tengo medios de hacerte confesar). Diga usted lo que quiera, Masters, no me impedirá repetir que era un sentimiento muy humano».

Masters se volvió lentamente.

—Debo comprender...

—Un ensayo general, sí, hombre —refunfuñó *Sir Henry*—. Reflexione, Masters. ¿Hallaría usted natural que un hombre exigiese a otro una confesión —concerniente probablemente a su propia prometida— mientras su ayuda de cámara prepara cocktails, en un ángulo de la pieza, y el maître d'hotel del *restaurant*, de pie en el umbral de la puerta, aguarda el momento de anunciar que la comida está servida? Personalmente, no concibo que Keating telefonara a Gardner que viniese a verlo trayendo un viejo revólver a fin de que él, Keating, pudiese amenazarlo con el arma. Ese revólver no era más que un accesorio de la representación, Masters.

—Gracias —dijo Gardner—. Todo ocurrió exactamente así. No pido que se crea bajo palabra; interroguen a Bartlett y a Hawkins. Lo que no alcanzo a comprender...

—Le recordaré, señor, que, según nuestros informes, al menos, un disparo partió, y algunos vasos fueron rotos en el curso de ese «ensayo general» —insistió Masters.

—Un momento, por favor...

Gardner descolgó el receptor del teléfono del inmueble y dijo algunas palabras en el aparato. Luego, dirigiéndose a Masters, continuó:

—Entendámonos bien, inspector. El revólver no debía servir para cometer el crimen; yo debía asesinar a Francés con un puñal de hojalata. Al invitarme a comer, el lunes por la tarde, Vance me pidió que trajese la más «divertida» de mis armas, y cartuchos sin bala. Me explicó su gran proyecto antes de cenar y me mostró el puñal.

«Comprenderá usted que habíamos complicado considerablemente las reglas habituales del juego al Crimen. El asesino habría de dejar un indicio material que, convenientemente interpretado, debía permitir al detective desenmascararlo».

Sir Henry abrió los ojos.

—Qué interesante —murmuró—. El asesino debía dejar un indicio... ¿Quién sugirió ese detalle inédito?

—Yo —respondió Benjamín Soar.

—Hacía falta una buena dosis de imaginación para dejar un indicio acusador que no fuese demasiado visible —observó *Sir Henry*.

—¡Oh! Nosotros somos ingeniosos —respondió Gardner con una sonrisa

seductora—. Juzgue usted mismo. La posición del puñal que Francés Gale, muerta, debía tener contra sí, indicaría claramente que el asesino era zurdo. Yo no soy, todos lo saben. La dificultad, para el detective, consistiría en demostrar que uno de los sospechosos era naturalmente zurdo. Pruebas, interrogatorios... ninguno de los sospechosos da la impresión de ser zurdo. Pero el detective insiste tanto, y tan bien, que... espere, voy a hacerle la demostración. ¿Lleva usted un sujeteta cuello, inspector, por lo que veo?

Los oídos de Masters despidieron chispas.

—Esta comedia ya ha durado bastante —rezongó—. ¿Un sujeteta cuello? ¿Qué...?

—Una especie de alfiler de seguridad que sirve para mantener el cuello en su sitio, debajo de la corbata —interrumpió Gardner con ardor contenido—. ¡Tóquese el suyo! ¿No es usted zurdo, no?

—No, señor. Pero...

—Bien. Palpando su sujeteta cuello, comprobará que está fijado de derecha a izquierda, con el cierre hacia su izquierda. Ahora bien: el sujeteta cuello que debía yo llevar el día del asesinato habría de estar cerrado en sentido inverso: la cabeza a la izquierda, el cierre a la derecha... señal concluyente de que yo era zurdo y que había cometido el crimen...

Masters se tanteó su sujeteta cuello en el silencio general. Gardner prosiguió:

—Ya que una versión errónea parece haber circulado, procuro restablecer la verdad de los hechos, por más que me cueste, créalo. ¡Vance era muy excitable, y tomaba su papel de detective en serio, le aseguro! Se preparaba a obligarme, bajo la amenaza del revólver, a palpar mi sujeteta cuello, cuando... yo le había recomendado, no obstante, no sacudir el arma de aquella manera; Bartlett, su ayuda de cámara, lo mismo. Los cartuchos no estaban cargados con bala, naturalmente, pero el taco puede muy bien arrancar el ojo de un hombre, si le alcanza el rostro. Habrá usted observado que se trata de un revólver de percusión particularmente sensible, que respondía, en una palabra, a las necesidades de su primer propietario, un bandolero perseguido por la policía; este viejo Remington dispara hasta si se le mira de reojo, ésa es la verdad. El brazo de Vance tropezó con una lámpara, durante su parrufada, y su dedo estaba sobre el gatillo, por supuesto... El taco del cartucho me erró, pero pulverizó un vaso de *cocktail* que Bartlett se disponía a llenar. Nuestras armas modernas no son tan sensibles, a Dios gracias. Pero los accidentes causados por los viejos modelos resultan incontables. Sabe usted ahora tanto como yo. — ¡Qué imprudencia! — Exclamó Masters—. Servirse, para «jugar al Crimen», de un arma susceptible de ocasionar un serio accidente... No lo felicito por haber accedido al deseo del señor Keating, señor Gardner.

—¿Por quién me toma usted? —preguntó este último—. Tengo más sentido común que todo eso. Trate de descargar ahora el Remington, y comprenderá. Es necesario *armarlos* antes de tirar. A nadie se le ocurre, en nuestros días... salvo Vance, empero. Bartlett y yo le gritamos, precisamente, que tuviera cuidado, porque

había armado este maldito revólver. Vance nunca ha hecho otra cosa que... ¡Hum! Perdón, Francés. He ahí por qué, al enterarme del crimen verdadero, encaré la posibilidad de otro accidente, inspector. Hasta llegué a pensar en una torpeza de parte de Vance, porque nadie podía tenerle ojeriza. Pero descarté la hipótesis de un accidente, o de un error, al descubrir que dos disparos habían sido efectuados. Una descarga involuntaria, con un revólver armado, sí. Pero fue preciso armar el gatillo entre los dos tiros; nos encontrábamos, pues, en presencia de un crimen.

El hecho de que el asesino hubiese armado dos veces consecutivas su revólver, hacía su gesto más odioso aún, parecía. Pollard miró a la asistencia. Francés Gale estaba más rosada que de costumbre desde el principio de la conversación; había esbozado el gesto de levantarse, pero *Sir Henry* la retuvo. A despecho de su evidente nerviosidad, Philip Keating parecía aliviado de un gran peso. Benjamín Soar fumaba un cigarrillo, enviando hacia el techo, espesas nubes de humo.

—Si su explicación es verídica, y admito que se precisaría ser idiota para arriesgarse a sufrir el desmentido de los otros dos testigos, la escena del lunes queda reducida a sus justas proporciones —dijo el inspector a Gardner—. Pero ¿a qué nos conduce esto?

—¡Bondad divina! —Exclamó *Sir Henry* con una energía súbita—. ¿Cree usted, por ventura, que no hemos hecho más que despejar un trozo de terreno? No, querido, la deposición del señor Gardner es el «faro» que ilumina todo el caso.

—¿Me autorizan a formular una pregunta a mi turno? —Inquirió Gardner—. ¿Cómo ha podido llegarles una versión tan errónea del incidente del lunes a la noche? De parte de Bartlett o de Hawkins era de esperarse indiscreciones; pero estaban presentes y...

—Bartlett y Hawkins están fuera de cuestión —interrumpió *Sir Henry*—. El informe provenía del señor Philip Keating. También él fue testigo (hasta cierto punto) de la escena.

Philip se adelantó; sentíasele animado del deseo de arreglar las cosas.

—Ron, mi viejo, le debo excusas —comenzó—. Usted comprenderá, estoy seguro, que no obré con ninguna mala intención respecto a usted. Pero la ley es la ley, ¿no? Un hombre está obligado a decir a la policía lo que sabe; de lo contrario, ¿qué sería de la sociedad?

Gardner pestañeó.

—¿Nos vio usted? Poco importa la suerte de la sociedad. ¿Dónde diablo estaba?

—En la galería, viejito. Los vi apenas y no los oí muy bien. Pero ¿cómo podía sospechar que ensayaban ustedes sus papeles de asesino y de detective? Hubiera debido entrar, evidentemente. Mas, pensé que sobraban ustedes tres para dominar a Vance, que se tornaba peligroso...

—No se disculpe, hombre, que no hay ningún mal en ello...

Gardner contempló con ojos divertidos a Philip, antes de romper a reír.

—¡Pero ahora que caigo! Es ésta la explicación de su aire misterioso en casa de

los Derwent, la noche del martes, y la causa de...

Miró a Francés Gale, que desvió los ojos.

—Volvamos a nuestro asunto, joven —intervino *Sir Henry*—. ¿Qué hicieron ustedes el lunes por la noche, terminado el ensayo de su golpe teatral?

—Vance estaba de muy buen humor... nos pescamos una borrachera, para no ocultarle nada.

—Qué repugnante —dijo Francés Gale.

—Incontestablemente —asintió Gardner.

—Keating estaba de muy buen humor, dice usted —insistió *Sir Henry*—. ¿Se regocijaba con la idea de brillar al día siguiente en el domicilio de los Derwent? Esa disposición de espíritu aparece corroborada por Derwent, que vio a Keating a la mañana siguiente... La ronda ha terminado, Masters. Hemos vuelto a nuestro punto de partida, a la vieja cuestión que permanece sin respuesta: ¿Por qué Keating renunció de pronto al *Murder Party* del martes a la noche? La importancia de esta pregunta aumenta a cada segundo. Masters, Keating se relamía por anticipado con la perspectiva de esa reunión, en la que pensaba obtener todo un éxito, cuidadosamente preparado. Sin embargo, cambió de opinión entre la visita de Derwent y la llamada telefónica de la señorita Gale. ¿Por qué? Créame, Masters, la identificación de la persona que se alzó con el revólver es cosa secundaria. El escenario se ha desplazado. Necesito, actualmente, un informe detallado de las idas y venidas, conversaciones y entrevistas de Keating en el curso de la jornada del martes. Cuento mucho con su ayuda de cámara para este objeto. Pero, entre tanto, ¿alguno de ustedes vio a Keating el martes, señores?

Gardner fue el primero en responder a la pregunta, que tanto se dirigía a Philip y a Soar, como a él:

—No. En cambio, lo vi ayer, miércoles, dos horas antes de su muerte. Vance me recibió abajo, en su departamento.

Philip Keating tomó después la palabra:

—Telefoneé dos veces a Vance, desde mi oficina, el miércoles por la mañana y por la tarde. Pero no lo vi en todo el martes.

Sir Henry volvió la cabeza hacia Soar, no sin dificultad; su almidonado cuello le impedía los movimientos.

—¿Y usted, mi joven amigo? —preguntó.

Soar aplastó su cigarrillo en el cenicero; luego cruzó los brazos y sonrió, respondiendo:

—Tengo la impresión de que este interrogatorio se dirige a mí. No, créame, no busco en absoluto un subterfugio. Estoy perplejo, nada más.

—Va usted a comprender, joven. Hemos encontrado tres indicios materiales en el asesinato de Keating.

—Del mismo modo que el proyecto del juego al Crimen comportaba un indicio material —concluyó Soar.

—Sí. Ha captado usted la relación que se impone, tanto más, cuanto que ninguno de los tres indicios en cuestión significa gran cosa, a primera vista; son: una cigarrera, un sombrero caído del cielo y esto... Páseme la valija, Masters.

Obedeció el inspector, y *Sir Henry* abrió la valija y extendió sobre sus rodillas el tapete milanés de plumas de pavo real tejidas en oro, de una belleza deslumbradora en aquella austera decoración.

—Los mismos periódicos le habrían informado que las tazas estaban dispuestas sobre este tapete —prosiguió *Sir Henry*—. En el transcurso de una conversación que sostuve con él ayer noche, Derwent me dijo que Keating le había comprado este precioso objeto la víspera de su muerte, y con el mayor misterio, señor Soar. Jem Derwent declara saber el hecho por usted, y lo conozco bastante para saber que no ha podido edificar toda una mentira. Pero me ha parecido advertir en él una reticencia mezclada de turbación... Haga el favor de darme algunos detalles respecto a esa transacción secreta.

CAPÍTULO XII

EL TAPETE DE ORO

Soar encendió otro cigarrillo.

—Estoy a su entera disposición para responder a todas las preguntas que desee usted formularme —dijo.

—Perfectamente. ¿Keating le compró este tapete?

—Sí, y no. ¡Eh, inspector! Permítame que me explique, antes de empujarme contra la pared, como al amigo Gardner. Me esfuerzo en decirle la verdad íntegra... y no es fácil. El martes (el día que le interesa a usted, ¿no?), el martes, digo, un cliente que manifestó llamarse Vance Keating, me telefoneó a mi oficina para comprarme ese tapete, que debía ser enviado inmediatamente a la señora de Jeremy Derwent, 33, Vernon Street.

—Escriba. Bob —ordenó Masters a Pollard.

—«Un cliente que manifestó llamarse Keating» —repitió *Sir Henry*—. Si mal no comprendo, ¿dudó usted de que fuese Keating?

—No llegué hasta eso —respondió Soar—. Keating era la impaciencia personificada: le ocurría a menudo tratar asuntos importantes por teléfono.

—¡Ya hemos tenido una muestra! —Exclamó Masters—. Compró una casa por teléfono, horas antes de ser asesinado. Continúe, señor.

—Además, Keating y la señora de Derwent habían admirado juntos ese tapete en mis galerías, pocos días antes. He aquí los hechos, señores. El resto, en verdad, no me concierne. Encargué de la comisión a mi secretario, el señor Wyvern. Me informó al regresar de Vernon Street, que había entregado el paquete a la criada de los Derwent, que vino a abrirle la puerta. Sólo una cuestión me preocupaba: no me sentía absolutamente seguro de haber tenido al señor Keating al otro extremo del hilo... A propósito, va que le agradan a usted las precisiones, la llamada telefónica me llegó a las trece, en el momento en que iba a salir para almorzar.

—¿De qué previno su vacilación?

—De la reflexión, sobre todo, de que la voz del que llamaba parecía pertenecer a una persona de más edad que Vance. Decidí asegurarme al entrar en el *restaurant* y llamé a Keating con el pretexto de averiguar si había interpretado bien sus órdenes. Keating negó todo lo de la llamada telefónica y el pedido formulado en su nombre.

—¡Diablo! La situación era bastante embarazosa, ¿eh?

—Sí, tanto para uno como para otro. Tengo la impresión de que Keating dudaba interiormente de mi buena fe; lo cual me molestó, naturalmente. Me dijo que, vistas las circunstancias, compraría el tapete enviado a la señora de Derwent, a lo que respondí que «vistas las circunstancias», la prenda no estaba a la venta. La discusión se prolongó en aquel tono durante un tiempo, y Keating la terminó rogándome que no lo rebajase a los ojos de la señora de Derwent y dejara creer a ésta que

verdaderamente había abrigado la intención de hacerle un obsequio. Le he citado casi textualmente sus palabras, que no dejarán de parecerle extrañas, como a mí mismo, en el primer momento. Acepté a condición de que adquiriese el tapete a mitad de precio.

Sir Henry guiñó el ojo.

—¡Hum! ¿Le dio estos detalles a Derwent, la noche del martes? Me ha dicho que rozó usted el asunto, «de paso».

Soar pareció divertido.

—Tiene usted reputación de gran inteligencia, Sir Henry —dijo sonriendo—. Quedo por consiguiente dispensado de responder a su última pregunta. ¿Un médico habla de los riñones de su paciente? No. ¿Un hotelero pide el certificado de matrimonio del señor y la señora de John Smith para darles una pieza? No. ¿Un comerciante hace incidentalmente alusión a un negocio confidencial? Tampoco. Yo tenía mis razones para enterar a Derwent que Keating había comprado el tapete milanés, deslizándolo sobre esto ciertas alusiones que él era libre de interpretar a su modo. Póngase en mi lugar: Keating y yo habíamos sido víctimas de una broma inexplicable, costosa y quizá no desprovista asimismo de peligro. ¿Quién me ordenó enviar el tapete a la señora de Derwent, haciéndose pasar por Keating? ¿Qué objeto perseguía el misterioso desconocido? Deseaba descubrir si Derwent se hallaba al corriente... si sabía que su mujer había recibido el presente, quiero decir.

—¿Lo sabía?

—No. Nada me dijo, en todo caso, y apostaría que observó la misma prudencia respecto a él —concluyó Soar con una sonrisa irónica.

Masters intervino:

—Ese tapete es extremadamente importante. Si podemos probar que la señora de Derwent lo tenía en su poder antes del asesinato de Keating... Está de más insistir, todos ustedes me comprenden. Su secretario lo entregó a la criada, dice usted. ¿Lo dio ésta a su patrona?

Soar respondió, clavados los ojos en la punta de su cigarrillo:

—Es infinitamente probable, inspector. Pero yo no asistí a la escena y no puedo hacer su trabajo.

—Si es «mi trabajo», era su tapete —replicó Masters—. ¿Interrogó usted al menos a la señora de Derwent sobre ello?

—Sí. Sin otro resultado que hacerla volverse a su pieza a las veintiuna y media con una fuerte jaqueca.

—¡Ah! —Profirió Masters—. ¿Qué le dijo usted exactamente, señor Soar? Una frase por este estilo, sin duda: «¿Le agradó el tapete? Es muy bonito, ¿no?». No había en ello indiscreción ninguna de su parte, puesto que el tapete provenía de su tienda. Oigo desde aquí la respuesta bien femenina de la señora de Derwent: «Es un primor. El señor Keating se ha mostrado verdaderamente muy amable al ofrecérmelo».

—Era también una respuesta así lo que yo esperaba, inspector. Pero la señora de

Derwent no me dio ninguna; sufrió bruscamente una fuerte jaqueca. Por eso, sorprendido de su conducta, resolví sondear a su marido...

Soar frunció el ceño.

—... Si mal no he comprendido, ha tenido usted ocasión de apreciar a la señora Derwent en su justo valor, inspector. ¿Mi fracaso no lo asombrará, presumo?

Masters hizo una señal de asentimiento.

Soar se volvió hacia *Sir Henry*.

—Espero haber respondido de manera satisfactoria a su pregunta concerniente al tapete propiamente dicho. ¿He logrado arrojar un poco de luz sobre el brusco cambio de decisión de Keating? Lo dudo. ¿Cree usted que ese incidente lo haya contrariado al punto de hacerle renunciar a la velada de los Derwent?

—No.

—Ni yo tampoco. Keating se resignó a ser el pavo de la boda antes que confesar a la señora Derwent que nunca había tenido intención de ofrecerle aquel regalo principesco. ¿No es la mejor prueba de sus sentimientos? Keating estaba locamente enamorado de la señora de Derwent y...

Francés Gale se levantó sin una palabra y abandonó la pieza golpeando la puerta tras de sí.

—¡Qué imperdonable error! —dijo Soar con calma—. Mucho daría por poderle presentar inmediatamente mis excusas.

Ronald Gardner lo miró con fijeza.

—Todas mis felicitaciones —dijo—. Sus comentarios han debido serle muy agradables a Francés.

—¿Trató usted de detenerme?

—No. Yo... no lo pensé, le confieso. Posee usted el don de hacerse escuchar.

—Vaya a consolarla, feliz mortal.

—Gracias. Voy ahora mismo.

Gardner salió a su turno. La escaramuza había sido tan rápida e imprevista, que los testigos no tuvieron tiempo de intervenir. Soar, que había hablado entre dientes, acababa de mostrarse a ellos bajo una faz desconocida. *Sir Henry* dio una nueva muestra de prudencia guardando sus reflexiones para sus adentros, y Masters aprovechó la circunstancia para sacar otra vez a relucir un asunto que lo traía preocupado.

—Contrariamente a *Sir Henry*, me interesaría saber quién robó el revólver el martes a la noche. A despecho de sus explicaciones, ¿continúa usted creyendo que sea el señor Gardner, señor Soar?

Philip Keating se engalló.

—Vamos, Ben, ¿espero que no renegará de sus propias palabras? ¡Comienzo a cansarme de aparecer siempre en error y pasar por un mentiroso a los ojos de la policía! Me dijo usted casi textualmente lo que sigue: «¡Al diablo con este Gardner! Se llevó el revólver que me había prometido. ¿Se tratará de un desaire deliberado?».

He procurado cumplir mi deber de ciudadano permaneciendo imparcial y...

—Sus intenciones son excelentes, nadie lo duda —respondió el otro—. Pero, sin ánimo de ofenderlo, a cada paso lo traiciona su detestable memoria... No soy el único en haberlo notado. Recuerdo efectivamente haber pronunciado algo por el estilo, pero continué en seguida en estos términos: «No, es imposible, el revólver se hallaba sobre la chimenea del salón a las veintitrés y media, y Gardner no entró después».

—¿Cómo lo sabía usted? —preguntó Masters.

—Salí del escritorio detrás de Derwent y Gardner, y los había visto atravesar el *hall* para ganar la puerta de entrada, inspector.

—Todo el mundo puede olvidar un detalle de ese género —refunfuñó Philip—. Buscaba mi sombrero, que alguien había ocultado. A falta de cosa mejor, conozco los movimientos de cada uno de nosotros.

Soar aplastó su cigarrillo. La pieza habíase obscurecido gradualmente y Pollard creyó oír un lejano redoble de truenos. ¡La tormenta esperada desde varios días atrás al fin se acercaba!

—Discúlpeme que vuelva a contradecirlo —dijo Soar—. Estos señores lo han interrogado probablemente acerca de mis idas y venidas; ¿qué les ha respondido? No puede usted jurar que no me haya llevado ese maldito revólver, y, recíprocamente, no puedo responder de usted. En fin, no podemos afirmar ni uno ni otro que una tercera persona (la señora de Derwent, por ejemplo), no lo haya substraído. Nadie parece haberse ocupado de la señora de Derwent, bajo pretexto que escapó a toda observación a partir de las veintiuna y media.

—No pierde usted la brújula, señor, esa justicia hay que hacerle —hizo notar Masters.

—Tomemos otro ejemplo —continuó Soar—. Yo no dispongo de coartada para la hora del asesinato de Keating. Contrariamente a mi costumbre, abandoné mi oficina de New Bond Street a las dieciséis, ayer. Me mudo en estos momentos, lo que me representa un sobrecargo de ocupaciones. Parece usted sorprendido, inspector; sin embargo, a todos les ocurre eso de cambiar de domicilio, le aseguro. Abandoné mi oficina a pie, y nadie me vio... A usted toca decidir si esta ausencia de coartada prueba mi culpabilidad o mi inocencia.

—¿Qué piensa usted personalmente de este asunto, señor Soar? —preguntó Merrivale a boca de jarro.

—Permítame responderle con otra pregunta, *Sir Henry*. ¿Cree usted en el diablo?

—No.

—¡Qué lástima! Si se hubiese usted encontrado en casa de los Derwent, el martes a la noche, habría podido cambiar quizá de opinión. Digo «quizá» porque ciertas personas, Derwent entre otras, son profundamente materialistas.

—¡Humm! ¿El diablo estaba con ustedes?

—Sí. No hablo de un Mefistófeles de ópera, con calzones encarnados, ni del espantoso ser con cuernos que asedia las imaginaciones infantiles. Hablo del diablo.

Tal vez capte usted el matiz. Se sorprendió usted, inspector, que no haya yo conseguido obtener una respuesta de la señora de Derwent cuando la interrogué respecto a esto...

Soar levantó el tapete dorado, que onduló y resplandeció.

—Lo comprenderá mejor cuando conozca las circunstancias en que la interrogué. La ocasión de un aparte no se presentó sino en el transcurso de la partida de Crimen que jugamos antes de las veintiuna y media; estuvimos todos reunidos en el salón hasta ese momento, ¿entiende?

»Las luces se apagaron, comenzó el juego. Deambulamos en la obscuridad, seis personas inteligentes, hipnotizadas por el pensamiento del crimen... Fue entonces que sentí una presencia extraña: la del diablo. Impresión que escapa al análisis, es cierto, pero ya sentida en otras dos o tres circunstancias. Procuré seguir a la señora de Derwent a favor del claro de luna que penetraba por las ventanas y permitíanos distinguir las sombras. Pero perdí su rastro.

»Entré por último en el escritorio de Derwent, débilmente iluminado por un rayo de luna. La señora de Derwent yacía sobre un canapé, en un rincón de la pieza, vuelta la cabeza hacia una de las ventanas. Una cuerda anudada bajo la oreja circuía su cuello, y clavaba sobre mí sus dilatados ojos. La sangre se heló en mis venas...

La voz de Soar llenaba el silencio del escritorio invadido por las sombras.

—... La explicación de aquel cuadro era fácil: la señora de Derwent acababa de ser «asesinada» por uno de los jugadores y esperaba el número convenido de segundos para dar la señal. Eso es lo que hubiera yo debido decirme. Pero una atmósfera de misterio envolvía la escena, dándole un carácter profético. Me dirigí a la señora de Derwent, sin alzar la voz, y como quien habla en sueños: «Recibió usted un hermosísimo regalo de un amigo, esta tarde. ¿Cuánto tiempo hace que acepta usted esos obsequios?».

«Profeso horror a la exageración. Pero cuanto más pienso en aquel instante, más se confirma mi impresión de haber sido rozado por la muerte. ¡Entendámonos! El peligro no emanaba de la señora de Derwent. Era ajena a él, yaciente allí como una hermosa muñeca de cera; la “amenaza” se ocultaba detrás de ella. Balbuceé algunas palabras; después dio la señal que atrajo a los otros jugadores. Encendidas otra vez las luces, el escritorio readquirió su acostumbrado aspecto».

La campanilla de la puerta de entrada resonó en aquel momento, disipando la especie de hipnotismo ejercido por la voz de Soar sobre su auditorio. El encanto estaba roto. Philip Keating fue a abrir la puerta; regresó anunciando que Alfred Bartlett, el ayuda de cámara de Vance Keating, y W. Gladstone Hawkins, maître d'hotel, acababan de llegar. Entregó además a Merrivale una carta dirigida de Whitehall por la señorita Folliot.

—No nos desagrada una historia de espectros, de vez en cuando, señor —declaró Masters—. *Sir Henry* y yo estamos habituados a ellos. Pero conceder al suyo el valor de un testimonio... ¡no! Debo advertirle igualmente que la señora de Derwent

dispone de una coartada irrefutable para la hora del verdadero crimen.

—Creía haberme hecho entender claramente, inspector. Lejos de mí la idea de tratar de implicar a la señora de Derwent en este asunto.

—¿Le es simpática?

—Vaya, sí.

—¿Y el señor Derwent? Es un personaje bastante hermético, ¿eh? Aquí, entre nosotros, me gustaría saber qué hacía ayer por la tarde, a las diecisiete...

—Puedo informarle acerca de ese punto —interrumpió Soar con una ancha sonrisa.

—Lo escucho, señor.

—Derwent aguardaba una audiencia del jefe de policía en la sala de espera de ese elevado funcionario.

Masters soltó un juramento, lo que no le ocurría jamás, por así decirlo, mientras estaba de servicio. Un nuevo tableteo del trueno, más próximo esta vez, estremeció los vidrios; la obscuridad crecía de segundo en segundo. El inspector miró a *Sir Henry*, que rompió el sobre dirigido por su secretaria.

—Tenía usted perfecta razón —le dijo Masters—. Se burlan de nosotros. ¿Está seguro de lo que afirma, señor Soar?

—No. No acompañaba a Derwent, por desgracia. Pero estoy convencido que se guardaría como de la peste de mentir en un caso semejante. ¿Han sabido ustedes, sin duda, que pretende reabrir el caso Dartley?

—Él caso Dartley... A eso iba, precisamente. ¿No habrá dejado usted de notar la extraña similitud de los dos sucesos? Dartley, asesinado cerca de unas tazas de té adornadas con plumas de pavo real; Keating, muerto cerca de este tapete ornado también con plumas de pavo real. Ahora bien; las tazas y el tapete proceden de su negocio.

—Encuentro singular el hecho —declaró Soar en tono seco—. Pero soy incapaz de explicarlo, si esto es lo que desea usted.

—¿Oyó usted alguna vez hablar de una sociedad secreta llamada «Las Diez Tazas de Té»?

Soar alzó vivamente los ojos.

—¿La antigua pista, inspector? No, jamás he oído hablar de un modo positivo. Pero me inclinaría a creer en su existencia, de acuerdo a ciertos rumores bastante vagos...

—La situación es la siguiente —interrumpió Masters—. Desearíamos saber si los signos, tales como la abstención de fumar, las plumas de payo real y principalmente esas malditas tazas de té, encierran un sentido esotérico. La hipótesis de una sociedad secreta ha sido formulada, pero ¿qué relación pueden tener las tazas de té con un rito religioso?

—¿No se atreve a aventurar una opinión cualquiera?

—No. Las tazas de té son objetos demasiado usuales; estas tres palabras evocan

para mí una escena familiar: un buen fuego chisporroteando en la chimenea del living room, una taza de té con mucho azúcar y un dedo de leche... No puedo ver, en una taza de té, un símbolo de peligro y de crimen.

—Perfectamente. Sin querer ofenderlo, ha conservado usted la imaginación de un colegial, señor Masters. Es de temer que así sea. Únicamente puñales cruzados, un armario de venenos o manos ensangrentadas tienen un sentido siniestro a sus ojos. ¿Se halla usted un poco documentado respecto a la historia del té?

—No... Espere... ¡sí! Tenso el informe del conservador del South Kensington Museum en mi cartera...

El inspector buscó el documento en cuestión y le leyó en alta voz:

—«Como el té no fue introducido en Europa sino a mediados del siglo XVII, no vienen a ser en realidad tazas de té, a pesar de que su forma lo haría suponer...».

—Alto ahí, inspector —interrumpió Soar—. Le aclararé lo que su informante quiere decir (que hallará en todas las obras que tratan de la cuestión). El té no se volvió de uso corriente en Europa sino hasta mediados del siglo XVI. Fue en realidad importado de China desde los comienzos de las relaciones comerciales entre ésta y Portugal e Italia, en 1517, lo que justifica perfectamente la fecha de fabricación de las tazas (1525). Su uso no se difundió. Difícilmente comprendemos, hoy en día, cómo este agradable brebaje cotidiano fue considerado en sus orígenes una droga exótica y peligrosa. Pero los hechos cantan. Por no hablar más que de Inglaterra, la ojeriza contra el té duró hasta fines del siglo XVIII, ¡y una eminencia médica llegó al extremo de declararlo tan nocivo como el opio! ¿Nunca oyó hablar del poder alucinatorio del té verde? Le Fanu ha escrito un libro al respecto.

Masters protestó, no sin una cierta impaciencia:

—¡Vamos, señor Soar! ¿No irá usted a abrigar la pretensión de hacerme creer que los italianos del siglo XVI formaron una sociedad secreta para beber té? Es inadmisibile.

—¿La idea choca a su romántica alma? —dijo Soar.

La flecha, admirablemente dirigida, arrancó un gruñido a Masters... Soar prosiguió:

—En ese caso, consuéllese, inspector. El té de aquella época era de una calidad muy diferente del que bebemos. Salvo error de mi parte, era té verde, muy opiado. ¿Ha leído en *The Romany Patteran*, el relato de viaje de Gardner? En ese libro, Gardner refiere que halló en el alto Brasil una pequeña colonia portuguesa, muy antigua y tradicionalista, que había conservado esa costumbre. ¿Cómo misteriosas prácticas, nacidas en Lisboa, Milán o Toledo, hace cuatrocientos años, han podido florecer en la sombra, en el corazón del Londres moderno? Todo lo ignoro de la sociedad de «Las Diez Tazas de Té» y de sus ritos. Pero sé esto: entre 1525 (fecha de la fabricación de las tazas) y 1529, la Inquisición procedió con rigor extremo en Europa meridional. Cuatro veces, dos grupos de diez personas —cinco mujeres y cinco hombres— fueron ahorcados y quemados sin que ningún detalle de los

procesos trascendiese nunca. Reflexione, inspector.

Pollard miró a *Sir Henry*, que no había pronunciado una palabra después de leer la carta enviada desde su despacho. Con una mano haciendo sombra sobre sus ojos, había conservado una inmovilidad desconcertante durante el diálogo de Soar y de Masters. Descubrió al fin su mirada, diciendo:

—He debido dormirme. Síganme. Les diré algo.

Sir Henry volvió a cerrar la puerta del salón tras sus compañeros y él. Luego tendió al inspector un billete anotado por su secretaria: «Esta carta se encontraba en el primer correo de la mañana, que rehusó usted abrir. He creído útil remitírsela inmediatamente». Una ventana iluminaba débilmente la galería; Masters se aproximó para leer el mensaje dactilografiado.

Habrá diez tazas de té en el número 5 bis, Lancaster Mews, W. I., el jueves 5 de agosto a las veintiuna y treinta. Sir Henry Merrivale queda invitado a asistir a una demostración, lo mismo que todas las personas que desee llevar.

Pollard no vio más, pues la noche cayó bruscamente. Una lluvia torrencial azotó la ventana... la tormenta acababa al fin de estallar.

CAPÍTULO XIII

UN DOCUMENTO IMPORTANTE

Esa misma noche, a las diecinueve, en el autobús que lo llevaba hacia el restaurante donde debía comer con *Sir Henry* y *Masters*, *Pollard* sacó de su bolsillo el proceso verbal de la deposición de *Alfred Edward Bartlett*, ayuda de cámara de *Keating*. El sargento lo había leído ya y releído; pero estaba decidido a recomenzar tantas veces como le fuera necesario para comprender el comentario de *Sir Henry* al respecto. ¿No había éste declarado que, a despecho de su aparente trivialidad, indicaba aquel testimonio la resolución del problema?

Pollard tornó a ver a *Bartlett* respondiendo al interrogatorio que *Merrivale* y *Masters* le hicieron sufrir en *Lincoln Mansions*, al principiar la tarde. A *Alfred Bartlett*, con su nariz aguileña, sus cabellos canosos, su aire tranquilo, y dueño de sí... La primera parte de su declaración, corroborada por *W. S. Harwkins*, el maître d'hotel, confirmó la explicación suministrada por *Gardner* acerca del incidente del lunes a la noche. De pie, cruzadas sus anchas manos blancas, *Bartlett* respondió con voz reposada y sin manifestar la menor nerviosidad, contrariamente a la actitud habitual al día siguiente de un crimen. *Pollard* se enfrascó en su lectura.

P. (de Masters): En resumen, declara usted que el disparo partió accidentalmente cuando el brazo del señor Keating chocó con la lámpara, y que el taco del cartucho sin bala rompió un vaso, sobre la bandeja que llevaba usted. ¿Es así?

R.: Sí. El proyectil rompió el vaso a menos de una pulgada de mi mano. Del sobresalto, dejé caer la bandeja sobre la mesa.

P.: ¿A qué distancia estaba usted del señor Keating, en ese momento?

R.: A seis o siete pies, aproximadamente.

P.: ¿Podía usted ver la puerta de la galería desde su sitio?

R.: Sí. Pero no miraba hacia ese lado.

P.: ¿No vio usted, entonces, al señor Philip Keating?

R.: No.

P.: ¿Qué hicieron el señor Vance Keating y el señor Gardner después de ese incidente?

R.: Se pusieron a cenar. Concluyeron la velada charlando y bebiendo.

P.: ¿Bebieron mucho?

R.: Sí.

P.: ¿Estaba usted con ellos?

R.: Sí. El señor Keating me había ordenado permanecer. He sido barman y conozco todas las preparaciones de cocktail.

P.: ¿El señor Keating habló de las diez tazas de té o de una cita para el miércoles?

R.: No, pues de lo contrario yo lo habría advertido sin duda.

P.: ¿El señor Gardner y él hablaron de las personas pertenecientes a su grupo?

R.: Sí. Pero permaneciendo en un terreno superficial.

P.: ¿El señor Keating parecía estar en buenos términos con esas diversas personas?

R.: En excelentes términos. En un momento dado, quiso llamar a la señora de Derwent por teléfono, pero se lo impedimos porque era ya la una y media.

P.: ¿Habló mucho de la señora Derwent?

R.: No más que de costumbre.

P.: ¡Vamos, Bartlett, nada de subterfugios, haga el favor! ¿Qué dijo el señor Keating de la señora de Derwent?

R.: Que se acostaría con ella, de grado o por fuerza, y antes de lo que pudiera pensarse.

P.: ¿Qué respondió el señor Gardner?

K.: «Muy bonito. Aprovecha ahora que puedes; pero harás bien en moderarte cuando estés casado». «Bien, bien», rezongó el señor Keating. Luego se estrecharon cinco o seis veces la mano y brindaron para sellar la reconciliación.

P.: ¿Está usted seguro de haber oído todas las palabras del señor Keating y del señor Gardner?

R.: Sí. Me quedé hasta la partida del señor Gardner, que rehusó tomar el ascensor para descender. Pero como las escaleras son fatales para los ebrios, el señor Keating resolvió acompañarlo. Seguí a los señores, temiendo que no llegasen abajo o que se pusieran a cantar.

P.: Hábleme del día siguiente. ¿El señor Keating recibió cartas, llamadas telefónicas o visitas el martes por la mañana?

R.: El primer correo no trajo ninguna carta. P.: ¿A qué hora se levantó el señor Keating? R.: Se despertó a las diez; pero se quedó en la cama, la cabeza envuelta en una toalla mojada, hasta eso de las trece. El señor Derwent vino a verlo a las once y minutos; lo recibió en su cuarto.

P.: ¿El señor Derwent venía a menudo?

R.: No, era su primera visita, que yo sepa.

P.: ¿De que hablaron esos señores?

R.: Lo ignoro. La puerta de la pieza del señor Keating estaba cerrada, de modo que no oí una palabra de la conversación.

P.: ¿La entrevista fue amistosa hasta donde le es posible juzgar?

R.: Tengo esa impresión. El señor Derwent ofrecía un aire muy natural al salir de esa visita; el señor Keating lo mismo.

P.: ¿El señor Keating recibió otras visitas en el curso del día?

R.: No. El señor Soar telefoneó a eso de las catorce, respecto a un tapete de oro, he creído comprender.

«Acerca de este punto, el testimonio del ayuda de cámara confirma el de Soar», pensó Pollard. Bartlett asegura que su patrón jamás pidió el objeto de referencia, y que no llamó a Soar a las trece. El testimonio echa un gran peso en favor del anticuario en la balanza.

P.: ¿El señor Keating hizo reflexiones acerca de ese malentendido?

R.: Mostraba bastante descontento, pero se abstuvo de todo comentario.

P.: ¿Qué ocurrió después?

R.: El señor Keating tomó un baño de vapor. Le pregunté entonces qué traje habría de prepararle para la velada. «Ninguno —me respondió—. No saldré».

P. (de Sir Henry): ¿Esa decisión lo sorprendió a usted?

R.: Vivamente.

P.: ¿A qué atribuyó ese cambio de proyecto?

R.: A la dificultad sobrevenida con el señor Soar con motivo del tapete. No era sino una hipótesis, naturalmente, y no procuré saber más, pues los asuntos personales de mi patrón no me atañen.

P. (nuevamente de Masters): ¿El señor Keating recibió otras llamadas telefónicas ese día?

R.: La señorita Gale lo llamó a eso de las diecisiete. Pero me hallaba en la cocina en ese instante, y no oí una palabra de su conversación.

P.: ¿Cómo pasó su patrón la velada?

R.: En su casa. Me había enviado a comprar una media docena de novelas policiales, y leyó mientras escuchaba la radio.

P.: ¿Era casero, habitualmente?

R.: No. Pero le ocurría de vez en cuando pasar una velada en su casa.

P.: Llegamos al miércoles... el día del crimen. ¿El señor Keating recibió cartas esa mañana?

R.: Sí. Recibió una que pareció agitarle muchísimo.

P.: ¿La leyó usted?

R.: No, naturalmente. Pero contenía dos llaves.

P.: ¡Ah! ¿Cree usted que serían las del 4, Berwick Terrace?

R.: Ahora sí. Pero esto no me concierne.

P.: ¿En qué empleó el señor Keating esa mañana?

R.: No permaneció un segundo en el mismo sitio; a mediodía anunció su intención de salir. Cuando se iba...

P.: Un momento, haga el favor. Fíjese en este sombrero gris que lleva el nombre: «Philip Keating» en su interior. ¿El señor Vance Keating lo llevaba al salir el miércoles por la tarde?

R.: No. Este sombrero no le pertenecía.

P.: ¿Qué sombrero llevaba, entonces?

R.: Ninguno. Casi siempre salía en cabeza.

Aquí, una viva discusión había estallado; Pollard recordaba cada detalle de la escena. El interrogatorio de Bartlett tuvo lugar en el salón de Philip Keating, los otros testigos fueron excluidos. Pero llamaron a Philip, lo mismo que al portero del inmueble, para asistir a esta parte de la deposición del ayuda de cámara. El portero declaró que Vance Keating, tocado con un sombrero gris, salió a eso del mediodía, el miércoles. Mas Bartlett mantuvo a pesar de ello sus afirmaciones: Keating había abandonado su departamento con la cabeza descubierta.

P.: ¿El señor Keating pudo tomar ese sombrero en alguna parte, entre el instante en que salió de su casa y aquél en que atravesó el hall?

R.: Es posible. Pero yo no estoy al corriente de nada. Tenía la cabeza al aire cuando me dejó. Quienes dijieran lo contrario, mentirían.

P.: ¿Habrá tomado el sombrero aquí, en el departamento del señor Philip Keating?

Philip Keating: No, no y no. Le repito: jamás he visto antes de esta mañana ese maldito sombrero.

P.: ¿Estaba usted en su departamento el miércoles por la mañana?

Philip Keating: No. Estaba en mi oficina, como todo agente de cambio que se respeta.

El interrogatorio de Bartlett continuó después de la partida de Philip Keating.

P.: Sabemos que el señor Keating se trasladó al número 4, Berwick Terrace, al principiar la tarde del miércoles, y que volvió después aquí en taxi, alrededor de las quince. No se quedó más que un instante; ¿cuál era el objeto de esta corta aparición en su casa?

R.: Lo ignoro. Acostumbrado como estaba yo a verlo entrar y salir a todo escape, no me sorprendió en absoluto.

P.: ¿Qué hizo al llegar aquí?

R.: Ganó su cuarto, cuya puerta cerró. Permaneció algunos segundos solamente e ignoro lo que ha hecho en ese breve instante.

P.: ¿Llevaba el famoso sombrero en esos momentos?

R.: Sí. No estaba muy atractivo que digamos y el señor Gardner se asombró. «¿De dónde desenterraste ese casco?», le preguntó al señor Keating.

P.: ¿El señor Gardner? ¿Estaba allí?

R.: Sí. Había llegado unos minutos antes de la vuelta del señor Keating, cuya ausencia lo sorprendió muchísimo, la víspera por la noche. Venía a preguntarle la causa, parece.

P.: ¿Qué le respondió el señor Keating respecto al sombrero?

R.: Una broma... no entendí bien.

R.: Repítala.

R.: *El señor Keating declaró que el sombrero poseía un poder mágico. Añadió: «Tengo que volver a salir. Espérame aquí, que te traeré una noticia sensacional». Salió, dichas estas palabras.*

P.: *¿El señor Gardner lo esperó?*

R.: *Lo esperó hasta las dieciséis y cuarenta aproximadamente. Luego perdió la paciencia y se marchó.*

P.: *¿Ocurrió algo durante la aparición del señor Keating en su casa?*

R.: *No. Se quedó menos de cinco minutos, en total... ¡Oh! ¡Olvidaba! El señor Philip Keating llamó por teléfono; pero mi patrón le dijo que no tenía tiempo de escucharlo. Estos señores cambiaron algunas palabras bastante vivas; como les pasaba algunas veces.*

P.: *¿Bastante vivas? ¿Por qué?*

R.: *Tengo la impresión de que el señor Philip quería pedirle dinero prestado a su primo. Ya había telefonado una vez en el curso de la mañana.*

P.: *¿Puede explicarme cómo un sombrero de serie, por el que se pagaron quince chelines y seis peniques en lo de France Sons, podía poseer un poder mágico?*

R.: *No. Estoy persuadido, por mi parte, que se trataba de un sombrero ordinario. Me he limitado a repetirle las palabras del señor Keating, nada más.*

Pollard llegó a su destino. Continuaba lloviendo a mares, lo que no contribuía a reanimar la moral del sargento, descorazonado por un día de infructuosas pesquisas. El problema referente a la brusca negativa de Keating de asistir al *Murder Party*, permanecía en pie, al igual que el del sombrero sin dueño. Interrogado a su vez, el portero había confirmado en un punto el testimonio de Bartlett: Gardner abandonó efectivamente el departamento de Keating a eso de las dieciséis y cuarenta, el miércoles. El trayecto de Lincoln Mansions a Berwick Terrace podía efectuarse en veinte minutos por el subterráneo (a condición de ser favorecido por una suerte excepcional a cada cambio de línea), de modo que quizá le había sido posible a Gardner hallarse a las diecisiete en el lugar del crimen. Ninguna incógnita se había solucionado, ningún sospechoso había sido suprimido de la lista negra... Era verdaderamente cosa de sentirse desanimado.

Sir Henry y Masters esperaban a Pollard en un saloncito particular del *Green Man*; ambos se hallaban en el mismo estado de espíritu que el sargento. El inspector fulminaba:

—¿Habrán diez tazas de té, esta noche, en el número 5 bis, Lancaster Mews? ¡Bravo! ¡Esta noche! ¿Ese loco furioso se imagina verdaderamente que va a burlarse de nosotros dos días seguidos?

Sir Henry dejó en la mesa el «menú» que estudiaba. Parecía sombrío y preocupado.

—No pierda los estribos, por favor —rezongó—. ¿Está seguro que ese último

mensaje no es una broma, Masters?

—Me he preocupado de averiguarlo mientras dormía usted la siesta hace poco —respondió el inspector—. Hasta donde es posible poseer una certidumbre de este género, abrigo el convencimiento de que no se trata de una jugarreta. Además, ciertos presentimientos rara vez engañan... Trágicos acontecimientos se preparan, *Sir Henry*. Es la primera vez que vuelvo a sentir con tanta intensidad esta impresión desde la guerra.

—Sí, ya sé —murmuró *Sir Henry*—. ¿Qué ha sabido acerca de la casa?

—Lancaster Mews es una callecita situada detrás de Park Lane. Las cocheras y las caballerizas de las grandes mansiones particulares que allí se alzaban han sido transformados en casas burguesas... desde aquí ve usted la clase de calle y de inmuebles. El conjunto no es atractivo, aunque conserva una cierta nobleza. La casa que lleva el número 5 está desocupada desde hace varios meses; pertenece a Lord Heyling, actualmente en viaje. No he podido comunicarme con ninguno de sus allegados, ni con su representante. Poco importa, por lo demás; tengo en mi bolsillo una orden de allanamiento y entraremos cuando sea oportuno.

—¡Vacía! —exclamó *Sir Henry*—. ¿No irá usted a decirme que trajeron hoy el habitual mobiliario?

Masters hizo una señal de asentimiento.

—Sí. Y nadie ha podido darme el nombre de la empresa de mudanzas. El caso toma mal cariz, se lo concedo. Pero ¿por qué se sorprende usted?

Los tres hombres se mantuvieron silenciosos mientras el mozo servía la sopa. *Sir Henry* extendió y cerró su mano musculosa sobre la mesa; aguardó a que partiese el mozo para responder a la pregunta de Masters.

—¡Porque esta nueva comedia no rima con nada, eso es todo! No rima con nada... a menos que la luz que yo principiaba a distinguir se obscurezca repentinamente. En cuyo caso, habría que recomenzarlo todo desde el principio; hipótesis muy probable, dirá usted, sin duda... No, no responderé a ninguna de sus preguntas. ¿Qué medidas ha tomado usted para evitar una nueva zarabanda de tazas?

—La casa está rodeada...

—¡Hum! Las otras dos también lo estuvieron, si no tengo mala memoria.

Los ojos de Masters centellearon.

—Hemos aprendido a conocer a nuestro cliente —repuso—. Por otra parte, ¿quiere indicarme usted las precauciones a adoptar contra un asesino que parece invisible? Pero la ratonera está bien preparada esta vez, y cada media hora recibo un informe de mis hombres. Nadie se ha acercado a la casa en todo el día; la trampa caerá no bien alguien asome la nariz en el interior. Y no es todo: nuestros sospechosos se hallan sometidos a vigilancia desde esta mañana, de manera que no podrían lanzar ni un suspiro sin ser oídos.

—Eso ya está mejor, muchacho.

—En cuanto alguien haya penetrado en la casa, el sargento Pollard y yo nos

pondremos en camino —concluyó el inspector.

—Me impondré la obligación de acompañarlos —dijo *Sir Henry*.

—Tenemos todavía un cierto tiempo por delante, probablemente. Nuestro hombre es muy puntual, a juzgar por sus dos hazañas precedentes: pero estamos prontos. Es lo que no puedo comprender. ¡Sabe que estamos alerta y parece imaginarse que se nos deslizará una vez más de entre los dedos!

Ninguno de los tres comensales hizo honores a la sopa. Preocupaciones más graves los asediaban.

—¡La situación no es, sin embargo, menos oscura! —gruñó *Sir Henry*, tamborileando en la mesa con su cuchara—. ¿El mensaje de esta mañana fue escrito en la misma máquina que los anteriores?

—De todos los documentos concernientes a «Las Diez Tazas de Té», sólo hay dos que hayan sido escritos en la misma máquina —respondió el inspector—. Este aspecto del caso no creo que sea de tenerse en cuenta.

—¿Estaremos en presencia de una banda organizada?

—A usted toca sacar sus conclusiones, señor. Durante su siesta, o sus profundas reflexiones, si lo prefiere, he reunido un cierto número de informes...

El inspector se volvió hacia Pollard.

—A propósito, cuéntenos su visita a la señora de Derwent. Bob. ¿Obtuvo usted más éxito con ella que un viejo policía como yo?

El sargento meneó la cabeza.

—No la he visto —suspiró—. La puerta de su pieza estaba defendida por dos médicos y una enfermera. La señora de Derwent sufría una intensa depresión nerviosa; prohibición absoluta de turbar su reposo. Los majaderos estaban en su derecho y lo sabían. A falta de otra cosa, interrogué a la criada que recibió el tapete de oro de manos del secretario del señor Soar el martes a la tarde. Jura haber entregado el paquete a la señora de Derwent, que se encontraba en su tocador, en el primer piso, con alguien.

—¿Con quién?

—La sirvienta no lo sabe. Se enteró que había alguien en casa al oír a su patrona hablar detrás de la puerta cerrada del tocador. La señora de Derwent entreabrió, tomó el paquete y volvió a cerrar. No pude saber más —suspiró Pollard—. La señora de Derwent me expresó, por intermedio de su enfermera, su pesar por no poderme recibir, a causa de su mal estado de salud. Me hizo también ofrecer una taza de té para indemnizarme de aquel largo viaje inútil.

Sir Henry soltó su cuchara, diciendo:

—¡Qué comediante!

—Era de prever —suspiró *Masters*—. Esa mujer se las arregla siempre para quedar con la última palabra. Ahora hablaré yo. Primero: podemos descartar definitivamente toda hipótesis fantasiosa de personas disimuladas en divanes y de revólveres ocultos en tubos de gas. El inspector Cotteril ha hecho demoler las

buhardillas, por así decirlo, para asegurarse. En cuanto al famoso «escondrijo» del diván pardo, ¡es apenas lo bastante espacioso para contener un delgado paquete de cartas! Me pregunto por qué una muchacha inteligente como la señorita Gale ha podido referirnos esa historia tan tonta. El tubo de gas es un tubo de gas, y no otra cosa. Ni pasaje escondido, ni instalación oculta, ni mecanismo secreto en la pieza...

»Segundo: podemos borrar a Jeremy Derwent de la lista de sospechosos. Está provisto de una coartada irrefutable. Soar se hallaba bien informado. Derwent, sentado en la antecámara, aguardaba una audiencia del jefe de policía a la hora del crimen.

El inspector se detuvo, pues el mozo traía el segundo plato, que debía permanecer intacto.

—Lo llaman abajo, señor —dijo el mozo.

Los tres hombres comprendieron inmediatamente. *Sir Henry* consultó su reloj, cuyas agujas señalaban las veinte y quince. La ausencia del inspector fue muy corta.

—Prepárese, señor —dijo con la mayor calma a *Sir Henry*—. El coche nos espera. Un desconocido acaba de entrar en la casa de Lancaster Mews.

CAPÍTULO XIV

LA VENTANA OSCURA

La obscuridad y la lluvia impedían ver a tres pasos de distancia. Una pared elevada bordeaba el lado derecho de la estrecha calle; casas distintas unas de otras, tan sombrías como si fuesen aún cuadras o cocheras, perfilábanse a la izquierda. Un reducido bolsón perpendicular a Lancaster Mews cortaba a mitad de camino la acera de la derecha; el 5 bis, una casa cuadrada, de dos pisos, ocupaba el ángulo así originado. Los faroles perforaban la sombra a trechos con su indeciso halo.

La puerta principal, provista de un llamador de hierro, del 5 bis daba a Lancaster Mews; la entrada de servicio se hallaba al otro lado, en el callejón. Hubiérase uno creído a mil leguas y no a un centenar de yardas de la animación de Park Lane, en aquel dédalo bien habitado pero más triste que un barrio populoso. Seis hombres vigilaban la casa bajo una tupida lluvia torrencial que ahogaba todos los otros ruidos.

Masters siguió la acera de la izquierda, con Pollard a sus talones. *Sir Henry* cerraba la marcha. Engañado por la obscuridad, el sargento tropezó con su superior cuando éste se detuvo. La voz de un invisible agente sopló:

—Todos están en sus puestos, jefe. Hay tres hombres en la casa, actualmente.

—¿Tres hombres?

—Sí. El primero llegó hace un cuarto de hora, cuando le hice avisar. El otro...

—¿Pudo distinguir sus facciones?

—No. Llevaba un impermeable y un sombrero blando, y caminaba con la cabeza baja, naturalmente. Abrió la puerta principal con una llave y entró como un torbellino. Como la puerta volvió a cerrarse inmediatamente, no he podido ver si encendió o no la electricidad. Él segundo...

—¡Chito! —murmuró Masters.

Pollard creyó verle alzar la mano. Pero la monótona caída de la lluvia dominaba el ruido de las voces.

—Me pareció haber oído algo. Era un error. Continúe. —El segundo llegó dos o tres minutos después del primero. Otro impermeable. Trató de abrir la puerta principal; luego dio la vuelta a la casa y entró por la puerta de servicio. Tengo la impresión que poseía la llave. El tercer desconocido se adelantó a usted en unos minutos. Llevaba una amplia capa y un sombrero blando. Alguien le abrió la puerta principal desde adentro... aunque ninguna luz se filtra al exterior, como puede comprobarlo. Todo esto no presagia nada de bueno.

—¿Cuántas salidas?

—Las dos puertas. Aquí tiene una llave maestra que abre la de servicio.

—Gracias. Quédese en su puesto hasta que... ¡Señor! ¿Qué mosca le ha picado a ese viejo loco?

Masters había levantado involuntariamente la voz. *Sir Henry* atravesaba la calle

con paso decidido, el pañuelo que había extendido sobre su sombrero de copa (un presente de la reina Victoria) para protegerlo de la lluvia, flotando por encima de su cabeza. *Sir Henry* se detuvo delante de la puerta, y a continuación alzó el llamador, que estremeció el silencio nocturno al recaer pesadamente.

Masters cruzó la calle a su turno y Pollard echó a andar detrás. Sólo el eco respondió al aldabonazo. Nadie se movió en la casa. El inspector preguntó entre dientes a *Sir Henry*:

—¿Ha perdido usted la razón? ¿Quiere darles tiempo a prepararse para recibirnos?

—Tenía una idea —cuchicheó *Sir Henry*.

—¡Ah! ¿Era justa?

—No. No haga un gesto ni levante los ojos. Hay una ventana encima de la puerta y veo una mano armada de un revólver en esa ventana... Si no me equivoco, el revólver está apuntando contra usted, Masters.

Azotados por la lluvia, los tres hombres esperaron en una inmovilidad absoluta. Por último, el inspector deslizó un objeto metálico en la mano de Pollard, diciéndole:

—La llave maestra de la puerta de servicio. Reúnase a Sugden y a Wrigth y llévelos al callejón. Envíeme a Banks. Tómese su tiempo. Al primer toque de silbato, entren por la puerta de servicio; Banks y yo forzaremos ésta. Usted, señor, póngase contra la pared a la primera señal.

—¿Por qué exponer inútilmente a unos bravos policías? —preguntó *Sir Henry*—. Siga a su superior, muchacho. *Sir Henry* se alejó de la puerta, seguido de Masters y de Pollard. Dos segundos le bastaron para tornar al abrigo del callejón, donde reinaba una obscuridad total. Al volverse de la puerta, Pollard elevó los ojos hacia la ventana. Una mano enguantada de blanco apareció súbitamente detrás del vidrio; se apoyó en él, extendida, semejante a una estrella de mar.

El agua de los canalones chorreaba en el callejón. Masters preguntó:

—¿Entramos o no entramos?

—Entraremos —respondió *Sir Henry*—, pero por una puerta que no nos conducirá a una muerte segura. ¿Me he equivocado? Quizá. Estaba seguro que no pasaría nada serio esta noche; ahora sabremos a qué atenernos. Abra esta puerta, Bob.

Buscaba Pollard a tientas el ojo de la cerradura, cuando oyó un débil ruido proveniente del otro lado de la hoja. El pestillo giró libremente en su mano.

—Han abierto desde adentro, jefe —dijo—. ¿Tiene una lámpara eléctrica?

Un haz luminoso brotó en el momento de empujar el sargento con el pie el batiente; reveló un largo corredor, bajo de techo, terminado por una puerta entreabierta sobre una pieza débilmente iluminada. Una espesa alfombra amarilla cubría el piso de un extremo a otro del corredor; a cada lado, amplios nichos practicados en las paredes contenían hermosos jarrones antiguos de tornasolados reflejos.

Ninguna mancha de lluvia o señal de pasos veíase en la alfombra, salvo dos o

tres, cerca de la puerta de entrada; pero una aureola más sombría clavó al inspector en el sitio, en mitad del corredor. Tocóla y tendió el dedo a sus compañeros para mostrarles que era sangre. Masters descubrió otra mancha semejante, más pequeña, cerca de la puerta del fondo.

—No cabe duda —sopló el inspector entre dientes.

Luego, empujada la puerta, se halló en una amplia pieza mal alumbrada por una lámpara puesta encima de una mesa entre dos ventanas. Las paredes ostentaban paneles del siglo XVIII, agrietados en algunos sitios y cargados de estantes; sobre la chimenea, un retrato de época más reciente representaba a un anciano de lentes. Mullidos sillones y un diván protegidos con fundas blancas daban a la biblioteca un aspecto de desnudez que chocó a los recién llegados.

Después sintieron olor a humo de cigarrillo.

—Buenas noches, señores —dijo Jeremy Derwent, levantándose de un sillón cuyo respaldo estaba vuelto hacia la puerta—. Los esperaba. Entren, les ruego.

* * *

Sir Henry y sus compañeros lo contemplaron durante algunos segundos. Oían caer el agua de sus impermeables sobre el piso, pero el estupor los privaba del uso de la palabra. El viejo escribano se encontraba de *smoking*, como la víspera. Tenía el aire de haber salido de una caja, y parecía perfectamente a sus anchas en aquella pieza apenas instalada y que sentíase deshabitada. Derwent sostenía un cigarro en una mano; en la otra, un libro con un dedo entre las páginas.

—¡Qué diablo!... —Comenzó Masters.

—Buenas noches, Jem —interrumpió *Sir Henry* con voz calma—. ¡Ah!, las presentaciones primero... Inspector en jefe Masters, el señor Jeremy Derwent.

Derwent se inclinó.

—Estoy encantado de que haya traído usted a la policía, Henry —dijo.

—Exijo explicaciones —lanzó Masters—. ¿Sabe usted que esta casa se halla rodeada, señor Derwent?

—Sí. Lo advertí hace un momento.

La extraordinaria sangre fría de aquel hombre ofrecía algo de siniestro; Pollard experimentó una vez más aquel sentimiento. Masters sacó de su bolsillo el último mensaje recibido por Merrivale.

—¿Usted escribió esto?

—Permítame... Sí, fui yo. Pero quítense sus impermeables y tomen asiento, señores. Están ustedes empapados y...

—Quieto, Masters —refunfuñó *Sir Henry*, apoyando una mano en el brazo del inspector—. Convendrá que se explique usted, Jem. Hemos hecho caso de este aviso porque nuestro hombre ha cumplido hasta ahora su palabra. ¿Una reunión de «Las Diez Tazas de Té» tendrá lugar esta noche? En fin, y sobre todo, ¿es usted el

presidente, el gran lama, o lo que sea, de esa sociedad?

Derwent dejó su libro encima de un sillón.

—Ante todo, yo le doy mi palabra de honor de que no tengo ningún vínculo con una sociedad llamada «Las Diez Tazas de Té», por la sencilla razón de que jamás ha existido.

—¿Jamás existió? —exclamó Masters.

—Tal como le digo. Excúsenme haber recurrido a una pequeña treta, señores. He escrito esa carta a falta de otro medio para atraerlos aquí provistos de una orden de allanamiento y hacer vigilar la casa por la policía. La rapidez era indispensable, así como un efecto moral sobre una cierta persona. Perseverantes diligencias infructuosas ante el director de Scotland Yard me convencieron de la lentitud de la justicia.

—Si nos ha hecho usted venir aquí por una tontería —intervino Masters—, le advierto...

—¡Oh, no! —interrumpió vivamente Derwent—. No podré mostrarles tazas, señores. Pero puedo poner en claro el caso Dartley.

Un ruido de pasos resonó en la escalera. Benjamín Soar entró por una puerta que comunicaba con el interior de la casa.

Por acostumbrado que estuviese a los dramáticos incidentes de aquella investigación, distó Pollard de prever el espectáculo ofrecido por Soar en aquel instante. Una expresión salvaje cruzó por el rostro del joven, que estaba vestido con una bata de seda negra; recobró después su habitual impasibilidad para decir con voz ligeramente ronca:

—¡Hola! ¿Cómo han entrado ustedes, señores? ¿Qué hacen aquí?

—Contestaré a sus preguntas en sentido inverso, señor Soar. Esperábamos hallar diez tazas de té, ver asimismo un cadáver...

—¿Es usted quién les abrió, Derwent? —preguntó Soar.

El inspector prosiguió:

—¡Y nos enteramos que hemos sido víctimas de una añagaza! Pero nos asisten buenas razones para creer que es ahora que tratan de engañarnos. Esta casa, para empezar... no pertenece a nadie y hace poco han traído muebles; en circunstancias idénticas a las que precedieron a los asesinatos del señor Dartley y del señor Keating.

—¿Que esta casa no pertenece a nadie? ¡Esto ya es demasiado! —gritó Soar—. Es mía, señor. La he comprado y pagado, ¿me oye? Acabo de instalarme, y los muebles traídos hoy me pertenecen igualmente. ¿No le dije esta mañana que me mudaba, y que era ésta la causa por la que no disponía de coartada para el asesinato de Keating?

Sólo el ruido de la lluvia turbó el silencio que sobrevino.

—Soar tiene razón, Masters —dijo por último *Sir Henry*—. Este último mensaje concerniente a las diez tazas de té me pareció siempre sospechoso...

Sir Henry se volvió hacia Derwent.

—Calculó usted el efecto producido sobre nosotros por una casa desalquilada y el

transporte del mobiliario, ¿no, Jem? Tengo la impresión de que nos hemos introducido en una casa particular, Masters.

—En términos jurídicos, esto se llama una violación de domicilio —dijo Soar—. Sin que sea esto ponerlos a la puerta, señores, me agradecería descansar. Concluamos aquí, si no ven inconvenientes.

—Permítame una pregunta, señor Soar —dijo Masters con fingida desenvoltura—. Si nos hallamos en una apacible morada particular, según afirma usted, ¿cómo explica la presencia de una persona armada de un revólver, detrás de una ventana oscura del primer piso, hace unos instantes? —Usted está ebrio...

Soar hablaba distintamente, con los dientes apretados.

—... Está loco de atar. Lo tomo a usted por testigo, *Sir Henry Merrivale*. Derwent, haga el favor de decirle a este alucinado que estábamos solos en la casa, usted y yo.

Arrancado a una profunda meditación, Derwent manifestó una perplejidad evidente.

—Es exacto... cualesquiera que sean las otras mentiras que pueda proferir, Soar dice la verdad en este momento. Estábamos los dos solos, que yo sepa.

—Me hallaba ocupado en ponerme una robe de chambre, allá arriba —insistió Soar—. Y puedo asegurarles que no me encontraba detrás de la ventana en la oscuridad, revólver en mano. Los sirvientes han permanecido en mi antiguo domicilio, pues la instalación de éste aún no ha terminado, como puede usted comprobarlo. Únicamente este salón y mi cuarto están amueblados y provistos de bombillas eléctricas... lo que explica la oscuridad general. No podía haber nadie detrás de esa malhadada ventana; peso si quiere registrar...

—¿Le interesaría enterarse de que esta casa ha sido vigilada toda la velada? Sabemos que tres personas se hallan actualmente aquí, a más de nosotros. La primera llegó a las veinte y cuarto, entró por la puerta de Lancaster Mews...

La transpiración perló súbitamente la frente de Soar, que respondió:

—Era yo.

—El segundo personaje llegó uno o dos minutos más tarde y entró por la puerta de servicio...

El inspector interrogó a Derwent y Soar con los ojos; pero ambos menearon negativamente la cabeza.

—... Se sirvió de una llave. El tercero llegó a eso de las veinte y treinta y le abrieron desde el interior la puerta de Lancaster Mews. Llevaba una amplia capa.

—Su humilde servidor, inspector —respondió Derwent—. Encontrará usted mi capa colgada en el *hall*. Ignoro lo que ha podido pasar antes de las veinte y media... Quizás el señor Soar pueda informarle.

—No. Esta historia es ridícula y archifalsa. Si un desconocido se introdujo por la puerta de servicio, ¿dónde está ahora?

—Eso es lo que espero descubrir —respondió Masters—. Hemos visto manchas

de sangre en el corredor que conduce a la puerta de servicio.

—Más tarde, muchacho —intervino vivamente *Sir Henry*, en el momento en que *Masters* extraía un silbato reglamentario de su bolsillo—. Nada nos apremia. Sabemos que hay un tercer individuo en la casa y sabemos también que no puede salir. Vivo o muerto, no puede escapársenos. Dada la señal de persecución, nos será muy difícil volver a la verdadera razón de nuestra presencia aquí, esta noche. Y me interesa muchísimo conocer esa razón... Tiene usted otras preocupaciones, señor *Soar*, confiéselo.

—¡Sangre! —repitió *Soar* en un tono tan natural que *Masters* le clavó los oídos—. ¡Sangre! Soy incapaz de explicarle la presencia de esas manchas en mi casa. Revise la casa de arriba abajo si lo desea, inspector.

—Lea esto.

Sir Henry puso la última convocatoria anónima en la mano de *Soar*, que recorrió la sin hacer comentarios. Terminada su lectura, miró fijamente a *Derwent*. Los testigos tuvieron la impresión de que cada uno de los dos hombres penetraba los más secretos pensamientos del otro. *Derwent* salió vencedor de aquella muda lucha; *Soar* se preparó visiblemente a hacer un gran esfuerzo.

—Siéntense, señores —dijo.

Dando el ejemplo, sentóse sobre el brazo de un sillón, al otro extremo de la pieza. Los vidrios de sus lentes reflejaban la luz de la lámpara.

—Esta carta es falsa. Usted la ha escrito, *Derwent*.

—Sí.

—¿Con qué objeto?

—¡Eso es lo que también yo deseo saber! —intervino *Masters*—. Ha gastado usted mucha saliva, señor *Derwent*; pero todavía espero la razón de esta comedia ridícula, que podría traerle aparejados no pocos fastidios y que me ha hecho movilizar todos los hombres del C. I. D. (*Criminal Investigaron Department* (*Departamento de Investigaciones Criminales*) esta noche.

Derwent hizo un gesto con la mano que sostenía su cigarro, ya largo tiempo apagado. Se acomodó en un sillón.

—Espero demostrarle que era el único medio de que dispuse para obtener la prueba que me faltaba.

—¿La prueba? —preguntó *Soar*.

—La prueba concerniente a la identidad del asesino de *William Morris Dartley*, muerto el lunes 30 de abril de 1934, en mi antiguo domicilio de *Pendragon Gardens*.

—¿Cree usted que yo descargué el golpe?

—No, por extraño que pueda parecerle.

—¿Quién, entonces?

Derwent alzó los ojos hacia el retrato al óleo colgado sobre la chimenea, el de un viejo que se parecía mucho a *Soar*, y que, como éste, llevaba lentes. Pero adivinábase en aquel hombre una naturaleza más ruda aún que la del joven.

—Creo que su padre asesinó a Dartley —dijo con gravedad Derwent—. Y estoy dispuesto a probarlo.

CAPÍTULO XV

EL CÁNTARO AZUL

Los ojos de Derwent permanecieron clavados en el retrato débilmente iluminado.

—Pero habla usted de una persona que falleció hace seis meses o un año —protestó Masters—. Benjamín Soar, padre, no ha podido asesinar a Vance Keating. Está muerto. De...

—No he dicho que haya matado a Keating —rectificó vivamente Derwent—. Sólo he hablado de Dartley. Su error proviene del hecho de que se ha dejado hipnotizar por el asesinato de Keating, en detrimento del primer caso.

Sir Henry emitió un gruñido.

—¡Ah! ¿Halló usted eso? —inquirió.

Derwent se volvió hacia él con una mueca de desagrado.

—¿Debo entender que participa usted de mi opinión, Henry?

—Desembuche —respondió Merrivale.

—Bien...

El escribano cerró los ojos.

—... Conocen ustedes todas las circunstancias de la muerte de William Morris Dartley. Permítame, sin embargo, recordar ciertas particularidades. Se hallaron los pedazos de una gran caja de cartón y trozos de papel de embalaje entre las cenizas de la chimenea ante la cual yacían los restos. Por el contrario, el cajón de madera que contuvo las tazas y el papel que lo envolviera había desaparecido. En fin, las diez tazas dispuestas en derredor de la mesa no llevaban ni impresión digital, ni marca de dedo enguantado, ni señales de limpieza reciente.

»Comencé por reflexionar en la venta de las tazas, una transacción particularmente secreta —prosiguió Derwent—. Según Soar, Dartley las había comprado el día mismo de su muerte y había pagado por ellas dos mil quinientas libras en billetes. Ahora bien; sabemos que Dartley no puso los pies en el negocio de Bond Street ese día y que Soar tampoco se dirigió a su casa... aunque la suma hubiese sido pagada en billetes, nótenlo. Los investigadores no encontraron ningún recibo de esa suma en los papeles de Dartley y los empleados del señor Soar (incluso su hijo) no se enteraron de la venta de las tazas hasta después de la muerte de Dartley. Por último, la hermana del difunto y sus criados afirmaron unánimemente no haberlas visto jamás en su posesión. Todo parecía indicar que la víctima no había comprado esas magníficas tazas, a despecho de las declaraciones ulteriores de Soar. El hecho de que Dartley hubiese abandonado su domicilio de South Audley Street a las veintiuna y media, el 30 de abril, llevando un paquete bastante voluminoso para haber contenido las tazas, no podía considerarse como una prueba en apoyo del testimonio de Soar.

»Para haberse llevado esas preciosas chucherías de su casa, era preciso que

Dartley lo hubiese efectuado en el correr de la tarde. Pero ¿cuál es el primer gesto de un coleccionista que acaba de adquirir un objeto largamente codiciado? Lo mira, lo hace admirar, lo “acaricia” con amor. Dartley hubiera seguramente contemplado las tazas en su casa primero, en la casa de Pendragon Gardens después; se recogieron sus impresiones digitales sobre todos los muebles y objetos de la pieza, salvo las tazas, no lo olviden.

»La conclusión se imponía: Dartley no había comprado las tazas y no las había llevado a Pendragon Gardens. Era el asesino quien las había transportado. Pero la ausencia de huellas dactilares no permanecía menos misteriosa, puesto que alguien debía haber tocado aquellas chucherías, aunque más no fuese para disponerlas sobre la mesa. No vi sino una explicación posible de esa anomalía: el desconocido las había colocado una a una y envueltas todavía en el papel de seda, encima de la mesa; luego había retirado el papel, sin tocar las tazas mismas. Esa persona era necesariamente el autor del mensaje concerniente a la venta de las tazas: su único propietario. He nombrado al señor Benjamín Soar, padre...

Derwent volvió a tomar el cigarro, puesto en un cenicero:

—... Sabemos, por otra parte, que Dartley llevó un voluminoso paquete a Pendragon Gardens esa noche, hecho confirmado por los testimonios del mayordomo y del chófer del taxi. Abro aquí un paréntesis para recordarles los restos calcinados de una gran caja de cartón y de papel de envolver hallado en la chimenea... ¿Qué llevaba Dartley en esa caja de cartón? El inventario de la colección, efectuado después del deceso de Dartley, reveló un curioso hecho: el único ejemplar que faltaba era un gran cántaro de sorpresa, del que se mostraba el difunto extrañamente envanecido.

Masters se levantó bruscamente.

—Creo... ¿Debo comprender que el asesino había dado una cita a Dartley, y que el primero aportó las tazas y el segundo el cántaro de sorpresa? En ese caso, ¿el asesino abatió a Dartley para robarle el cántaro?

—Usted lo ha dicho.

—¿Pero el cántaro no tenía ningún valor, si no me engaño? —preguntó Masters —. Todo el mundo está de acuerdo acerca de este punto. ¿Por qué el matador quiso apoderarse de él? Otra cosa todavía: si el señor Soar padre era el asesino (como usted lo pretende), ¿por qué dejó encima de la mesa unas tazas que valían dos mil quinientas libras? Bien hubiera podido evitar complicaciones y mentiras inútiles, llevándoselas. Se diría que el pobre Dartley murió sin haber visto esas preciosas tazas, pues de lo contrario el asesino no las hubiera desempaquetado con tantas precauciones... Una vez más: ¿por qué las dejó sobre la mesa?

Derwent frunció el ceño; después respondió:

—Lo comprenderá cuando haya examinado el cántaro de sorpresa, inspector.

—¿El cántaro de sorpresa? ¿Dónde está?

Derwent se levantó para plantarse frente a Soar.

—Lo lamento, joven. Pero antes de maldecirme, recuerde que su padre escogió mi casa para teatro de su crimen.

El viejo escribano señaló el retrato que pendía encima de la chimenea, volviéndose a Masters.

—Hallará usted una caja de caudales detrás de ese cuadro; la combinación es *Leeds*. La caja encierra el cántaro de sorpresa. Dispone usted de una orden de allanamiento, inspector. Mi papel ha terminado; buenas noches.

Benjamín Soar júnior proseguía sentado en una inmovilidad absoluta sobre el brazo del sillón recubierto con una funda.

—Admiro su perseverancia, Derwent —dijo—. Es usted quien me decidió a comprar esta casa.

—Sí.

—Porque como la había visitado, conocía la combinación de la caja de caudales disimulada en la pared...

Soar se levantó; después descolgó el retrato de su padre y abrió el cofre, del que sacó un grueso cántaro azul, erizado de bocas, provisto de un asa enorme y de una tapa. Hubiérase dicho una tetera fantástica, de más de un pie de alto y muy pesada en apariencia. Con gran sorpresa de Masters, produjo un sonido metálico cuando Soar lo colocó sobre la mesa.

—Trabaja usted desde hace dos años en probar que este objeto se hallaba entre las manos de Soar, padre o hijo, Derwent —continuó el joven—. Pero su satisfacción personal no le bastaba; era preciso todavía atraer aquí a la policía. Su maniobra tuvo éxito. Merece una recompensa. La prueba está ahí dentro; tómela y alárgueme las manillas.

Masters avanzó hacia la mesa.

—Reconoce que su difunto padre...

—Sí, mi padre asesinó a Dartley —interrumpió Soar con feroz violencia—. Qué desgracia no poder apresar a un muerto, ¿verdad? Pero les queda el recurso de arrestarme en su lugar...

Soar dominó su cólera.

—Discúlpeme, inspector. Se limita usted a cumplir con su deber. ¿Perdería mi tiempo, presumo, jurándole que me enteré de la existencia de este cántaro y del crimen de mi padre una hora antes de su muerte?

—Un momento, por favor —interrumpió el inspector—. ¿De dónde venía el interés de su padre por este cántaro? Y, aún felicitándome de que no lo haya hecho usted, me pregunto todavía por qué no se libró del objeto. Es la primera vez que veo conservar con tanto cuidado una prueba comprometedora, señor Soar.

El anticuario hundió sus manos en los bolsillos de su bata.

—¿Hay otro medio de destruir un cofrecillo de acero que arrojándolo a un alto horno, inspector? —inquirió—. Este objeto es de acero recubierto de porcelana. Trate de levantar la tapa. Nunca lo conseguirá, a menos de conocer la combinación secreta.

Es una pequeña caja fuerte, en la que Dartley encerraba sus papeles más importantes. ¿Sabe usted quién era ese Dartley?

—¡Ah! Ahora recuerdo. La firma Soar e hijos fue sospechada, en cierta época, de vender falsas antigüedades. Por su parte, Dartley se halló en otro tiempo comprometido en ciertos asuntos de chantaje... y hube de advertir, a mi vez, que alrededor de la fecha del crimen, Dartley había obtenido de su padre rebajas considerables en todas sus adquisiciones.

Soar contrajo el ceño.

—Mi padre... cometió graves errores, lo reconozco. Arriesgó el deshonor más de una vez. Cuando Dartley se retiró de los negocios, puso sus queridos procedimientos de chantaje al servicio de sus apetitos de coleccionista. Reunió todas las pruebas comprometedoras para mi padre y le arrancó una confesión firmada. Cada vez que pienso el modo como aquel canallita con cara de buen apóstol utilizó después aquella arma, podría...

Soar asestó sobre la mesa un puñetazo lo bastante vigoroso para sacudir el cántaro de acero. Luego continuó en voz más tranquila:

—El chantaje declarado hubiera sido preferible a su método. Pero Dartley era demasiado hipocritón para decirle a mi padre: «Este jarrón del siglo XVIII me agrada, Soar. Lo tomo.». No, decía: «Mi querido amigo, este jarrón del siglo XVIII me agrada. Pide usted por él sesenta libras; pero estoy seguro que me lo dejará en la mitad de esa suma». Se jactaba de «hacer buenos negocios», sin pensar siquiera que era chantaje. Yo no como de ese pan, y mi padre jamás comió, tampoco, a pesar de sus errores. Nunca sospechamos nada, Wyvern y yo; suponíamos, simplemente, que las facultades de mi padre declinaban. Pero, al cabo de algunos años, los «buenos negocios» de Dartley nos llevaron a dos dedos de la ruina, porque el miserable era un cliente asiduo.

—Su padre tomó una decisión heroica, al borde del abismo —interrumpió Derwent—. Asesinó a ese cliente demasiado costoso.

—¿Qué hubiera hecho usted en su lugar?

—No lo sé. Es lo que nos diferencia a uno de otro.

—Quizá. ¿Debo terminar mi confesión, o prefiere proseguir usted su brillante exposición a lo Sherlock Holmes? Me disgustaría malograr su efecto, Derwent.

—Discúlpeme —respondió el otro—. Cree usted muy equivocadamente que perseguí una venganza personal, Soar. He empleado el único medio de que disponía para lavar mi nombre de una injusta sospecha, eso es todo.

El anticuario se encogió de hombros.

—Mala excusa, Derwent. Si sabía usted que mi padre había asesinado a Dartley, sabía igualmente que era inocente de la muerte de Keating. Y la policía sólo se interesaba en esta última. Sacó usted inútilmente a un difunto de su tumba.

Derwent meneó la cabeza con una sonrisa de astucia que no sentaba bien en él.

—Desengañese, querido. He ilustrado a la policía acerca del punto que le

interesaba más. Probé que la sociedad secreta llamada «Las Diez Tazas de Té» no existía. Y, si no me equivoco, se había usted ingeniado para lanzar a los investigadores sobre esa falsa pista.

—Todavía no ha probado usted nada —respondió Soar—. Pero yo voy a encargarme. Concluyamos, inspector.

»Mi padre deseaba recobrar la confesión que Dartley le arrancara. Estaba dispuesto a pagarla; pero si Dartley rechazaba sus ofertas, lo suprimiría. ¿No me acusará usted de velar la verdad, supongo? Lo que Dartley codiciaba más que nada en el mundo, eran esas tazas de té; ejemplares únicos; mi padre se las ofreció a cambio de su confesión.

»Pero desconfiaba de Dartley, a justo título por otra parte, y premeditó cuidadosamente su asesinato a fin de prepararse contra la eventualidad. La primera versión de la policía, publicada por los diarios, fue exacta. Dartley debía ser atraído a una casa desocupada que habría de tomar por el domicilio de mi padre; nada señalaría al matador cuando el cadáver fuese descubierto... He aquí el primitivo proyecto. Mi padre escogió su antigua morada, Derwent, a causa de su reputación de casa embrujada. Encargó el mobiliario bajo una forma anónima y...

Masters intervino:

—No hace usted más que confirmar nuestras deducciones. Pero, si su padre se rodeó de tan singulares precauciones, ¿en nombre de qué aberración previno a la policía?

—¿No ha adivinado usted todavía, inspector? —preguntó Soar—. El billete fue escrito por Dartley, no por mi padre. ¿Se acuerda usted de los términos? «Habrá diez tazas de té en el número 18, Pendragon Gardens», etc. Luego la conclusión en tono comercial: «Se ruega a la policía que abra el ojo». ¡Se creería oír a Dartley! Le recuerdo que el primer aviso lo escribieron en otra máquina que la empleada para las cartas dirigidas a la mueblería y a la empresa de mudanzas. Dartley desconfiaba de mi padre tanto como éste desconfiaba de él. No podía decirle la verdad a la policía; pero creyó que le sería posible protegerse. Dartley tomó otra precaución, sabiendo que mi padre había conservado el vigor, a pesar de su edad. No se puso la confesión en el bolsillo; la llevó en su cántaro de sorpresa, su caja de caudales personal que contenía el precioso documento... el cofre imposible de romper e imposible de abrir si no se poseía la combinación secreta.

»Sí. Y Dartley pagó con su sangre el doble hecho de haber advertido a la policía y de llevar el cántaro de sorpresa consigo.

La voz de Soar temblaba, pero hablaba pausadamente; Pollard comprendió el esfuerzo que le exigía su aparente calma.

—No cuente conmigo para que le dé detalles macabros, inspector. Mi padre «vio rojo» cuando Dartley sacó el cántaro de su caja anunciándole que se había puesto bajo la protección de la policía. Dartley estaba de pie, cerca de la chimenea en ese instante. Mi padre saltó sobre él, ahogóle el grito que el otro iba a lanzar y sacó el

revólver de su bolsillo. Dartley se debatió como un demonio; la primera bala lo alcanzó en la nuca. Se arrastró hacia la mesa... una segunda bala concluyó con él.

»Parecen ustedes horrorizados. Lo comprendo. No he atenuado la verdad; no defiendo al culpable... Evoco la escena tal como la he visto en mis pesadillas, desde la confesión de mi padre sobre su lecho de muerte. Si la brutalidad de los hechos los turba, piensen lo que podré yo sentir.

»Sigamos. “¿Por qué mi padre dejó las tazas encima de la mesa, siendo así que se hallaban todavía en su caja en el momento del drama y que Dartley ni siquiera las había visto esa noche?”, pregunta también usted. La razón es a la vez simple y horrible. Las tazas quedaron; pero la caja que las contenía desapareció. Dartley estaba de pie delante de la chimenea cuando mi padre se arrojó sobre él: la caja de cartón y el papel de envolver que tenía en la mano cayeron accidentalmente en el fuego durante el curso de la lucha. Mi padre se encontraba demasiado ocupado para salvarlos... Concluida la refriega, se le planteó el siguiente problema: ¿cómo llevarse el cántaro sin atraer la atención sobre sí? ¡Fíjese en ese cántaro! Es enorme, irregular, de un azul chillón... Imposible disimularlo bajo un abrigo, imposible igualmente envolverlo en un papel. Procure, y verá. Y mi padre se veía obligado a llevárselo, ignorando la combinación que le hubiera permitido retirar sus confesiones.

»¿Atravesar Londres cargado con ese monstruoso objeto? Era la catástrofe cierta, mi padre lo comprendió. No había más que un medio de solucionar la dificultad: poner el cántaro en la caja de las tazas, que no llamaría la atención de nadie. Pero era preciso escoger entre las tazas y el cántaro... era precise, dicho de otro modo, escoger entre dos peligros. Mi padre adoptó la mejor solución, tanto más que imaginó un aparato escénico misterioso que lanzó a la Policía sobre una pista fantástica. Usted sabe lo que hizo: desempaquetó las tazas sin tocarlas y las dispuso en círculo en derredor de la mesa. Creó el mito de “Las Diez Tazas de Té”...

Soar recorrió la pieza, flotando su bata en torno como el hábito de un monje; luego prosiguió con una expresión de lasitud matizada de ironía:

—... Derwent tiene razón, señores. La sociedad secreta llamada «Las Diez Tazas de Té», no existió jamás, que yo sepa. Es hija de la imaginación de nuestros contemporáneos. Excuse mis alusiones de esta mañana a ese propósito; estaba obligado a mentir para desviar de mi padre las sospechas, y de mí mismo. Los detalles que le he dado concernientes a la historia del té son exactos; es también verdad que las tazas adornadas con plumas de pavo real fueron las primeras fabricadas en Europa. El resto fue inventado por las exigencias de la situación. Ahora, disponga de mí como quiera. No tengo nada que añadir.

Masters se volvió hacia *Sir Henry*, que no había pronunciado una palabra ni abierto los ojos desde hacía algunos minutos.

—Me acuerdo ahora de ciertas preguntas que me formuló usted al principio del asunto... ¡Que el diablo lo lleve! ¡Duerme, el viejo chocho!

—¡No dormía, pedazo de estúpido! —protestó *Sir Henry*, abriendo los ojos—.

Reflexionaba.

—Recuerdo las preguntas que me dirigió usted —repitió el inspector—. ¿Va a decirme que estaba al corriente de la situación, *Sir Henry*?

—No exageremos —respondió éste—. Había previsto el presente desenlace, sí. Teníamos todos los hilos conductores en la mano.

—¿Por qué me mantuvo cuidadosamente aparte? ¿La idea de ponerme al corriente nunca se le ocurrió, apostaría?

—Sí, pero la rechacé, muchacho. ¿No adivina el motivo? Tenía curiosidad por conocer los testigos que nos llenaban la cabeza con esa historia de la sociedad secreta en la que rehusaba usted ya creer, con razón. ¿Qué habría pasado si hubiese usted poseído esta prueba? Era fácil de prever: hubiera usted zarandeado de tal modo a la persona dispuesta a hablar de «Las Diez Tazas de Té», que ésta se hubiese callado, al comprender que teníamos datos seguros sobre ellas. Apréndalo de una vez por todas, Masters: hay que guardarse como de la peste de mostrar a un criminal, que se conoce la verdad exacta... ¿Piensa usted ahora en Keating, apuesto?

—Sí, pienso en Keating.

Sir Henry se rascó la barbilla.

—La luz se ha hecho sobre el caso Dartley. El mito de «Las Diez Tazas de Té» está enterrado y no puedo menos de verter lágrimas sobre su tumba, lo confieso. La broma era excelente, Masters... pero todo, ¡ay!, tiene su fin. La situación se presenta actualmente así: un asesino astuto se sirvió del caso Dartley para echarnos tierra a los ojos, para poner a la policía sobre la pista de una peligrosa sociedad secreta, en lugar de concentrar toda su atención sobre Keating, la víctima, y sus allegados. La muerte de Keating no debe ser a nuestros ojos más que el eslabón de una misteriosa cadena. He aquí por qué el asesino copió en la medida que pudo el aparato escénico del primer crimen. Imposibilitado de procurarse las tazas de té decoradas con plumas de pavo real (sabemos que esos ejemplares eran únicos), se apoderó de un tapete milanés con el mismo dibujo. Más aún: igual que el primer jinete de un *paperchase*, sembró a manos llenas indicios comprometedores para todos los miembros de su círculo... ¿Por qué? Para conducirnos a suponer que esos sospechosos pertenecían al siniestro clan de «Las Diez Tazas de Té». El miserable estuvo a punto de conseguir embarullar completamente las pistas, Masters. Pero a la hora actual sé que el asesinato de Keating fue obra de una sola persona... de un hombre que me interesa más de lo que ningún criminal me haya interesado nunca. Es a él que precisamos.

«¿Debería decir “ella”? —agregó *Sir Henry*, en tono meditabundo—. Pues Keating estaba persuadido de la existencia de la sociedad de “Las Diez Tazas de Té”. Fue el cebo de que se sirvió el asesino para atraerlo a aquella casa vacía de la que no habría de salir vivo».

CAPÍTULO XVI

ASAMBLEA DE SOSPECHOSOS

El voluminoso cántaro azul de múltiples picos dominaba la escena: todos lo rodearon, con excepción de *Sir Henry*, que parecía clavado en su sillón.

—¿No cree usted que era una mujer? —le preguntó Masters.

—¿En quién piensan nuestros amigos en este momento? —respondió *Sir Henry*.
Derwent se volvió bruscamente hacia él.

—Cada vez que hablan de una mujer, en el curso de esta investigación, compruebo que es mi esposa el objeto de las alusiones. Cosa absurda —declaró.

—¿Y usted, mi joven amigo?

Directamente interpelado, Soar alzó el cántaro, que dejó caer ruidosamente sobre la mesa, antes de responder:

—¿Yo? Me importa un rábano de todo, al presente... salvo conocer mi posición exacta con respecto a la policía.

—Es sumamente difícil —declaró Masters, en tono sombrío—. Complicidad retrospectiva en el caso Dartley, reconocida ante testigos, tal es el primer cargo contra usted.

—¡Complicidad retrospectiva! ¡Viva la ley! —exclamó Soar—. ¿Consentirá en creerme si le repito que mi padre me puso al corriente una hora antes de su muerte? ¿Pueden censurarme que no me haya precipitado a Scotland Yard para decir: «Admiren mi celo cívico, he aquí los hechos. Ahora, ahorquen a un muerto y arruínenme»? Únicamente un loco habría hablado en un caso semejante.

—Nada nos obliga a creerle bajo su palabra, señor Soar —arrojó el inspector—. ¿Puede probar que su padre aguardó su última hora para confesarle su crimen?

Un brillo de esperanza se reflejó en el terroso semblante de Soar.

—Sí, puedo probarlo. Mi padre dejó una confesión escrita que se halla en este cántaro. Estoy a su disposición para abrirlo delante de usted. Pero ¿Derwent se contentará con esta prueba, aun en el caso de que la policía se dé por satisfecha?

El escribano había sido presa de un ligero temblor cuando la confesión de Soar acerca del caso Dartley; procuró desde entonces vanamente luchar contra aquella reacción nerviosa, y Pollard vio de súbito frente a sí a un hombre de más de sesenta años... Sí, Derwent era un viejo. Respondió con una voz quebrada que sorprendió a sus oyentes:

—¿Por qué me atribuyen siempre las peores intenciones? No le deseo ningún mal, Soar. No intento enviar a nadie a prisión; me esfuerzo solamente en limpiarme de toda sospecha concerniente al asesinato de Dartley. Poco me importa lo que la policía piense de unos y de otros, una vez que reconoce definitivamente mi inocencia. En cuanto a la muerte del pobre Keating, la deploro sinceramente, pero no tengo nada que temer de ese lado. Tengo, por fortuna...

—Una coartada —concluyó Soar en tono más amistoso, aunque muy fatigado—. Sí, su señora dispone de una coartada, y usted también. Conclusión: quedo como el único candidato en ambos casos. Aun si la policía no retiene el cargo de complicidad retrospectiva en el asunto Dartley, nada prueba que no me acusará del asesinato de Keating.

Soar tuvo una inspiración repentina.

—... En realidad, dispongo quizá de un medio de convencerlo de mi inocencia, inspector. En su lugar, yo no esperaría un segundo más para hacer registrar la casa.

—Abrigaba esa intención —asintió Masters—. Pero ¿puedo conocer la causa de este súbito apresuramiento?

—Hela aquí. Una de dos: o miente usted o puede establecer mi inocencia. Afirma usted que una tercera persona se hallaba bajo este techo cuando llegó. Según sus afirmaciones, se introdujo por la puerta de servicio a las veinte y cuarto...

—Estamos seguros de ese hecho —interrumpió Masters.

—La mayor prudencia se impone en ese caso. El asesino de Keating está preso en la trampa.

—¡Tonterías! —intervino Derwent—. Nos encontramos solos en la casa. ¿Por qué el criminal habría venido aquí?

—Porque usted lo ha atraído, por desgracia —suspiró Soar—. No previo usted todos los resultados de su treta al convocar a la policía a una reunión de «Las Diez Tazas de Té», Derwent. Este mensaje cayó bajo los ojos del asesino y lo intrigó vivamente... Nuestro hombre se dirigió a la dirección indicada para ver lo que ocurría. ¿Qué dice usted, *Sir Henry*?

—Es una posibilidad —convino Merrivale—. Acaba de ocurrírsele, ¿no?

—¿Por qué pregunta usted eso?

—¡Hum! Dudo que haya usted demolido la leyenda de «Las Diez Tazas de Té» delante de la puerta que ha quedado abierta, si hubiese temido que lo oyera el asesino, apostado en la sombra, el oído tenso y el dedo en el disparador de su revólver. He sido el primero en sostener que necesitábamos poner el caso Dartley en claro antes de revisar la casa; pero confieso que desde hace diez minutos siento la carne de gallina. ¡Brrr!

—No comparto sus inquietudes —respondió el otro con una triste sonrisa—. Parece usted olvidar que nuestro asesino tiene el don de aparecer y desaparecer a voluntad. Quizá haya partido. Quizá aguarda la hora H para mostrarse. Pero si verdaderamente espera brindarnos una pequeña representación, esta noche, sería el momento, o nunca, de surgir.

Un golpe aplicado con el llamador resonó en aquel instante en el *hall* de entrada.

Todos los corazones latieron más a prisa; el continuo martilleo dominó el ruido de la lluvia azotando los vidrios.

—No son nuestros hombres —observó el inspector—. Tienen orden de esperar un toque de silbato o una señal luminosa para moverse. Vaya a abrir, Bob. Tome esta

lámpara eléctrica. Introduzca a quienquiera que sea el que golpee y tráigalo aquí. Pero no deje salir a nadie. Vuelva después a la puerta a dar la señal convenida con Wright y Banks: dos destellos luminosos seguidos de uno más corto. Corra.

El débil resplandor que caía de una ventana en forma de abanico situada encima de la puerta, era la única luz que desgarraba la oscuridad del *hall*. Pollard distinguió la escalera a su derecha; un apagado tic-tac, a su izquierda, ponía una nota familiar en aquella casa sumariamente instalada. El sargento iluminó el cuadrante de un reloj antiguo, cuyas agujas señalaban las veintiuna y cinco. Después abrió la puerta.

El rojo farol trasero de un taxi se alejaba en Lancaster Mews. Una mujer envuelta en una capa de terciopelo blanco se hallaba en el umbral de la puerta, su ancho moño dorado luciendo bajo su nuca. El halo de un farol y la plateada madeja de la lluvia servían de fondo a aquella aparición digna de tentar el pincel de un Rubens.

—¿Es aquí dónde vive el señor Benjamín Soar? —preguntó la hermosa rubia con armoniosa voz.

—Sí, señora.

—Soy la esposa de Jeremy Derwent. ¿Mi marido está aquí?

—Sí, señora. Sírvase seguirme.

Observó a Pollard, con la cabeza ligeramente inclinada sobre un hombro.

—¡Qué singular mayordomo! Es usted, ciertamente, el joven sargento de policía que tanto insistió en verme esta tarde... En tales condiciones, no tengo necesidad de entrar. Si...

—Su taxi ha partido —interrumpió Pollard, cuando ella se volvía—. Está usted empapada...

La tomó del brazo.

—... No tema, señora de Derwent. Le advierto, además, que es inútil gritar esta vez. Sólo nuestros hombres la oirían.

La señora de Derwent rió, y el sargento se hizo a un lado para darle paso; después la siguió hasta la puerta de la biblioteca, indicándole el camino con su lámpara eléctrica. No se volvió la mujer. Sin buscar la razón de su venida, Pollard se regocijaba interiormente de ver a Janet Derwent y a *Sir Henry Merrivale* uno frente al otro.

—La señora de Derwent, jefe —anunció en la puerta de la biblioteca.

¡Pobre Pollard! A despecho de su vivo deseo de asistir a la entrada sensacional de la esposa del escribano, debió regresar inmediatamente a la puerta de Lancaster Mews para ejecutar las órdenes de Masters. Dos detectives surgieron de la sombra en respuesta a la señal luminosa. Pollard tornó a cerrar la puerta tras ellos; conocía personalmente al sargento Banks, y de reputación al detective Wright.

Banks se llevó aparte al sargento y le sopló:

—¿Qué pasa? Acabo de hacer una ronda y...

Pollard lo interrumpió. El tic tac del reloj cubría sus murmullos.

—¿Alguien trató de salir de aquí desde que entramos?

—No. Acabo de hacer una ronda, como le decía, y no había visto hace mucho tiempo tamaña concentración de fuerzas policiales. ¡Brrr! ¿Se puede fumar, al menos? ¿Sabía usted que el patrón ha hecho vigilar desde esta mañana a todas las personas complicadas en el caso? Perfectamente. Pues la mayor parte de ellas se encuentran actualmente aquí o en las vecindades. Acabamos de descubrir que Derwent y Soar están bajo este techo, lo mismo que una mujer que tiene todas las trazas de ser la señora de Derwent.

—Los Derwent y Soar están aquí, sí. Pero ¿quién era el tercer individuo que se introdujo por la puerta de servicio a las veinte y cuarto?

—No sé nada, y nadie me ha podido informar —respondió Banks—. ¿Conoce a un tal Gardner?

—¿Está igualmente en la casa?

—No. No adivinaré jamás dónde se halla. Está sentado sobre una pared, con el agente Mitchell. Ese Gardner es un malandrín; no tardó en notar que era seguido, y le ha hecho pasar un día infernal a Mitchell; visita detallada a la Torre de Londres; de ahí a San Pablo, con ascensión del millón de peldaños que conducen a la cúpula; regreso en autobús a Westminster Abbey y así sucesivamente hasta la caída de la noche. Por último, nuestro majadero condujo aquí a su seguidor, se dejó atrapar y le dijo: «Le he procurado una jornada interesante e instructiva, mi amigo. Pero los dos tenemos ahora necesidad de descanso. Sentémonos y asistamos a los acontecimientos»... En fin, se sentaron en lo alto de la pared del jardín de enfrente, debajo de un árbol, fumando cigarrillos y hablando de armas de fuego. Le repito mi pregunta: ¿Qué pasa aquí?

—Dios lo sabe. Y Philip Keating, ¿qué se ha hecho?

—No se ha acercado por aquí, que yo sepa.

—En ese caso, ¿cuál es el tercer individuo oculto en esta casa? ¿Está usted seguro que entró y no ha salido?

—Seguro. Ignoro su identidad, que no es asunto de mi incumbencia. Me encargaron...

—Sí, olvidaba. Espéreme. Voy a anunciarlo al inspector en jefe.

Derwent había dado su sillón a su mujer; bajo la capa, echada hacia atrás, distinguíase un traje plateado de amplio escote, hombros admirables y un níveo brazo, al que ceñía una pulsera de diamantes. El escribano se mantenía de pie, detrás de su mujer. Pollard hizo su relación a Masters en medio de un silencio general, apenas turbado por la conversación en voz baja de los dos agentes que permanecían en el *hall*.

Masters salió a impartirles órdenes:

—Alguien se oculta bajo este techo. Hállenlo, muerto o vivo. Registren la casa de uno a otro extremo. Si vive, debe andar armado; de modo que ojo... No, quédese, Bob. Lo necesito para estenografiar las respuestas de la hermosa Janet.

El inspector cerró la puerta con inaudita violencia. Luego se cuadró frente a la

señora de Derwent preguntándole:

—¿Continúa negándose a decirme por qué ha venido aquí esta noche, señora?

—¡Qué injusticia, querido señor Masters! —respondió ella con una dulzura melodiosa—. Debiera usted saber, después de nuestra jira de anoche, que los deseos de un representante de la policía son órdenes para mí. Recuerde lo...

La voz de Masters se endureció.

—Basta, señora. La broma ha durado demasiado. Ha venido usted aquí por su propia voluntad; tanto peor para usted. No la soltaremos hasta que no haya respondido a un cierto número de preguntas.

—Jeremy, querido...

—¿Sí? —respondió Derwent.

—¿Tiene derecho a hablarme así?

—No, mi querida amiga.

—¿Vas a permitir que continúe?

—Sí, mi querida amiga.

La señora de Derwent miró a los tres hombres a hurtadillas; después suspiró:

—Estoy, pues, condenada a dejarme maltratar, ya que no hay nadie que me defienda. La suerte se vuelve en mi contra, decididamente. He venido por deber, por velar sobre mi marido, y...

—¿Ha venido usted aquí para velar sobre el señor Derwent?

—¡Naturalmente, vaya!...

Levantó el brazo para tomar la mano de Derwent, apoyada en el respaldo de su sillón.

—¿Por qué otro motivo habría de venir? Estaba decidida a callarle los secretos de nuestro hogar... pero hablaré, puesto que usted me obliga. Las órdenes del médico son formales; el pobre Jeremy ya no es joven, y se encuentra sujeto por momentos a...

Derwent la interrumpió con voz nuevamente firme. Pasado el instante de desfallecimiento, volvía a mostrarse perfectamente dueño de sí.

—Explícate, Janet. ¿Cuál es tu diagnóstico respecto a mí? ¿Debilidad de espíritu? ¿Chochez? ¿Demencia?

—¡No digas tonterías, querido!...

Se volvió para mirar a su marido; disparó después una última flecha, destinada a establecer definitivamente su superioridad sobre él.

—Pero, el papel de una buena esposa ¿no es, acaso, el de velar sobre su viejo marido como sobre un niño?

—¡Ah! —dijo Masters, desconcertado por tanta audacia. La señora de Derwent se encaró otra vez con él.

—He aquí por qué le suplico no creerle si le escribe a usted que es el presidente de una sociedad secreta llamada «Las Diez Tazas de Té», inspector. Cuentan cosas abominables de las mujeres que forman parte... Me ruborizo nada más que de pensar.

O si le cree con preferencia a mí, estoy segura que tomará su edad en consideración... ¿Me lo promete, querido señor Masters?

El inspector escuchó un instante a Banks y a Wright marchar por el primer piso. Los pasos se acercaban: se alejaban, dejaba de oírseles... ¡Ah! Ahora volvían. Pollard seguía con el pensamiento las pesquisas de los dos policías, que no podían resultar completamente infructuosas; sentado en su sillón predilecto, fuera del rayo luminoso de la lámpara, Soar manifestaba una creciente nerviosidad. *Sir Henry* permanecía impassible como una estatua.

—Su marido no está aún en el banquillo de los acusados, señora —respondió al fin el inspector—. ¿Cómo descubrió usted la existencia del billete que ha dirigido a la policía?

—Lo leí, sencillamente.

—¿El señor Derwent se lo mostró, señora?

—¡Qué tontería!...

Sonrió.

—... Al regresar anoche de la entrevista de que guardamos ahora tan buen recuerdo, vi esa famosa carta que Jeremy había confiado a nuestra criada, recomendándole que la echara al correo antes del primer servicio del día siguiente. El sobre llevaba la dirección de *Sir Henry Merrivale*; estaba imperfectamente pegado... Aproveché para asegurarme de que mi querido esposo no se había culpado inconsiderablemente. ¿Le molesta esto? Si se detuviese a todas las mujeres culpables de leer la correspondencia de sus maridos, habría que construir numerosas prisiones en Inglaterra, querido señor Masters. ¿Su esposa respeta la suya?

—Mi mujer no entra en este asunto, señora. ¿Qué le hizo temer que el señor Derwent se hubiese «culpado inconsideradamente»?

La señora de Derwent volvió a tomar la mano de su marido.

—Su insistencia de usted a propósito de «Las Diez Tazas de Té», inspector...

—¡Ah! A eso iba, precisamente. Acaba usted de decirnos que ciertos rumores fastidiosos concernientes a una sociedad de ese nombre habían llegado a sus oídos; ¿qué sabe con exactitud? Los testigos acecharon la trampa en silencio.

—¡Vamos, querido señor Masters! —protestó la señora de Derwent, mirándolo bien de frente—. Usted sabe que esa famosa sociedad jamás ha existido.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Nadie me lo ha dicho. Pero todos los medios le son buenos a usted para inducirme a hablar de «Las Diez Tazas de Té» como de una sociedad realmente existente. Luego, es un mito. Cese de molestarme con eso, haga el favor. No he oído hablar sino a usted de «Las Diez Tazas de Té», se lo juro.

El inspector jugó su última carta.

—Sabemos que el tapete de oro extendido sobre la mesa cerca de la cual fue abatido el señor Keating, le fue entregado la víspera, señora de Derwent. ¿Cómo puede explicar este hecho? Ante todo, ¿recibió usted ese tapete, sí o no?

«¿Por qué *Sir Henry* no entra en liza?», pensó Pollard, mientras la señora de Derwent observaba a Masters por entre sus pestañas. Por encima de sus cabezas, las búsquedas continuaban.

—¿Reconoce haber recibido ese tapete, señora de Derwent? —insistió el inspector.

—Sí, naturalmente.

—¿Quién se lo envió?

—Él pobre Vance Keating, la víspera de su muerte.

—Sabemos que es falso.

Una expresión de sorpresa mezclada de inquietud se pintó en aquel hermoso rostro habitualmente impasible.

—¿Cómo? Diríjase a otros y no a mí, en ese caso. ¿El secretario del señor Soar me ha mentado, entonces, indignamente, a menos que sea Arabela, mi camarera? Me entregaron el tapete de parte del pobre Vance... y lo creí. ¿Qué de más natural?

—El paquete le fue entregado en manos propias, lo sabemos. Pero ¿qué hizo usted del tapete, después?

—¿Usted no conoce su valor, me parece? Una mujer honesta, digna de este nombre, no puede aceptar un presente de ese precio de otro hombre que su marido. Resolví inmediatamente rechazar ese regalo demasiado costoso y di el tapete a mi esposo, rogándole que lo guardase en su caja de caudales en espera de devolvérselo a Vance...

Volvió la cabeza para mirar a su marido; simultáneamente, oprimió su mano, que seguía estando en la suya.

—... Supongo que lo hiciste así, pues no he vuelto a verlo después. Guardaste el tapete en la caja de caudales, ¿no, querido?

Los ojos del inspector fueron del uno al otro.

—Bien jugado —dijo con una risa breve—. Pero temo que sea difícil obtener la confirmación de su marido, señora de Derwent.

—¿Lo guardaste, querido?

—Sí —respondió Derwent.

Un golpe aplicado en la puerta produjo una interrupción. El sargento Banks asomó la cabeza por la rendija.

—Disculpe, jefe. ¿Puede salir un momento? No me permitiría molestarlo sin un motivo serio.

Era preciso aquella seguridad para arrancar al inspector en jefe de la pieza, en los instantes más dramáticos de su interrogatorio. Masters salió al *hall*, seguido de Pollard, que cerró la puerta.

El sargento Banks sostenía una poderosa lámpara eléctrica en una mano y un diario arrugado, formando una bola, en la palma de la otra. Iluminó su contenido: un revólver de calibre treinta y dos, un par de guantes de hombre, de color blanco, manchados, y un puñal de ocho pulgadas aproximadamente, de hoja de doble filo,

con guarda de plata y mango de ébano. Alguien había querido evidentemente limpiar la hoja en el diario, pero estaba ensangrentada hasta la guarda.

—Utilizaron esta arma en el curso de la hora transcurrida —dijo Masters—. ¿Dónde la halló?

—Todo lo encontré envuelto en este diario, en el primer piso, sobre el estante de un armario —respondió Banks—. Lo más notable es que registramos minuciosamente la casa, Wright y yo, sin descubrir a nadie.

CAPÍTULO XVII

SILLÓN MÁGICO

Masters estuvo a punto de estrujar el diario con un gesto de impaciencia.

—No me convence, muchacho. Debe haber alguien, muerto o vivo. Tres hombres han entrado, y no hemos hallado más que dos... ¿Han dejado salir a uno, ustedes o sus camaradas?

—No, jefe —respondió Banks—. Pero le aseguro que no hay nadie actualmente. La casa es pequeña; no tiene más que un minúsculo granero y un sótano; todas las piezas están vacías, a excepción de la biblioteca y de un dormitorio... Bueno, no ofrece ningún escondite.

—Se diría que nuestro asesino fantasma ha desaparecido una vez más —observó Pollard.

—Creería más bien, al estar la hoja ensangrentada, que es un cadáver lo que desapareció —replicó Banks.

Se volvió hacia Masters para añadir:

—¿Desea interrogar a Sugden, jefe? Le habló usted al llegar.

El inspector en jefe ganó la puerta y dejó oír el silbato en la noche. Luego dijo:

—Ya no tenemos necesidad de hacer misterios. Nunca serán ustedes demasiado numerosos para registrar esta casa como quiero yo que se haga. Si nuestro hombre ha conseguido desligárseles de entre los dedos, todos ustedes sin excepción se arrepentirán.

—Aquí está Sugden —dijo Pollard.

Masters dio una vuelta por el *hall*, con la cabeza baja. Logró dominar su cólera e impartió algunas órdenes breves. Banks le comunicó otros informes:

—Philip Keating está instalado en un bar a cinco minutos de marcha de aquí, jefe. Bebe *whisky* sobre *whisky* para matar el tiempo.

—¡Voto a tal! —exclamó Pollard—. ¿Estaremos en presencia de una banda, a pesar de las deposiciones que acabamos de oír? Si todas estas personas no obedecen a una palabra de orden, ¿qué hacen aquí o en los alrededores?

—Yo voy a decírselo —gruñó Masters—. Es la señora de Derwent quien les ha dado la palabra de orden, por teléfono, después de leer la carta de su marido. ¡Esa mujer tiene decididamente la pasión del teléfono!

—¿Cree usted que haya desempeñado un papel preponderante en el caso?

—No lo sé. Lo juraría por momentos, y un instante más tarde me digo que su audacia es la mejor prueba de su inocencia... Pero dejemos a la señora de Derwent, por el momento. Hay, actualmente, un asesino o un cadáver bajo este techo. Que sea lo uno o lo otro, quiero que lo encuentren. ¿Quién es el desconocido que se introdujo por la puerta de servicio a las veinte y cuarto? No es ni Philip Keating, ni Gardner, ni Soar, ni Derwent... Una vez más, ¿quién es?

Masters reflexionó antes de continuar:

—La señora de Derwent nos ha burlado de nuevo. Ejerce una extraordinaria influencia sobre su viejo marido, no hay duda. ¿Vio usted cómo le arrancó la confirmación de una mentira, respecto al famoso tapete? ¿Qué clase de influencia? Misterio. El buen hombre quizá esté loco, a fin de cuentas. A veces me produce esa impresión. Vea este revólver de calibre treinta y dos, Bob. Dartley fue derribado con un arma del mismo modelo. Le apuesto todo lo que quiera que el revólver pertenecía a Soar, lo mismo que los guantes, de medida correspondiente a su mano. Elija su solución, muchacho. ¿Quién era el propietario de la mano enguantada de blanco que tenía un revólver asestado sobre mí, detrás del vidrio de una ventana del primer piso, cuando llegamos?

Llevando los hallazgos de Banks en el periódico, Masters atravesó el *hall* y entró en la biblioteca, cuya puerta volvió Pollard a cerrar.

Advertíase que ni una palabra había sido pronunciada desde la partida del inspector en jefe. De pie o sentados, los ocupantes de la pieza aparecían petrificados en una inmovilidad de maniqués; Merrivale, sobre el diván, parecíase más que nunca a un Buda, y el cántaro dominaba la escena como un extraño símbolo. Comprendiendo que la atmósfera era favorable, Masters extendió en silencio el puñal, el revólver y los guantes encima de la mesa.

—Ahora que estamos todos reunidos de nuevo, les agradecerá quizá saber cómo las cosas han pasado realmente —dijo de pronto *Sir Henry*.

Todos los ojos hallábanse clavados en los objetos depositados al pie del cántaro. Pollard tuvo la impresión de que nadie se atrevería a romper el silencio. Janet Derwent se volvió lentamente hacia *Sir Henry*, diciendo:

—Le estaríamos infinitamente reconocidos Me ha decepcionado usted hasta ahora, *Sir Henry*. ¿Pero acaso se está nunca seguro de nada? El deseo de encontrarlo figura entre las razones que me impulsaron a venir aquí esta noche.

—Gracias —respondió *Sir Henry* en tono distraído.

—¿Se resolvería usted por fin a hablar o a formular preguntas?

—Sí, sí...

Sir Henry extrajo un papel arrugado de su bolsillo.

—... Espere. El 28 de junio último. ¿La fecha le dice algo?

—¿El 28 de junio? No.

—¡Hum! ¿Y ésta: 15 de julio?

—Verdaderamente, no comprendo. ¿Por qué la fecha del 28 de junio evocaría un recuerdo para mí?

Una de sus escasas y terroríficas sonrisas vagó por los labios de *Sir Henry*, que declaró:

—No. Su treta no servirá conmigo, mi bella amiga. Le hacen una pregunta. Da usted una breve respuesta, inmediatamente seguida de una flecha emponzoñada. Su interrogador reacciona vivamente y le devuelve el fondo de su pensamiento... Luego,

hace usted juegos malabares con la pregunta, como una pelotilla.

Esquivando la mirada, la señora de Derwent murmuró:

—Me inclino ante su inteligencia superior, *Sir Henry*. ¿Quiere usted oír de mi boca que el 28 de junio es la fecha en que el pobre Vance Keating me instituyó por testamento su legataria universal? Quédese, pues, satisfecho. No deseaba en absoluto esa fortuna, le ruego que lo crea. Y ahora, procura usted insinuar, sin decirlo abiertamente, que Vance redactó otro testamento, el 15 de julio. Pero como sé de fuente segura que no lo ha hecho... cese de atormentarme así. Estoy absolutamente tranquila por ese lado.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó *Sir Henry*—. Su perspicacia no se ha mostrado esta vez; me sería difícil insinuar una imputación en la que ni siquiera había pensado. En cambio, tiene razón al afirmar que Vance Keating no modificó su testamento de fecha 28 de junio, testamento perfectamente en regla, por el cual le lega todos sus bienes.

—No veo, entonces, a dónde quiere usted ir a parar.

—Me esfuerzo en poner en claro la cuestión del 15 de julio, eso es todo —respondió pacientemente *Sir Henry*.

Masters intervino:

—¿Qué pasa con el 15 de julio? Y, ante todo, ¿dónde se procuró usted todas estas fechas?

Pronta como los políticos a percibir el menor cambio de viento, Janet se volvió hacia el inspector, su antiguo enemigo, que podía convertirse en su aliado. Había perdido algo de su aplomo desde hacía unos minutos, aunque la atestación de *Sir Henry* concerniente a la regularidad del testamento la hubiese librado ciertamente de una grave inquietud.

—¿Las fechas? —refunfuñó *Sir Henry*, rascándose el mentón—. Me las procuré hace poco, mientras me acusaba usted de dormir. La actitud de nuestra amiguita Francés Gale, en el curso de nuestras investigaciones, retuvo mi atención, Masters.

—Querida Francés —dijo la señora de Derwent, mirando de reojo a Soar—. El señor Soar la conoció por primera vez el martes a la noche; pero la chica le produjo viva impresión, si no me equivoco.

—Ha visto usted bien —respondió el interesado.

—Su conducta se explicaba hasta cierto punto —prosiguió *Sir Henry*—. Pero el hecho de haber perdido a su prometido en circunstancias particularmente trágicas no justificaba del todo su desequilibrio nervioso. La frase que pronunció al penetrar en mi oficina, esta mañana, me puso sobre una pista interesante. «Mi padre quería traerme aquí con un ejército de abogados; pero me escapé de la casa mientras todavía estaban discutiendo». ¡Un ejército de abogados, Masters! Que un hombre cuya hija se halla indirectamente mezclada en un caso criminal consulte con su abogado acerca de la situación, nada más natural. Pero el viejo Bokey Gale no es rico. ¿Qué necesidad tenía de rodearse de un «ejército de abogados», cuál era el objeto del interminable conciliábulo de aquellos señores, y por qué Francés Gale se escapó de la casa paterna

para evitarlos? Todo eso era sugestivo, confiéselo. El viejo Bokey Gale es uno de mis amigos, y decidí formularle algunas preguntas por teléfono... ¿Sabe usted lo que Vance Keating hizo el 15 de julio, Masters?

—No.

—Contrajo matrimonio. Se casó con Francés Gale.

La sombra de una sonrisa distendió los rasgos de Jeremy Derwent. Ya no expresaba arrogancia; era una manifestación de alivio que se difundió poco a poco. Por último rompió a reír. Su mujer lo fulminó con una mirada de soslayo; luego recobró la voz.

—¡Qué encantadora aventura! —exclamó—. ¡Ese matrimonio secreto pinta a Vance Keating de cuerpo entero! ¿Será legal, espero? La querida niña es menor, usted sabe. Mi situación no varía, según su propia confesión, *Sir Henry*, puesto que Vance no modificó su testamento.

—No era necesario —interrumpió *Sir Henry*.

—¿Cómo?

—Pregúntele a su marido la causa de su hilaridad. Prepárese a saber una mala noticia, señora. Keating no redactó otro testamento, de acuerdo. Mas, por desgracia para usted, ese testamento en regla no vale nada. La ley es formal: el matrimonio del testador vuelve automáticamente caducas las disposiciones tomadas anteriormente. Mis condolencias, señora de Derwent. Si ha intervenido en este sombrío caso, ya sea que tenga sangre en las manos o que haya sido cómplice del asesinato, nada obtendrá por ello: jamás tocará un bocado de la fortuna de Keating.

—¿Es cierto, Jeremy? —preguntó dulcemente la señora de Derwent—. ¿Esa ley existe realmente?

—Sí, mi querida amiga.

Sir Henry no le quitaba los oídos.

—Quizá le interese saber cómo Keating se burló de usted, señora. El testamento no era más que una broma de mal gusto, he ahí por qué el ingenioso señor Keating se casó con Francés Gale en secreto. Lo aceptó ella en un movimiento de despecho, porque había dado a entender a Ronald Gardner sus sentimientos, y éstos no eran compartidos. Gardner no la amaba ni la amará jamás, así fuese tan rica como la Gran Catalina, es una justicia a hacerle. La chica no tiene más que veinte años, usted sabe... Se es desinteresado a esa edad, por no haber comprendido aún el valor del dinero, probablemente.

»Escúcheme bien, señora. El testamento y el matrimonio secreto debían ser utilizados contra usted. Keating había llegado a no tener más que una ambición en el mundo: hacer de usted su amante de un día. No siempre se representa impunemente el papel de seductora, señora. Keating preparó una venganza brillante fundada en el espejismo de su matrimonio con usted. Pero, una vez obtenido lo que deseaba, preparábase a hablarle de este modo: “Ya estoy casado, gracias. Ha vivido usted durante meses en un paraíso artificial de promesas que yo no esperaba de ninguna

manera cumplir. El testamento no sirve más que para encender el fuego. Hasta la vista. Que le sirva la lección para otra vez”.

—Amordácela, Masters —añadió *Sir Henry*—. Creo que va a chillar.

Pero ningún sonido escapó de la boca abierta de la señora de Derwent, que jamás pareció tan bella a Pollard, a causa sin duda de la dignidad que le confería la más cruel de las humillaciones. Aquella mujer que acababa de sufrir una vertiginosa caída en menos de cinco minutos, hacía casi conmovedora.

—Ha ido usted bastante lejos, Merrivale —intervino Derwent.

—Ya lo sé —suspiró *Sir Henry*—. Siempre llega un momento en que se encuentra uno frente a seres humanos, después de los razonamientos abstractos. Se experimentan entonces los sentimientos de un hombre que ha escupido en la sopera o abofeteado al dueño de casa... ¿Cree usted que este papel me sea agradable?

—Sus escrúpulos lo honran —murmuró la señora de Derwent, levantándose—. ¿Puedo retirarme?

—No —arrojó categóricamente *Sir Henry*.

La señora de Derwent perdió súbitamente la ventaja tan costosamente adquirida; una expresión astuta, soberanamente desagradable, se pintó en su hermoso rostro. Se volvió hacia su marido, implorando:

—Jeremy, querido, sácame de aquí. ¡Llévame, por favor! Seré tu obediente esclava; pero, en cambio, protégeme y defiéndeme contra todos. Llévame antes que...

—Un momento, por favor, Jem —interrumpió *Sir Henry*—. Sabe usted ahora cuándo Keating se disponía a hacer estallar el petardo de su testamento y de su matrimonio secreto, ¿no? La revelación debía tener lugar ayer. ¿Por qué? Porque Keating *creía* dirigirse a una reunión de «Las Diez Tazas de Té», y *creía* hallar allí a su mujer de usted. He aquí por qué debe ésta explicarse, sea inocente o no. ¿A qué suerte de ceremonia Keating había sido convidado en Berwick Terrace? Lo ignoro. Poco importa, por otra parte, por la sencilla razón de que la sociedad de «Las Diez Tazas de Té» no ha existido jamás. Sabemos que todo el aparato escénico era una trampa y un «camouflage» destinado a atrapar a Keating y a orientar a la policía en una pista falsa. Sabemos también lo que Keating encontró en Berwick Terrace...: la muerte. Pero no podemos detenernos en esto, querido, porque el enemigo está aquí de nuevo, esta noche. Ha estado, al menos.

—¿El enemigo? —repitió Derwent.

La puerta del *hall* se abrió ante Sugden y Wright. El *hall* estaba ahora brillantemente iluminado.

—Hemos adquirido la prueba absoluta de que nadie se oculta en la casa, jefe —anunció el sargento—. Nos procuramos bombillas eléctricas; todas las piezas se hallan iluminadas y el menor recoveco ha sido explorado. No queda más que esta biblioteca.

—Adelante. Tienen el campo libre. Pongan sus cinco sentidos —respondió el inspector.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó *Sir Henry*.

Las pesquisas se efectuaron en el general silencio. No había armario ni alacena en la pieza, y el tanteo de las paredes no reveló ningún panel secreto. Los agentes levantaron la alfombra y desplazaron las mesas; hasta miraron bajo el poco elevado diván y retiraron las fundas de los anchos sillones de cuero, desocupados. Banks se volvió al fin hacia Masters, preguntándole:

—¿Está convencido, jefe?

Sir Henry se alzó del diván y fue a colocarse frente a Soar.

—Le aconsejo confesar, joven —díjole con bondad—. Acaba usted de darnos un magnífico ejemplo de sangre fría... un ejemplo único en los anales, probablemente. Ignoro sus razones; pero le pido que se levante.

—¿Levantarme? —preguntó Soar con voz ronca—. ¿Por qué?

—Porque está usted sentado sobre las rodillas de un muerto —respondió *Sir Henry*—. Ha tenido la habilidad de cubrirlo con su propio cuerpo, desde el principio, de modo de desviar la atención de este sillón.

Sir Henry tiró de Soar con una mano para obligarlo a ponerse en pie; con la otra, alzó la funda blanca. El sillón no era de cuero, como los otros; era de madera y de mimbre, con un respaldo elevado, redondeado y saliente en lo alto. Un hombre estaba sentado dentro, el busto y el rostro ocultos por una tabla; una segunda tabla hallábase colocada a plano sobre sus rodillas. Cubierto con su funda, el sillón parecíase a los otros hasta el punto de engañar... Los brazos del desconocido estaban atados a los brazos del sillón, y otra cuerda daba varias vueltas en torno de su pecho y del respaldo. No se veía más que dos manos blancas y dos piernas terminadas por bien lustrados zapatos, rechazados bajo el sillón.

Masters arrancó las maderas; luego cortó las cuerdas con su cortaplumas. El cadáver cayó por tierra. Todos reconocieron a Alfred Edward Bartlett, el ayuda de cámara. Su impermeable *beige* aparecía desgarrado y ensangrentado en la espalda... Habían apuñaleado al infeliz por detrás.

CAPÍTULO XVIII

SIR HENRY ASUME LA DIRECCIÓN DE LAS INVESTIGACIONES

—No —declaró Masters con autoridad—. Nadie saldrá de aquí hasta nueva orden.

Janet Derwent lanzó estridentes gritos, que estremecieron los tensos nervios de los asistentes. De pronto saltó hacia la puerta, donde la atrapó Banks. Un gran silencio se hizo al fin.

El difunto de canosos cabellos y nariz respingada yacía sobre el costado izquierdo, cerca del sillón. No se veía mancha alguna de lluvia o de lodo sobre su impermeable desgarrado y ensangrentado en la espalda. Todos los ojos trasladáronse de los despojos a la hoja del puñal colocado sobre la mesa, entre el revólver y los maculados guantes.

Benjamín Soar atravesó la pieza tambaleándose para ir a sentarse lo más lejos posible del sillón trágico. Su respiración jadeante se calmó poco a poco; alzó al fin la cabeza para decir a Masters con voz extrañamente natural:

—Me alegro de que esto haya concluido. ¡Qué velada me ha hecho usted pasar!

—Para mí, la velada no ha hecho más que principiar, muchacho —replicó Masters.

Tomó un tono oficial para añadir:

—Debo advertirle que no tengo orden de arresto; pero necesidad hace ley. Benjamín Soar, lo detengo bajo la inculpación de haber asesinado a A. E. Bartlett. Cumplo con el deber de prevenirle que todo cuanto diga usted en lo sucesivo podrá ser utilizado en su contra...

Soar lo miró con aire atontado.

—... ¿Me ha oído? ¿Me comprendió, señor Soar? —insistió el inspector con un fastidio evidente.

—¿Cómo? ¡Oh!, sí; he comprendido.

Mantenida cerca de la puerta por el sargento Banks, Janet Derwent mostraba una inmovilidad de estatua.

—Lo pescaron ustedes por fin —observó sin animosidad y con el aire ausente de una heroína de tragedia—. No soy rencorosa, Benjy; pero no le perdono haberme enviado usted mismo el tapete para arrojar las sospechas sobre mí.

Soar recobró bruscamente su lucidez.

—Soy el único, aquí presente, que no se las tomó con usted esta noche, señora —respondió—. Le aconsejo que no me ataque.

Se volvió hacia Masters para añadir:

—La acusación de la señora de Derwent es falsa, inspector.

—Nada lo obliga a hablar, señor Soar. Pero...

—No me creerá usted, ya lo sé. Haría mal en esperar lo contrario. Poco importa; anote de todos modos esto, sargento: yo no he apuñaleado a Bartlett. Oculté sus

despojos, sí, lo reconozco. Las circunstancias están contra mí... Tiene usted cómo acusarme de complicidad retrospectiva en los casos Dartley y Bartlett. Sin embargo, visto que estoy arrestado por asesinato...

—No está usted arrestado, joven —interrumpió Merrivale.

Masters brincó.

—¿Cómo? ¡Alto ahí! Explíquese, *Sir Henry*. ¿Por qué no iba a estar arrestado, quiere hacer el favor de decirme?

—¡Porque yo lo dispongo! —rugió Merrivale—. Y también porque es inocente. ¡Ah! ¡Ah! ¡Me censuró usted haber dormido toda la tarde, a despecho de sus patéticas suplicas!... ¡Bueno! Ahora me he despertado y asumo la dirección de esta pesquisa. Siéntense. Señora de Derwent, haga el favor de volver a su sitio. No, Masters, no toque los restos. Están bien ahí, donde están.

—En ese caso, exijo una explicación —lanzó el inspector—. ¡Sugden!

—¿Sí, jefe?

—¿Mantiene sus afirmaciones precedentes? Tres hombres solamente entraron en la casa antes de nuestra llegada; ¿está dispuesto a jurarlo?

Sugden se hallaba aparentemente cansado de responder a aquella pregunta.

—Sí, jefe. No soy el único que los vio. Pregunte a los camaradas. Si...

—Basta. Hemos identificado a esos tres hombres. Son: el señor Soar, el señor Derwent y Bartlett, que entró por la puerta de servicio a las veinte y cuarto, y que fue apuñaleado aquí... ¿Está usted de acuerdo, *Sir Henry*?

—Perfectamente. El tercer individuo era el infortunado Bartlett. —Bien. Nuestra lista de sospechosos no comprende más que dos hombres: el señor Soar y el señor Derwent. Si no toma usted uno, escogerá ciertamente el otro.

—¡Jeremy! —exclamó la señora de Derwent, retorciéndose las manos—. ¡Mi marido es inocente, señores, les juro!

Derwent inclinó la cabeza.

—Mi mujer tiene razón —asintió—. Penetro, no obstante, la lógica del raciocinio del inspector. ¿Me acusa usted del asesinato de Bartlett, Merrivale?

—No necesariamente, Jem. No, sería demasiado, simple.

—¿No pensará usted en el matador invisible, en este momento? —preguntó el inspector.

—Sí, pienso mucho en él, por el contrario...

Sir Henry miró a Soar.

—Cuéntenos lo que ha pasado aquí esta noche, amigo. Sabemos que Bartlett llegó pisándole los talones, a eso de las veinte y cuarto. Presumo, por otra parte, que habrá usted temblado de un miedo bien comprensible cuando recibió la llamada telefónica de la señora de Derwent, anunciándole que había sabido —que había sabido, ¿me entiende?— que los miembros de «Las Diez Tazas de Té» se reunirían en su casa esta noche. ¿Qué pensó usted de esa noticia?

Soar reflexionó. Todavía estaba demasiado nervioso para mirar el cadáver

extendido en tierra; pero *Sir Henry* dio la orden de cubrirlo.

—Creí que *Derwent* había perdido al fin la cabeza —respondió a la larga.

Derwent sacó su cigarrera del bolsillo.

—Se trata aparentemente de una opinión general —dijo—. ¿Por qué abrigaba esa esperanza, *Soar*?

—Porque no ha cesado usted de trabajar en la sombra, pero sin descanso, desde hace dos años, para hacer inculpar a mi padre primero, y a mí después, de la muerte de *Dartley*. Pensé que su obsesión habría crecido lo bastante para impulsarlo a cometer un crimen —en mi casa— con objeto de perderme, al verse usted obligado a renunciar a su primer designio.

—¡Qué imaginación! —exclamó *Derwent* encendiendo su cigarro.

«El fuego se acerca a la pólvora» —pensó *Pollard*—. «¡Peligro!».

—He padecido sudores de angustia todo el día, tiene usted razón —continuó *Soar*, dirigiéndose a *Sir Henry*—. Hubiera huido de esta casa como de la peste, habría advertido a la policía, hubiese pasado la velada en casa de unos amigos para poseer una coartada irrefutable, hubiera hecho todo esto, y más aún para desbaratar los proyectos elaborados contra mí... si no me hubiera acordado de ese maldito cántaro guardado en la caja de caudales. Estaba obligado a regresar aquí, ¿comprende? Nunca olvidaré esta llegada bajo la lluvia, a una casa deshabitada, custodiada por un agente cuyo casco percibí, a la luz del farol.

Entré por la puerta principal y colgué mi sobretodo y mi sombrero en el *hall*, lo que me tomó algunos segundos. El ruido sordo de una caída me llegó en ese instante; me precipité a esta pieza... ¡Nada! Abriendo la puerta que da al corredor de la entrada de servicio, lo vi...

Soar señaló el cuerpo de *Bartlett*.

—... Se arrastraba hacia mí, sobre el vientre, con un puñal hundido hasta la guarda entre sus omóplatos. Su impermeable estaba manchado de sangre, su sombrero había rodado por tierra. Creí ver el fantasma de *Dartley* que visitaba mis pesadillas desde la confesión de mi padre. El corredor no estaba iluminado más que por los rayos de luz que venían de aquí. Arrastré al desdichado a la biblioteca. Supongo que descendería de un taxi, porque su impermeable y sus zapatos estaban apenas mojados; la hemorragia externa era insignificante... *Bartlett* expiró antes que hubiera podido prestarle socorro.

Masters abrió la puerta del corredor. Los jarrones antiguos parecían velar en sus nichos; la alfombra amarillo paja extendíase rectilínea hasta la entrada de servicio. No había otra puerta.

—Suponiendo que dijese usted la verdad, lo que dista de estar probado, ¿cómo se explicó usted la desaparición del asesino? —insistió el inspector.

—Me lisonjea usted pensando que me hallaba en estado de reflexionar en esos instantes. Más tarde, presumí que el matador había entrado por la puerta de servicio siguiéndole los pasos al pobre diablo, que lo había apuñaleado y que había huido por

el mismo camino.

—¿La puerta de servicio estaba cerrada con llave?

—No. Me acuerdo porque di vuelta a la llave después de lo ocurrido. Bartlett aprovechó de ese descuido para introducirse, pues no poseía ciertamente llave maestra.

El inspector se volvió hacia sus subordinados.

—Tienen ustedes la palabra. ¿Qué opinan de las explicaciones del señor Soar? ¿El asesino pudo entrar detrás de Bartlett por la puerta de servicio, apuñalarlo y salir por la misma puerta? Ustedes se encontraban de guardia, respondan.

Masters escuchó con satisfacción el informe de los hombres encargados de vigilar la casa, informe susceptible de resumirse en algunas palabras; nadie se había aproximado a la casa, fuera de Derwent, de Soar y de Bartlett.

—Está bastante claro, me parece, señor Soar. En ese caso (si hemos de creerle), el asesino debió introducirse en la casa pasando por el corredor y la biblioteca. Para huir ha debido tomar el mismo camino.

—Dios mío, sí, lo supongo.

—¿Cómo es entonces que no lo vio, según afirma?

Soar abrió un ojo.

—Permítame recordarle que sus hombres han registrado la casa de arriba abajo sin verlo tampoco, inspector. Continúan sin embargo jurando que el matador sigue todavía bajo este techo. He acumulado los errores esta noche, lo reconozco; pero ¿es una razón para tener dos pesas y dos medidas? Si cree a sus subordinados, puede creerme a mí también.

—¿De veras? Ya veremos... Por el momento, señor Soar, lo arresto...

—Es la segunda vez que lo arresta —interrumpió *Sir Henry*—. ¿Será usted incapaz de estarse quieto un segundo, Masters? ¿Bartlett expiró bajo sus ojos, amigo? ¿Qué ocurrió después?

—Golpearon a la puerta de entrada. Piense un instante en mi situación. Tenía excelentes motivos para creer que alguien maniobraba con objeto de atraerme a una trampa cuya única salida conduciría a un cadalso. ¡Un cadáver yacía bajo mi techo y un desconocido tamborileaba en la puerta de entrada! ¿Qué hacer? Trepé de cuatro en cuatro al primer piso a fin de mirar por la ventana situada encima de la puerta. Reconocí a Derwent por su capa; pero hubiera jurado que era el diablo en aquel instante. Inútil prestar oídos sordos... Eso no habría servido más que para atraer a la policía.

»Ya conoce el partido que adopté: dejar los restos en evidencia, pero invisibles para todos porque yo podía sentarme encima a la menor alerta. Dos minutos me bastaron para atar el cadáver al sillón y completar mi arreglo con la ayuda de estantes cortos que me sirvieron de tablas y de una funda que arrastraba por tierra a fin de disimular los pies del desdichado Bartlett. El hecho de mudarse suele presentar una ventaja: la detener a mano cuerdas y tablas de estantes desmontados. Envolví en un

diario el puñal que tuve que retirar de la espalda de la víctima para sentarme y colgué su sombrero en el *hall*. Después fui a abrir la puerta. Pero había olvidado retirar los guantes que me puse para cumplir mi macabra tarea; debí sepultar mis manos en mis bolsillos cuando usted entró, Derwent. Tampoco estaba de humor para estrechar su diestra, a decir verdad.

—Creía usted que era yo que...

Derwent completó su pensamiento señalando los despojos.

—¿Qué podía creer cuando un aldabonazo estremeció la casa un instante después de su llegada? —respondió Soar—. Me vi obligado a correr el riesgo de dejarlo solo aquí para subir otra vez a mirar por la ventana.

Masters inclinó la cabeza.

—¡Así va mejor! —interrumpió—. ¿Era usted entonces, el dueño de la mano enguantada, armada de un revólver, que vimos detrás del vidrio?

—Sí. ¡Oh! La primera bala hubiera sido para mí y no para ustedes, tranquilícese... Me sentía acorralado en aquel instante. Pero ustedes se alejaron... Lo supuse, al menos, y recobré esperanza. Me saqué los guantes, me puse una robe de chambre y volví a bajar para encontrarlos ya instalados en la plaza. ¿Por qué callé? Todavía me lo pregunto. ¡Ay! ¡Las emociones no habían concluido para mí! Derwent me arrojó la historia de mi padre a la cara... Centenares de horcas y de verdugos danzaron una desenfadada zarabanda ante mis ojos. Luego, como los minutos transcurrieran sin traer el descubrimiento del cadáver, me volvió el ánimo. «Si sostengo la situación bastante tiempo, quizá concluyan por irse», pensé confusamente, esforzándome en no temblar sobre las rodillas de ese muerto. ¡Señor, es un vaso de coñac lo que me haría falta! —concluyó Soar—. Pero no hay en la casa.

Masters se volvió hacia *Sir Henry* para preguntarle:

—¿Cree usted en esta historia, señor?

Merrivale inclinó la cabeza; después fue a plantarse delante de Janet Derwent.

—¿La cree usted? —le preguntó a su turno—. ¿Pero usted no esperaba esto?...

Designó el cadáver con el dedo.

—La hora de ajustar cuentas ha sonado, señora. Le ofrezco una última oportunidad: ¿dirá usted lo que sabe de este caso o me verá obligado a emplear medios extremos? No experimento ninguna antipatía personal hacia usted; pero un terrible acontecimiento se habría evitado si se hubiese mostrado usted menos virtuosa. Una advertencia todavía: el martes a la noche, en el *Murder Party*, nuestro amigo Soar la halló tendida sobre un diván, con una cuerda al cuello. Si persevera usted en su actitud, esa visión podría asumir un carácter profético.

—No habla usted seriamente. Pretende intimidarme, nada más. Ignora la razón por la cual Bartlett fue asesinado...

—Desengañese —interrumpió *Sir Henry*—. Bartlett ha muerto porque sabía demasiado. Sabía por qué Vance Keating llevaba un sombrero el miércoles...

La observación era trivial, y hasta desprovista de sentido. Pero Janet Derwent

cedió bruscamente, como esas estatuas de sal que se funden ante los ojos de los espectadores. La expresión de *Sir Henry* hízose más dura aún.

—... Lamento que esté usted tan bien informada. Esperaba en cierto modo que no comprendería. Juegue ahora su as de triunfo. Dígame que soy incapaz de explicar la desaparición del «asesino invisible» y que no puedo, en consecuencia, efectuar un arresto.

—Es la evidencia misma.

—La primera detonación fue mucho más apagada que la segunda —arrojó *Sir Henry*—. ¿Eso le dice algo?

La señora de Derwent se llevó las manos a sus sienes.

—¡Yo no maté a Keating! ¡Soy inocente! ¡No estaba al corriente de nada, le juro!

—Pero es lo bastante inteligente para haber comprendido que se halla seriamente comprometida, señora. El asesino de Keating y de Bartlett es muy hábil; ha sido el primero en estimar exactamente el valor legal de la «imposibilidad», y ha creado una situación imposible... a primera vista, al menos. Sabe que un hombre no puede ser condenado por una muerte cometida en condiciones imposibles de explicar, por abrumadores que sean los cargos que sobre él pesen. Nuestro criminal comprendió que frente a la «imposibilidad», todos los otros métodos de salvaguardia personal son torpes y azarosos.

»¿Qué hace habitualmente un criminal ordinario para colocarse al abrigo de la justicia? Se constituye una coartada, sea manipulando con relojes, sea utilizando medios de transporte más rápidos que los conocidos, sea dando un falso empleo del tiempo, sea... pero la enumeración de todos los medios empleados sería demasiado larga. Digamos solamente que esos medios son peligrosos, porque la seguridad del culpable depende del testimonio de otro, y porque corre a cada momento riesgo de ser sorprendido en flagrante delito de mentira.

»Pero supongamos, por otra parte, que nuestro criminal pudiese asesinar a su víctima de tal modo que la policía resulte incapaz de reconstruir con certidumbre la escena del crimen... una pieza sin salida, un cadáver abandonado sobre la nieve virgen de todo rastro sospechoso, ¡y qué sé yo qué más! La policía puede estar segura de su culpabilidad: el matador puede tener las manos ensangrentadas y el precio de la sangre en su bolsillo cuando su arresto; el juez y los jurados pueden estar convencidos, a su turno, de su culpabilidad, si los investigadores se arriesgan a hacerlo comparecer ante ellos... poco importa. La absolución es obligatoria si el ministerio público se revela incapaz de probar las circunstancias del crimen. Una corte de justicia no puede contentarse con probabilidades; necesita certidumbres. El beneficio de la duda... Estas cinco palabritas representan la salvación para muchos malhechores.

»Este que nos ocupa, no es un “supercriminal”, en el sentido propio del término; es sólo una persona inteligente, dotada de imaginación, que ha inventado un nuevo método para mantener a la justicia en jaque, al precio de un riesgo enorme. Pero que

un investigador descubra el truco, y el asesino está perdido. Por cierto que lo está desde todos los puntos de vista, cualquiera que sea el recurso empleado, a partir del momento en que el ministerio público puede probar cómo se preparó una coartada o cómo se desembarazó del arma. Pero está juzgado, condenado y ahorcado, por así decirlo, apenas quede demostrado que la “situación imposible” no lo es en absoluto. Le concedo la última oportunidad, señora. ¿Quién asesinó a Keating y a Bartlett? ¿Me nombrará el culpable o me obligará a hacerlo?

—Yo...

—Bien —dijo *Sir Henry* cambiando de tono—. Como guste. Ahora, Masters, voy a exponerle los hechos y usted deci...

—Perdone que lo interrumpa —intervino la señora de Derwent—. No soy una tonta, creo haberlo probado... Pero conozco mi deber, y si una generosidad mal empleada me impulsó hasta aquí a cubrir al asesino, he vuelto de mi error. Sepan que el asesino de Keating es...

La puerta del *hall* se abrió, y un hombre vestido con un largo impermeable entró en la pieza mostrando un aplomo que impresionó a todos. Su gorra y su impermeable negro, chorreantes, atestiguaban una larga permanencia bajo la lluvia; se acercó a la mesa sin que nadie pensara en detenerlo y asió el puñal de doble filo.

¿Era su intención volver su arma contra la señora de Derwent, o contra sí mismo? Misterio. Quizá él mismo lo ignorara en aquel instante. Más rápido que él, Pollard alzó el jarrón de acero y lo dejó caer sobre su muñeca derecha. El recién llegado encontróse bruscamente encuadrado entre Masters y el sargento; pero no se debatió.

Jadeante, el asesino de Vance Keating clavó sus ardientes ojos, en los que leíase la derrota, sobre la señora de Derwent, que lo midió fríamente; después, volviéndose hacia *Sir Henry*, inclinó la cabeza.

—Me rindo —dijo Ronald Gardner—. Ha ganado usted la partida.

CAPÍTULO XIX

DONDE QUEDA DEMOSTRADO QUE NO SE PIENSA SIEMPRE EN TODO

El domingo siguiente, una fresca y luminosa tarde de verano, el carruaje de *Sir Henry* se detuvo ante el número 4. Berwick Terrace. *Sir Henry*, Masters, Pollard y Soar descendieron, grave el rostro. Subieron directamente a la buhardilla amueblada. El inspector se instaló delante de la mesa, sobre la que se habían colocado de nuevo las tazas, y extendió sus papeles encima del tapete de oro. Apoyado contra la pared, Pollard abrió su cuadernillo; Soar principió a dar vueltas por la pieza como un oso enjaulado; *Sir Henry* sentado en el diván, encendió un cigarro, y pronto desapareció tras de una acre nube de humo.

—¡Un poco de calma, por favor! —ordenó, frunciendo el ceño—. Bien. Han venido ustedes aquí con el objeto de saber cómo y por qué Gardner operó sus diversas «desapariciones», señores. Luego de lo cual, según ustedes, podremos cerrar definitivamente el expediente.

»Pero no nos basta comprender el problema mecánico de este caso, créanme. Debemos también esforzarnos en graduar las responsabilidades de cada uno de los que en él intervinieron, tarea infinitamente más difícil. Conocen ustedes los hechos. Ronald Gardner asesinó a Keating y a Bartlett. Obró sólo en las dos circunstancias... pero la señora de Derwent fue su inspiradora, su genio maléfico. Gardner no mató a Keating por interés; sacrificó la vida de un hombre a los bellos ojos de Janet Derwent. Nuestro problema actual puede enunciarse así: ¿qué sabía, con exactitud, esta temible mujer? ¿Hasta qué punto se mezcló a la preparación del asesinato? ¿Qué presión ejerció sobre su cómplice? En fin, ¿qué cargos el ministerio público podrá retener contra ella, el día del enjuiciamiento de esta hábil pareja?

—Poco importa el móvil, señor —intervino Masters—. Es el mecanismo del asesinato lo que me interesa.

—Poco importa el mecanismo —replicó Soar—. Hablemos del móvil. *Sir Henry* hizo un gesto de impaciencia.

—Como el terreno ya está parcialmente despejado, reharé con ustedes el camino que me condujo a la solución —dijo—. Según podrán comprobarlo, mis únicos guías fueron sus observaciones personales y las notas de Bob.

»Confieso humildemente haber deambulado entre tinieblas hasta la deposición de Bartlett. Para serles enteramente franco, ignoraba todavía, en ese momento, los elementos que poseía. La revelación fue fulmínea... pero me anticipo. Resumamos en dos palabras la situación, tal cual se ofreció a nosotros.

»Berwick Terrace, primero... una calle de apenas veinte yardas de ancho, bordeada a cada lado por cuatro casas idénticas, haciéndose exactamente frente. Insisto acerca de este punto: la puerta y las ventanas del número 2, donde Hollis vigilaba, están exactamente enfrente de la puerta y de las ventanas de esta casa.

¡Hum! Si se podía probar que las dos balas mortales habían sido disparadas a una cierta distancia (a una veintena de yardas, por ejemplo, es decir, desde la ventana de la buhardilla del número 2), nuestro problema hubiera quedado considerablemente simplificado, de acuerdo a sus propias palabras, Masters.

—¿No irá usted a contradecir a los médicos peritos respecto a este punto? —inquirió el inspector,

—¡Oh!, no. ¡Un poco de paciencia, qué diablo! Reflexionamos en la situación, nada más. Nuestro problema hasta hubiera resultado infantil, visto el ancho de esta ventana. Conoce usted las dimensiones: cuatro pies por cinco y medio.

»Pero el informe médico era categórico: Keating había sido muerto a quemarropa. Bob Pollard afirmó, por otra parte, que la herida de la espalda humeaba y que la tela del saco ardía aún cuando entró él en la pieza. La primera detonación le había parecido ahogada y lejana, es verdad; pero la segunda lo ensordeció, de tan próxima.

»Tanteé en la obscuridad hasta la mañana siguiente, en que me señaló usted un detalle particular, Masters. A usted corresponde el honor de haber advertido una quemadura de pólvora en la alfombra, cerca del sitio ocupado por el cadáver de Keating. ¡Una quemadura de pólvora en la alfombra! ¿Cómo explicarlo, si las dos balas habían sido disparadas a quemarropa? Misterio. Continué reflexionando...

»Gardner mismo nos dio ciertos datos interesantes acerca del revólver de Tom Shannon. No se asombren; estaba obligado a decir la verdad respecto a todos los hechos controlables. El Remington era un revólver cuyo percutor poseía extrema sensibilidad. Según la imprudente confesión de su propietario, pertenecía a un viejo modelo, sin muelle de seguridad y que disparaba con sólo mirarlo de reojo. Entreví entonces una posible explicación de la quemadura de la alfombra: el revólver, armado, cayó por tierra, el disparador chocó contra el suelo, y el tiro partió. Pero tres hechos invalidaron esta teoría: dos disparos habían sido efectuados: el revólver fue armado intencionalmente entre el primero y el segundo; la alfombra, muy espesa, hubiera amortiguado el golpe, y el choque habría resultado insuficiente para obrar sobre el disparador.

»Vagaba en la noche, repito. Después, bruscamente, la luz iluminó las tinieblas. Interrogado respecto a la escena del lunes a la noche, entre Keating y Gardner, Bartlett mintió como un desaforado, sin razón aparente.

»Aquella mentira de Bartlett me sumió al pronto en una gran perplejidad, pues no sospechaba de Gardner ni de Bartlett en esos momentos. Las explicaciones suministradas por el ayuda de cámara acerca del origen del incidente sorprendido por Philip Keating eran perfectamente plausibles. Gardner y Keating ensayaban el “golpe” de la velada del siguiente día; Keating, en el ímpetu de la acción, oprimió accidentalmente el gatillo... Todo eso era perfectamente plausible, lo repito. Como hombre minucioso que es, Masters, aquí presente, pidió al testigo detalles precisos acerca de la descarga involuntaria del cartucho. Léame la respuesta de Bartlett, Bob.

Pollard abrió su cuadernillo y leyó:

«P. (*de Masters*): En resumen, declara usted que el disparo partió accidentalmente cuando el brazo del señor Keating chocó con la lámpara y que el taco del cartucho sin bala rompió un vaso, sobre la bandeja que llevaba usted. ¿Es así?

R.: Sí. El proyectil rompió el vaso a menos de una pulgada de mi mano. Del sobresalto, dejé caer la bandeja sobre la mesa.

P.: ¿A qué distancia estaba usted del señor Keating, en ese momento?

R.: A seis o siete pies, aproximadamente».

Masters frunció el ceño, diciendo:

—Sí, pero ¿dónde está la «mentira» de que hablaba usted hace un momento? Los cartuchos sin bala contienen un taco que constituye un proyectil capaz de romper un vaso sobre una bandeja.

Sir Henry esbozó una sonrisa sardónica.

—Seguramente, querido. Seguramente. Además del taco, un cartucho de esa clase contiene igualmente una carga de pólvora. He ahí por qué es siempre peligroso jugar con un arma de fuego... aún cargada con cartuchos sin bala. Recuerdo ahora un «drama de gangsters», que uno de mis sobrinos representó hace mucho, para una fiesta de Navidad, con una compañía de aficionados. ¡Catástrofe! El bandido, sobreexcitado, disparó sobre la heroína, que tuvo apenas tiempo de volverse... la desdichada llevaba un traje de seda escotado; su espalda quedó despellejada y quemada al punto de tener que guardar cama durante ocho días. Y el torpe se hallaba a más de diez pasos de ella, cuando el accidente.

»Según propia confesión, Bartlett se encontraba a seis o siete pies de Keating, cuando partió el disparo. Pretende que el taco le arrancó el vaso de la mano... Una flagrante mentira, Masters. Si Bartlett nos hubiese dicho la verdad, su mano habría estado envuelta en un vendaje, el jueves pasado. Y usted pudo notar sus manos blancas y absolutamente intactas.

»¿Por qué Bartlett nos había mentado? Y, ante todo, ¿qué sabíamos con certeza de la escena que tuvo lugar en lo de Keating la noche del lunes? Ciertos hechos, confirmados por varios testigos, no eran dudosos. Sabíamos que un inocente ensayo general de un “número” del *Murder Party* del día siguiente se realizó en el domicilio de Keating (testimonio de Bartlett, confirmado por la declaración parcialmente errónea de Philip Keating). Sabíamos que ninguna discusión verdadera había estallado entre Keating y Gardner (testimonio de Hawkins, confirmado por el propio Vance Keating, al hablar con Derwent y Francés Gale al día siguiente). Sabíamos que un disparo se había hecho, pues todos los testigos coincidían en este punto.

»Pero era todo. ¿Cuántas personas vieron partir el disparo? Philip Keating oyó la detonación: pero estaba en el *hall*. Recuerden la primera pregunta, bastante torpe, de Gardner a Philip: “¿Nos vio usted...?”. El *maître d’hotel* fue atraído por la detonación, lo mismo que Philip Keating. ¿Cuáles fueron los testigos oculares? Vance Keating (muerto), Bartlett (sorprendido en flagrante delito de mentira) y Gardner (el

instigador de la mentira). Sin embargo, un tiro fue disparado... y la incomprensible conducta de Vance Keating data de ese momento preciso.

»¿Qué hizo Keating, al día siguientes, martes? No asomó la nariz afuera, y, exceptuado Bartlett, no vio a nadie más que a Derwent en todo el día. Un detalle sorprendente, amigos: Keating tenía la cabeza envuelta en una toalla mojada cuando recibió al escribano. Otro hecho no menos extraño: Keating decidió en el transcurso del día no asistir al *Murder Party*, de concurrir al cual habíase regocijado de antemano. En fin, al salir el mismo Keating de su reclusión para asistir a una convocatoria de “Las Diez Tazas de Té”, el miércoles, se tocó con un sombrero que le entraba hasta las orejas.

—Es decir... —comenzó Masters.

—El sombrero es el punto de partida y el punto final de este caso, querido —interrumpió *Sir Henry*—. Hubiera debido ponerme inmediatamente sobre la pista. ¿Por qué Vance Keating, un *dandy* vanidoso, llevaba el día de su muerte un sombrero ridículamente grande para él? Un sombrero que no pertenecía a nadie, fíjense... un sombrero comprado exprofeso, y en cuyo interior Vance había hecho marcar el nombre de Philip, a fin de explicar la incongruencia, llegada la necesidad. Vance Keating precisaba un sombrero lo bastante grande para ocultar la base de su cráneo. ¿Por qué no lo pidió prestado a su primo Philip? Porque éste sólo usa sombrero hongo, y a él le hacía falta un fieltro blando...

»A esta altura de mis reflexiones, me acordé de la espalda llagada y quemada de la heroína de la comedia de salón cuyo tropiezo acabo de referirles. Tuve igualmente una visión de la escena que pudo desarrollarse en casa de Vance Keating, la noche del lunes. Supongamos (en espera de ciertas confirmaciones), supongamos, digo, que Gardner disparó el cartucho sin bala, a cuyo respecto Bartlett y él mintieron de consuno. He aquí mi reconstitución hipotética: los dos amigos manejan el Remington. Sea distraídamente, sea con una intención criminal, Gardner arma el revólver y lo asesta sobre Keating, que retrocede. Retrocede, ¿oyen? Sabemos que aquel héroe de resonantes aventuras temía en el fondo a las armas de fuego, bien que hubiese muerto antes de confesarlo. Pero el hecho es que se traicionó delante de un amigo y de su ayuda de cámara. Se vuelve con un grito involuntario y (ya fuese accidentalmente, ya con propósito deliberado), Gardner oprime el gatillo. Bartlett lanza el grito oído por todos: “¡Cuidado, señor! ¡Cuidado!”. Después se le escapa la bandeja de las manos cuando su patrón recibe la carga de pólvora en la base del cráneo. El disparo fue hecho casi a quemarropa... Los cabellos de Keating son quemados, el cuero cabelludo también.

»Gardner nos mostró un rostro agradable e inteligente. Sí, pero ¿cuál podía ser la expresión de su fisonomía cuando oprimió el disparador?

»Prosiguiendo mi raciocinio, llegué a decirme: “La herida en su amor propio fue infinitamente más dolorosa a Keating que la quemadura. Gardner y Bartlett, habían sido testigos de su movimiento de cobardía; ¡qué humillación! Por eso aceptó el

revólver que Gardner le tendía murmurando: ‘Todas mis excusas. Accidente estúpido. Tú estás en tu casa. Yo tendría disgustos si me hallasen con este revólver en la mano... tómallo.’” Keating obedeció sin discusión. Echando una mirada a la pieza en aquel instante, Philip percibió a su primo de frente, sosteniendo el Remington y aparentemente aterrorizado. Philip se retiró sin aguardar a ver más. El maître d’hotel fue despedido antes que hubiera podido darse cuenta de la situación.

»A la mañana siguiente, al despertar, Keating mide las consecuencias de la torpeza de Gardner, y se encoleriza, no sin razón, a decir verdad. Pónganse en su lugar: debía, esa noche, encontrarse, con su prometida y con la mujer a quien había decidido tomar por amante, en el *Murder Party*. ¡Qué humillación aparecer ante ellas con los cabellos quemados, el cuero cabelludo lastimado y un voluminoso chichón hecho por el taco en la base del cráneo! Y no es todo: lejos de eso. Lleva en la cabeza una herida infamante, de la que todo el mundo le pedirá explicación... ¿Confesar la verdad? Imposible sin que los otros jugadores adivinen que había maquinado con Gardner para cubrirse de gloria en el papel de detective, al otro día. ¿Resignarse a quedar doblemente en ridículo? ¡Jamás!

»Keating esperó al principio que el daño pudiera ser atenuado a fin de permitirle asistir al *Murder Party*; lo esperaba aún cuando recibió a Derwent, con la cabeza envuelta en una toalla mojada. Pero la quemadura era más profunda de lo que Bartlett y él creyeran en el primer momento; Keating se enfureció, pero la cosa no tenía remedio... Y he ahí por qué Vance Keating permaneció en su casa el martes a la noche, señores.

»Nadie habría podido decidirlo a salir de su reclusión antes de estar curado; nada... salvo una convocatoria de “Las Diez Tazas de Té”. Persiguiendo su venganza contra la señora de Derwent, se hubiera dirigido a una cita de ese género así fuese andando con muletas, si necesario fuere. El asesino lo sabía, y estaba pronto a pasar a la acción, puesto que Keating llevaba en la base del cráneo una ancha quemadura negra. Bastaría en lo sucesivo al matador alojar una bala en el blanco representado por aquella herida superficial, para lograr sus fines; proviniendo el proyectil y las quemaduras de la misma arma, ningún médico sospecharía jamás que habían sido éstas anteriores al crimen. Con que Keating se mantuviese de pie, de espaldas, delante de la ventana de cuatro pies por cinco y medio, estando el asesino apostado ante la ventana de la buhardilla de la casa de enfrente, armado con el revólver de Tom Shannon, bastaba, si era aquél buen tirador, para que el golpe fuese descargado.

Masters ahogó un juramento y ganó la ventana.

—He aquí por qué la primera detonación me pareció lejana y como sofocada, mientras que la segunda resonó con gran estrépito al otro lado de la puerta —dijo Pollard.

—Permítame —intervino Masters—. Si su reconstrucción es exacta, ¿cómo explica la segunda bala que quebró la columna vertebral de Keating? No cabe la menor duda que fue disparada a boca de jarro; ¡la espalda del saco de la víctima ardía

aún cuando entró Pollard, y el revólver se encontró aquí!

Sir Henry hizo un signo de asentimiento.

—De acuerdo. Pero, dicho sea con reproche, carece usted de perspicacia, querido. Sí, el primer tiro fue disparado desde la casa de enfrente, en la cual, detalle chocante, vigilaban Hollis y usted esta ventana. Cuatro pisos del espesor de éste ahogaron el ruido de la detonación: además, sus corazones, sus almas y sus oídos estaban fijos en la ventana de aquí, al mismo tiempo que sus ojos... Hallábanse ustedes hipnotizados por esta ventana, ésa es la verdad. No encararon ni un segundo la posibilidad de que el tiro hubiera sido descerrajado en otra parte que aquí... Un corto silencio, luego una segunda detonación, que, esta vez, partió efectivamente de aquí (*Los dos hechos siguientes fueron revelados en el curso del proceso: a) Igual que Hollis lo hiciera antes que él, Gardner se introdujo en la casa vacía de enfrente por la puerta de servicio, mientras Hollis y Masters se hallaban en una pieza del frente, b) Entre otras instrucciones de «Las Diez Tazas de Té», Keating había recibido la de ponerse en pie delante de la ventana abierta, dándole la espalda.*)

»Veo la escena del crimen, Masters. Keating, de pie, vuelve la espalda a la ventana. El asesino alza su mano armada del revólver... ¿y después? Recuerde el grito lanzado por Keating una fracción de segundo antes de la primera detonación. ¿Cómo había advertido el peligro? Recuerde también que daba vueltas entre sus dedos a una cigarrera, preguntándose si podría fumar en el santuario de las tazas... la cigarrera de que Francés Gale se sirviera a modo de espejo. Keating levanta la cigarrera, que reflejó por encima de su hombro, una cierta ventana de la casa de enfrente, ocupada por un hombre que esgrime un revólver. Keating no vio más; se desploma encima de la mesa, rompiendo dos tazas, deslizase y cae en tierra, acostado sobre el lado derecho.

»La segunda detonación resonó entonces. Llamo su atención al respecto sobre cuatro puntos principales, Masters:

»1». Al entrar en la pieza, Bob Pollard vio a Keating acostado, cuan largo era, sobre el costado izquierdo, y dando la espalda a la ventana.

»2». El Remington se hallaba en tierra, al alcance de su mano izquierda.

»3». De acuerdo al informe médico, la herida de la espalda ofrecía ciertas particularidades difíciles de explicar. En vez de seguir una trayectoria horizontal, la bala siguió una línea ascendente. (Entró entre la tercera y cuarta vértebras lumbares y fue a alojarse en el pulmón).

«¿Cómo esa quemadura de pólvora había podido producirse? Si dejaron caer el revólver sobre la alfombra, cerca de Keating, el cañón apuntando al cuerpo, y el tiro había salido, aquello se explicaba, pues la posición del arma y la herida venían a corresponder exactamente. Pero, la alfombra era demasiado espesa para que el gatillo hubiera sufrido presión al tocar el suelo, sí el revólver había caído de la mano de un hombre. Para provocar la explosión, era necesario que el Remington hubiese sido... vamos, encuentren la palabra».

—Arrojado —articuló Soar.

Se plantó ante *Sir Henry*, antes de añadir:

—... Sí, ahora comprendo. El asesino no tenía necesidad de alojar la segunda bala en un sitio determinado del cuerpo de Keating. Perseguía un doble objeto, *Sir Henry*. Primero, arrojar el arma en la pieza para que fuese hallada cerca de los restos, o dicho de otro modo, para probar así que Keating fue derribado aquí. Segundo, provocar una segunda detonación, que partiera de aquí, induciendo así a los policías a concluir que los dos disparos habían sido descerrajados en esta pieza. Las circunstancias lo ayudaron. Keating se desplomó, cuan largo era, delante de una ventana de cinco pies y medio de ancho, a la cual daba la espalda: un blanco magnífico. Gardner lanzó el Remington armado, de una ventana a la otra. La suerte estaba decididamente de su parte; el disparo partió al golpear el revólver en el suelo, y el proyectil se alojó en el cadáver.

—¡Permítame! —protestó Masters—. Me parece imposible que ni Hollis ni yo hayamos visto el revólver volar de una ventana a la otra.

—Nada más natural, al contrario —respondió *Sir Henry* con desdeñosa satisfacción—. Si alguien hubiera entrado en la casa de enfrente por la ventana, o si hubiese salido por el mismo camino, ustedes lo habrían visto, seguramente. Pero no podían ustedes percibir en un día obscuro un revólver de metal opaco lanzado a cuarenta pies por encima de sus cabezas por un jugador de *cricket*... No podían verlo, Masters, porque habían omitido limpiar los vidrios de su ventana.

—¿Cómo?

—Escúcheme bien, joven. Al llegar a Berwick Terrace, la tarde del miércoles, fue llamado por el sargento Hollis, que vigilaba el número 4 desde la casa de enfrente, ¿no? Bien. ¿Vio usted a Hollis mientras le hablaba él en su puesto de observación? ¿No? ¿Por qué? A causa de la espesa capa de polvo pegada a los vidrios.

Sir Henry se volvió con el rostro triunfante hacia el inspector.

—... Dígame ahora si tenían alguna probabilidad de percibir un puntito negro, volando a cuarenta pies por encima de la calle, cuando un hombre no pudo ver desde la acera a su interlocutor, que permanecía junto a la ventana, en el interior de la casa. Lo compadezco, Masters. Es de una sencillez desesperante cuando se conoce el secreto. Usted mismo ha comprobado que el Remington era muy liviano para su tamaño... ¡Oh, el asesino había premeditado cuidadosamente su crimen!

Soar rompió al fin un interminable silencio.

—Ronald Gardner, el asesino —murmuró.

—¿No está usted sorprendido, eh?

—Decididamente, nada puede ocultársele, *Sir Henry*. No, eso no me sorprende... hasta me habría sentido seguro de su culpabilidad, a no desconfiar igualmente de Derwent. Desde hace algún tiempo sospechaba que Gardner fuese el amante de la señora de Derwent. Existe una especie de afinidad física y moral entre ellos... ¿Usted lo notó, sin duda? Lo extravagante, bajo todas sus formas, atrae a ambos: conoce

usted a la señora de Derwent y habrá leído quizá el relato de viaje de Gardner... Procuré colocarlo sobre esta pista.

—¡Oh! ¡Oh! ¿Era ésa la razón de su escaramuza con Gardner a propósito de Francés Gale? Su repentina cólera me había sorprendido un poco, mi joven amigo.

—No. Mi movimiento de humor fue espontáneo —respondió Soar—. En cambio, intenté atraer su atención hacia Gardner haciendo alusión a la peligrosa influencia ejercida sobre la señora de Derwent por una de las personas de su relación, y «llenándole la cabeza» acerca de «Las Diez Tazas de Té». Recordará que le hablé de una sociedad secreta, muy antigua, cuyos miembros se reunían para beber té opiado en tazas preciosas... y me cuidé de añadir que Gardner hablaba de esa costumbre en su libro, lo que es perfectamente cierto, por otra parte. Pero, sabiendo de fuente segura que esa pretendida sociedad no existió, no ignoraba tampoco que Gardner había mentado.

Masters dejó escapar un silbido.

—¡Ah! ¿Sospechaba de Gardner por haber deslizado ex profeso una mentira en su narración de viaje a fin de que le sirviese de confirmación el día en que se volviera a hablar en Londres de «Las Diez Tazas de Té»? —preguntó el inspector.

—¿Por qué no? La América del Sur es el último continente desconocido. Gardner podía asegurar, sin riesgo de que lo desmintieran, que había hallado en el alto Brasil una pequeña colonia portuguesa en la que sobrevivían antiguas y misteriosas costumbres. Mataba así dos pájaros de una pedrada, ¿comprende, *Sir Henry*?

Merrivale hizo un signo de asentimiento.

—Sí, era un excelente medio de despertar la curiosidad de Keating. Por eso, el día en que Gardner le propuso, con el mayor misterio, introducirlo en el seno de la sociedad de «Las Diez Tazas de Té», el desdichado aceptó jubiloso. Inédito, cruel y elegante, señores.

—Esta historia de la sociedad secreta prueba una larga premeditación —dijo Masters—. ¿Cree usted, entonces, que la señora de Derwent y Gardner son igualmente culpables? ¿Que estaba ella al corriente de todo, sin haber participado en la perpetración del crimen?

—Estoy seguro —respondió *Sir Henry*—. Y le daré las razones de mi convicción si cesa de interrumpirme a cada momento. ¿Por qué la señora de Derwent se había preparado una coartada irrefutable con más de quince días de anticipación, según confesión de Derwent? Primera prueba de premeditación. Asimismo, es evidente que ningún «camelo» referente a las «Diez Tazas...» pudo serle referido a Keating en ignorancia de la señora de Derwent. Reflexione un instante: se podría en rigor concederle el beneficio de la duda si la famosa sociedad hubiese existido y hubiera formado ella parte de la misma. Pero siendo la sociedad un mito, debía estar forzosamente al corriente. ¿De dónde sacaba Keating la certidumbre de encontrarla en Berwick Terrace? ¿De dónde provenía su certidumbre de que era ella miembro de «Las Diez Tazas de Té»? ¿Qué habría pasado si Keating le hubiese deslizado una

alusión cualquiera sobre esto, no estando ella al corriente de nada? Keating hubiera descubierto la verdad. Me inclino mucho a creer que Keating le habló, y que la señora de Derwent unió sus mentiras a las de Gardner. En fin, ella fue quien se apoderó del revólver, colocado encima de la chimenea, mientras todos la creían en la cama con jaqueca.

»Intencionalmente o no, era usted el responsable de esa fulminante jaqueca, Soar. Le murmuró usted en la sombra: “Recibió usted un hermosísimo regalo de un amigo, esta tarde. ¿Cuánto tiempo hace que acepta usted esos obsequios?”. Esa observación hubiera podido costarle cara, amiguito. La señora de Derwent creyó que había usted descubierto la naturaleza de sus relaciones con Gardner, un secreto que su marido y Keating ignoraban aún.

—¡Oh! El tapete de oro... ¿Fue Gardner quién telefoneó a Soar que lo enviase a casa de la señora de Derwent? ¿Con qué objeto? —preguntó el inspector.

—Esta cuestión del tapete nos remite a la eterna dificultad de valuar las responsabilidades —suspiró *Sir Henry*—. Pesar la culpabilidad de dos personas en una balanza... una falta en un platillo, una falta en el otro, ¡y esforzarse en determinar cuál es más culpable! Se choca con el mismo problema cada vez que un hombre y una mujer sacrifican una vida humana a sus comunes intereses. De un lado tenemos a Janet Derwent, fría como el mármol, perversa, sedienta de homenajes y de triunfos. Del otro, a Ronald Gardner, inteligente, impulsivo, hasta generoso... pero totalmente desprovisto de sentido moral. Janet Derwent asesinó fríamente por interés; Gardner, a quien no importaba en absoluto el dinero, mató por los bellos ojos de su amante. Sin embargo, los cargos que pesan actualmente sobre Gardner son cien veces más graves que aquéllos por los que la instigadora del crimen deberá responder.

»Es interesante notar cómo, de uno a otro extremo del caso, los dos cómplices corroboraron y armonizaron sus declaraciones. La mujer poseía una coartada irrefutable para la hora del asesinato de Keating; pero el hombre no pudo adueñarse del revólver en casa de los Derwent, lo que equivalía, a su turno, a una coartada. Cometieron, empero, como sin duda lo ha adivinado usted, un error aparentemente enorme: el envío del tapete de oro a la señora de Derwent. El proyecto de Gardner exigía un aparato escénico fantástico, aunque más no fuese para impresionar a Keating. Pudo reunir la suma necesaria para amueblar el santuario de las tazas; pero hacía falta un detalle sensacional que hiriese la imaginación de su víctima. “Muy bonito”, objetará usted. “Pero ¿por qué hacer enviar tan ostensiblemente el tapete de oro a la señora de Derwent?”. Era una manera delicada de conducirla a reflexionar antes de que intentara sacar sus castañas del fuego por mano ajena, si el caso se presentaba. Gardner la conocía lo bastante para desconfiar de ella.

»El último acto del drama, el asesinato de Bartlett, le fue impuesto a Gardner por las circunstancias. Bartlett había mentido para corroborar el testimonio de Gardner... Creí al principio que eran cómplices, lo confieso. Pero el papel de Bartlett me sumió en una gran perplejidad, pues no mentía solamente acerca de la escena del lunes a la

noche, sino también respecto al sombrero que él mismo había comprado por orden de Vance Keating. Rechacé finalmente la hipótesis de una complicidad criminal entre, Bartlett v Gardner porque no se habían dado recíprocamente una coartada.

—¿Cómo? —preguntó Masters.

—Acuérdese de la deposición de Bartlett. Gardner, declaró, había dejado Lincoln Mansions a las dieciséis y cuarenta, el día del asesinato de Vance Keating; había tenido tiempo, pues, de llegar al lugar del crimen, a condición de haberse visto favorecido por la suerte. No era una coartada, y Bartlett, por su parte, tampoco la poseía. Si los dos hombres hubieran estado en connivencia, no le quepa la menor duda que habrían afirmado obstinadamente que permanecieron juntos toda la tarde. ¿Qué se lo hubiese impedido? Gardner habría podido descender por el ascensor o la escalera de servicio y nadie hubiera sabido jamás que no se hallaba en el departamento con Bartlett en el instante de la muerte. Una coartada así es inconvencional, ya sabe usted. Simultáneamente, Bartlett se habría constituido una especie de coartada en previsión de que se diese el caso de que la policía sospechara de él... Le bastaba, para ello, hablar a una criada o a uno de los encargados del ascensor. Pero no hizo nada; quedó solo en el departamento.

«Bartlett nos mintió porque ya había principiado a mentir en vida de su patrón y por su orden expresa, respecto a la quemadura que recibiera éste en la cabeza. Estaba obligado a atenerse a su primera versión, referida a todo ser viviente, so pena de prevenir contra él a sus futuros patronos (sin hablar de la policía). Por otra parte, no veía ninguna necesidad de traicionar la promesa formulada a Keating, pues no había establecido relación alguna entre la escena del lunes a la noche y el asesinato. ¿Qué sabía respecto al crimen cuando lo interrogamos? Había leído la noticia sometida a censura de los diarios, que se limitaba a anunciar el asesinato de Keating, derribado de dos balazos disparados a quemarropa por un desconocido. El primer comunicado que se dio a la prensa no hacía ninguna alusión a una “situación imposible”, recuérdelo. Pero la verdad estaba llamada a propalarse en un plazo de veinticuatro horas a lo sumo... y Bartlett se consideraría obligado a manifestar lo que sabía a los policías. Pero ¿por qué iba a recelar de Gardner desde el principio? Keating y él mantenían excelentes relaciones, y, la noche misma del “accidente”, ambos amigos se habían embriagado juntos para ahogar el resentimiento del uno y la confusión del otro. Gardner no tenía nada que temer de Bartlett hasta el momento en que éste descubriese cuán intrigada hallábase la policía por la quemadura que Keating ostentaba en la cabeza... El matador resolvió aprovechar esas pocas horas de tregua para suprimir a aquel peligroso testigo.

»La carta de Derwent anunciando a la policía que los miembros de la sociedad de “Las Diez Tazas de Té” se reunirían en casa de Soar el jueves a la noche sacó a los cómplices de una situación particularmente crítica, ofreciéndoles la inesperada oportunidad de añadir a Bartlett a la lista de las víctimas de “Las Diez Tazas de Té”. Nuestro amigo Gardner obró con la misma rapidez, con la misma temeraria destreza

de que va diera pruebas al introducirse en la puerta, trasera en la casa de Berwick Terrace, ocupada por la policía, cuando el asesinato de Keating. ¿Qué argumentos encontró para decidir a Bartlett a seguir a Soar a su nuevo domicilio, el jueves a la noche? Habremos de esperar el proceso para saber a qué atenernos respecto al punto. Presumo que Gardner abusó del afecto del desdichado servidor por su patrón para inducirlo a representar el papel de detective aficionado...»— ¿Llegamos a la última «desaparición» del asesino? —preguntó Soar—. Siento curiosidad por saber cómo Gardner consiguió apuñalar a Bartlett y emprender la fuga.

—Fue su más prodigiosa proeza —respondió gravemente *Sir Henry*—. Gardner era vigilado desde la mañana, y lo sabía. ¡Ah! ¡Bien que se burló, ese día! No concedió a su perseguidor un segundo de respiro, para exasperarlo, fatigarlo y hacer que descuidase su obligación. Por último, caía la noche, se trasladó a la casa de Lancaster Mews, donde había citado a Bartlett a fin de proseguir su común investigación. Insisto acerca de dos puntos: Gardner había sacado una gran ventaja a su perseguidor, y se hacía de noche. El puñal de doble filo abultaba su bolsillo... La ocasión de utilizarlo no tardó en presentarse. Gardner escaló la pared que daba frente a la puerta de servicio en el momento en que Bartlett, aprovechando que la llave no estaba echada, introducía furtivamente en la casa, como celoso detective amateur. Como recordará usted, *Masters*, las únicas manchas de lluvia y huellas de pasos que vimos al penetrar a nuestro turno por esa puerta se hallaban cerca del umbral. ¿Por qué? Porque Bartlett se desplomó, apuñalado, en ese sitio.

«Bartlett acababa de abrir la puerta de servicio cuando Gardner arrojó el puñal desde lo alto de la pared. Raras veces la obscuridad es tan completa que impida distinguir los contornos de un individuo a algunas yardas; pero bastaba, esa noche, para substraer la vista del puñal a las miradas de los agentes encargados de vigilar la casa... La mejor prueba: no pudieron ver si Bartlett abría la puerta con una llave, o no. El infeliz cerró la puerta tras sí antes de caer. Gardner descendió de su percha, reuniéndose a su seguidor un segundo más tarde, le propuso una tregua, que el otro aceptó jubiloso. Los dos hombres se sentaron entonces sobre la pared. ¡Oh, no carece de sangre fría el amigo Gardner! Sus dos crímenes fueron cometidos con tal maestría, que debí obligar a la señora de *Derwent* a venderlo a fin de reunir las pruebas suficientes para justificar su arresto...».

El cigarro de *Sir Henry* se había apagado. Lo contempló un momento, antes de abrazar la silenciosa buhardilla en una amplia mirada. Prosiguió por último:

—Ya casi he terminado, señores. Han visto ustedes cada pieza del *puzzle* tomar su sitio para formar la imagen completa. Sólo tenemos ahora ante nosotros pequeños problemas humanos: ¿qué será de *Jem Derwent*, cuya cabeza es a la fecha bastante menos sólida que en otro tiempo, y que no pasa de ser ya más que un juguete quebrado entre las manos de su mujer? ¿Qué será de *Francés Gale*?

—Espero poder tranquilizarlo acerca de su suerte en el término de un año, o quizá antes —respondió *Soar*.

—En fin, ¿cuál será el desenlace del proceso? He aquí mis pronósticos personales: Gardner tomará a su cargo todas las responsabilidades, y será condenado a la horca; la mujer saldrá del aprieto, probablemente, con una amonestación del tribunal. Nuestra hija del Rin volverá entre nosotros a peinarse sus largos cabellos... ¿La justicia le ajustará cuentas o no? *¿Chi lo sa?*

Masters hizo una mueca sombría.

—Gardner expiará solo, estoy seguro —dijo—. ¿Debo confesar mi pena de que la sociedad secreta de «Las Diez Tazas de Té» no exista? ¡Debieran crearla! Pero, si no fue más que un mito, ¿dónde está el vínculo que une entre sí las celadas? Ha hecho usted alusión a ello, si no me equivoco... Las tazas de bazar sobre el valioso tapete. Las plumas de pavo real...

Sir Henry emitió un gruñido.

—¿Ese vínculo se le escapa aún, Masters? —preguntó—. ¿No puede seguir el trabajo del espíritu soñador de la señora de Derwent? La taza de seis peniques representaba a Keating, destinado a ser inmolado sobre el áureo tapetito del altar dedicado al lujo y a la belleza femenina. Y entreveo otra analogía que ha debido chocar a nuestro amigo Soar antes que a mí: el ojo de la pluma de pavo real fue el símbolo bordado sobre la vestimenta de los ángeles rebeldes, soldados de Lucifer, luego de una famosa batalla terminada con la caída en los infiernos del jefe y de su ejército, dedicado al orgulloso pavo real. Pero mi espíritu realista me murmura que los primeros teólogos confundieron el latín y el hebreo, pues Lucifer, en latín, significa: «porta antorcha»... uno de los nombres de Venus.

FIN



Carter Dickson. Seudónimo de John Dickson Carr. Casi todas las novelas firmadas con este seudónimo están protagonizadas por *Sir Henry Merrivale*.